

LA MADONA
DE NOTRE-DAME
Alexis Ragougneau

Siruela/ Policiaca



Alexis Ragougneau

La madona de Notre-Dame

Traducción del francés de
Isabel González-Gallarza

 Siruela

Nuevos Tiempos/Policiaca

Índice

Cubierta

Portadilla

La madona de Notre-Dame

Lunes

Martes

Miércoles

Jueves

Viernes

Créditos

La madona de Notre-Dame

Gran parte de esta novela transcurre en Notre-Dame, en París, por lo que los lugares donde se desarrolla la trama resultarán familiares a los visitantes, tanto habituales como ocasionales, de la catedral.

Los acontecimientos y personajes descritos son, por el contrario, imaginarios.

Lunes

–Tenemos una alerta de bomba, Gérard. En el deambulatorio. Esta vez, la cosa va en serio, no es ninguna tontería.

Con un hombro apoyado en el marco de la puerta, y su gigantesco manojó de llaves colgando del brazo, el vigilante observaba al sacristán abrir uno a uno los armarios de la sacristía y sacar trapos, esponjas y productos para limpiar la plata, mientras mascullaba a intervalos regulares imprecaciones de su invención.

–¿Me escuchas, Gérard? Deberías ir a echar un vistazo, hazme caso. En quince años de carrera nunca había visto nada igual. Hay lo suficiente para hacer saltar por los aires la catedral entera.

Gérard interrumpió su búsqueda y por fin pareció prestar interés al vigilante. Este acababa de colgar el llavero de un simple clavo que sobresalía de la pared revestida de madera de la sacristía.

–Más tarde, si quieres, iré a echarle una ojeada. ¿Satisfecho? ¿Te vale con eso?

–¿Qué te pasa hoy, Gérard? ¿Es que ya no tienes tiempo para las cosas prioritarias?

–Mira que eres pesado, de verdad. Llevo treinta años trabajando aquí; y todos los años lo mismo, el 15 de agosto me dejan siempre la sacristía hecha una leonera. Y yo, al día siguiente, no consigo encontrar nada. Me tiro dos horas ordenándolo todo. Joder, ni que fuera tan complicado. Vienen, se ponen las casullas, hacen la procesión y dicen misa, vuelven, se quitan las casullas y, adiós muy buenas, hasta el año que viene... ¿Para qué narices tienen que andar revolviendo en los armarios?

–¿Qué has perdido, Gérard? Dime.

–Mis guantes. Mi caja de guantes para la plata. Si no me los pongo, me hago polvo las manos con esa asquerosidad de productos.

–¿Quieres que te ayude a buscar? Ahora tengo un rato, acabo de abrir.

–Déjalo, no hace falta, ya los he encontrado. Qué les costará dejar las cosas en su sitio, santo Cristo de Palo...

El vigilante rebuscó en su bolsillo, metió unas monedas en la ranura de la máquina de café y apretó el botón. Se despidió del sacristán con un gesto y, cuando ya tenía el vasito humeante en la mano, echó a andar de vuelta hacia la catedral. Gérard lo alcanzó en el pasillo.

–Bueno, entonces, esa bomba que me decías... ¿vale la pena que le eche un ojo?

–No le falta de nada, te lo aseguro: tiene su tictac, su temporizador y sus barras de dinamita.

–Bueno, pues ya me acercaré luego, antes de la misa de nueve. A lo mejor todavía sigue ahí. Y ¿dónde dices que está escondido el artefacto explosivo?

–En el deambulatorio, delante de la capilla de la Virgen de los Siete Dolores. No tiene pérdida.

La nave empezaba a llenarse lentamente de su cupo cotidiano de turistas, compuesto a esa hora, entre las ocho y las nueve de la mañana, en su mayor parte por orientales: la catedral constituía la primera parada de un programa que a continuación habría de llevarlos, en una misma y única jornada, al Louvre, a Montmartre, a la torre Eiffel, a la Ópera y a las tiendas del bulevar Haussmann.

Gérard empujaba su carrito cargado hasta arriba de cajas de cartón, deteniéndose delante de cada capilla lateral. Con un gesto mecánico, abría la tapa de cada caja y la levantaba, desvelando un montón de cirios con la efigie de la Virgen, que a continuación colocaba en unos expositores a medida. Encima del distribuidor de cirios podía leerse en letras luminosas, en varios idiomas: *Importe orientativo de la ofrenda: 5 euros. Gracias.* Luego, con el mismo gesto hastiado, el sacristán vaciaba las bandejas metálicas vecinas en las que, el día anterior, varios centenares de cirios se habían ido consumiendo, y hacía hueco para una nueva alineación de velas, oraciones y palabras de esperanza dirigidas a María. Un poco más tarde, otro empleado pasaría a vaciar con unas bolsas de tela especiales los contenedores llenos de monedas y billetes. Había expositores similares por toda la catedral, repartidos en lugares estratégicos, al pie de las estatuas, bajo los crucifijos y en las capillas destinadas al recogimiento de los fieles. La mañana se anunciaba interminable, como los quince años que lo separaban de la jubilación, un largo camino jalonado por decenas de miles de cajas de cartón llenas de cirios con la efigie de la Virgen María.

Gérard suspiró antes de seguir con su ronda. Como todos los días desde hacía años, la señora Pipí, sentada como siempre en la misma silla junto a la Virgen del Pilar, tocada con su invariable sombrero de paja con flores de plástico rojas, le lanzó una invariable mirada asustada y abrió la boca para dirigirle la palabra. Como todos los días desde hacía años, invariablemente, la señora Pipí no se decidió y, como única conversación, se santiguó. Con un poco de suerte dejaría en paz a Gérard el resto de la mañana para que pudiera terminar su ronda. E, invariablemente también, la vieja loca terminaría por quedarse dormida, no sin antes dejar escapar un chorrito de orina, que luego habría que ir a enjuagar con la fregona.

Un poco más lejos, el sacristán saludó a dos empleadas de la limpieza que terminaban de barrer el crucero norte, impuso silencio a un grupo de chinos cuyo cacareo resonaba en toda la catedral, todavía en calma a esas horas, y luego avanzó, empujando su carrito, por el enlosado blanco y negro del deambulatorio. Entonces se acordó de su colega, el vigilante. Y enseguida la vio. O, mejor dicho, la vislumbró en la penumbra.

Ahí estaba la bomba, en efecto, al fondo del deambulatorio, perfectamente inmóvil, sola; parecía delicadamente colocada sobre el banco situado delante de la capilla de la Virgen de los Siete Dolores. Gérard se aproximó y se puso a vaciar la bandeja de cirios más cercana. Las escasas velas encendidas por los primeros visitantes del día

proyectaban más sombras que luces, por lo que, más que un cuerpo, vislumbró una silueta, más que un rostro, un perfil. Iba ataviada con un corto vestido blanco cuyo tejido, finísimo, se ceñía a cada curva, a cada línea de su carne. El negro cabello, del que se escapaba aquí y allá algún reflejo tornasolado, le caía sobre los hombros y el cuello como un río de seda. Sus manos, unidas en una posición de plegaria infantil, descansaban sobre sus muslos desnudos. Sus pies, muy juntos bajo el banco en una clásica postura de colegiala, estaban calzados con unos elegantes zapatos de tacón alto cuya blancura acharolada atraía la mirada y realizaba los tobillos, muy finos, y las pantorrillas, bien torneadas, de la joven.

Gérard se quedó absorto en la contemplación de esa admirable silueta, olvidando por un momento sus cajas de cirios, su carrito, sus pejugueras y la monotonía de su empleo de sacristán. Sin embargo, no tardó en sacarlo de su ensoñación el ruido de una radio, la que llevaba a la cintura y en ese momento escupía su nombre.

–Vigilante a sacristán... ¿Gérard?... Gérard, ¿me recibes?

–Sí, te oigo. ¿Qué quieres?

–¿Te has acercado a verla?

–Estoy justo delante.

–¿Sigue ahí?

–Sí. Sin moverse lo más mínimo.

–¿Y? ¿Qué te parece?

–Totalmente explosiva... Tenías razón.

Devolvió el walkie-talkie a su sitio, mientras la risa del vigilante resonaba todavía, y, como sin ganas, terminó de vaciar la bandeja de cirios. Detrás de él entraba ya en el coro un puñado de fieles. Pronto empezaría allí la misa de nueve. Tenía que preparar los accesorios litúrgicos necesarios. Esa mañana oficiaba el padre Kern, que no toleraba la impuntualidad.

Algo más tarde se le presentó de nuevo la ocasión de recorrer el deambulatorio. Acababa de atascarse un pensador automático de medallas con la inscripción *Ave Maria Gratia Plena*, y una corpulenta turista norteamericana torturaba la tecla de devolución del cambio. En el coro, la misa seguía su curso. Con su voz metálica y autoritaria, el padre Kern declamaba la homilía del día, sumiendo la catedral en un silencio respetuoso. Mientras abría la compuerta de la máquina distribuidora de medallas, y las monedas bloqueadas caían una a una, como al fondo de una hucha, Gérard miró de reojo a la joven vestida de blanco. Estaba ahí, no se había movido, seguía con los pies muy juntos y las manos unidas sobre los pálidos muslos. Fuera de la catedral, en su ascenso en el horizonte el sol golpeaba de lleno el eje de la capilla y, atravesando la vidriera oriental, empezaba a bañar el rostro diáfano de la joven con un halo rojo y azul digno de una madona de Rafael. Inmóvil en su banco reservado a la oración, protegida por un cordón que la aislaba de los visitantes y le confería la apariencia de una reliquia sagrada, la joven

observaba la estatua de la Virgen de los Siete Dolores con una mirada extrañamente vacía.

Gérard cerró la compuerta de la máquina dispensadora de medallas y dio unos pasos inseguros hacia la muchacha de blanco, pero la turista norteamericana se le adelantó. Sacó un billete del bolso, lo metió en la ranura del expositor y cogió cuatro cirios que colocó en hilera en la bandeja vecina antes de encenderlos uno a uno. Su luz titubeante terminó de iluminar el rostro de la madona.

La turista se santiguó y luego se acercó al banco. En un murmullo marcado por un fuerte acento le preguntó a la joven de blanco si podía sentarse a su lado para rezar. Esta, invariablemente inmóvil, con la mirada fija como un imán sobre la estatua de la Virgen de los Siete Dolores, no se dignó contestar. La norteamericana, tras repetir su pregunta, que tampoco esta vez obtuvo respuesta, acabó por colocar las posaderas en el banco, cuya madera crujió ligeramente por el esfuerzo. Entonces, como a cámara lenta, como en una pesadilla surgida de lo más hondo de la noche, la madona blanca movió lentamente la cabeza. Su barbilla se apoyó en su pecho, y, suavemente, casi con gracia, su cuerpo entero se inclinó hacia delante antes de desplomarse sobre el suelo.

Entonces la norteamericana gorda se puso a gritar.

* * *

—Seguramente se cayó cuando el *rigor mortis* empezó a atenuarse. Hasta ese momento, tu clienta se había estado quietecita y bien tiesa en el banco.

El forense se quitó uno de los guantes de látex y se rascó la cabeza antes de proseguir.

—¿Espero al fiscal o empiezo ya?

En respuesta a la pregunta del forense, Landard se sacó una cajetilla de Gitanes del bolsillo de la cazadora, se llevó un cigarrillo a los labios y, echando una mirada en derredor, renunció momentáneamente a encenderlo.

—Dale tiempo para cruzar la explanada. A lo mejor la pobrecita no está acostumbrada a caminar.

—¿Se sabe quién está de guardia?

—Pues sí. Es esa jovencita, esa con aires de *vedette*...

—No sé a quién te refieres.

—La rubita esa de gafas... Esa que tiene unas piernas que quitan el hipo...

—¿Kauffmann?

—Sí, eso, Kauffmann...

—Mona, fría como el acero y severa como la Justicia. En el Palacio, ni siquiera los más hábiles han conseguido invitarla a una copa.

—¿Boyera, tú crees?

—No sabría decirte. En cualquier caso, se conoce todas sus causas al dedillo. Y rara vez se le acumula trabajo.

Surgido como un eco a la valoración del forense, en el deambulatorio resonó entonces un rápido taconeo. La joven cruzó el grupito de técnicos forenses, vestidos con monos blancos, que precisamente esperaban la llegada de la fiscal para empezar a trabajar, y se dirigió hacia las lonas que protegían la escena del crimen.

—Doctor... Comandante Landard... Claire Kauffmann, fiscal adjunta. ¿Qué tenemos aquí?

El forense volvió a ponerse el guante.

—Una escena muy limpia, casi demasiado. Podemos empezar ahora mismo, si quiere.

El cadáver yacía bajo la iluminación agresiva de los focos que había montado el equipo técnico. Con un gesto rápido, Claire Kauffmann se pegó la cara trasera de la falda a los muslos y se agachó junto al cuerpo. Su mirada se concentró enseguida en el cuello de la muerta.

—¿Estrangulada?

El forense se arrodilló a su vez.

—Las marcas son bastante claras, sí. También tiene el labio superior ligeramente abierto y presenta equimosis en los antebrazos, mire. El bombero que la ha examinado primero ha reparado en ellas enseguida. Ha sido él quien ha avisado a la policía, hacia las diez de la mañana.

La fiscal adjunta se volvió hacia Landard, que se mantenía algo apartado.

—¿La persona que les ha llamado no es alguien de aquí?

—Han creído que se trataba de un desmayo. En caso de desmayo, siempre llaman a los bomberos.

—¿Se conoce su identidad?

—No hay bolso, ni documentos, ni móvil. Nada de nada.

—Extraño atuendo para una iglesia. Un poco llamativo. Llamativo y corto.

—Si todas las tías se vistieran así para ir a misa, las iglesias de Francia estarían hasta arriba. De feligreses, me refiero.

—¿De feligreses de su índole, comandante?

Landard se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. La fiscal adjunta ni siquiera se había molestado en mirarlo. Se apartó del agente con un gesto que parecía definitivo y se acercó al forense.

—¿Hora de la muerte, doctor?

—Le tomo la temperatura y enseguida se lo digo.

Dejando al forense con su termómetro, Claire Kauffmann y el comandante Landard volvieron al deambulatorio, donde los aguardaba el teniente Gombrowicz. Como no aguantaba más, Landard sacó por fin un mechero desechable que agitó antes de encender el cigarrillo que aún colgaba de sus labios. Le dio una honda calada, exhaló el humo por la nariz y luego interrogó a Gombrowicz con la mirada. Este se sacó una libretita del bolsillo trasero del vaquero y descifró las primeras páginas, llenas de anotaciones, puntos de interrogación, croquis infantiles y tachones.

–Ha ocurrido así: esta mañana, un poco antes de las diez, la chica que estaba sentada en un banco reservado a la oración se ha desplomado de repente. La catedral ha avisado a los bomberos, que han llegado a los cinco minutos y han constatado el fallecimiento.

Claire Kauffmann interrumpió al teniente.

–En este caso, la catedral ¿quién es exactamente?

–En este caso, esos que están allí.

El joven teniente se volvió hacia un grupito que esperaba pacientemente al otro extremo del deambulatorio, junto a la entrada de la sacristía: dos curas, uno de los cuales aún vestía sotana y casulla, de pie a ambos lados de un hombre con una camisa azul claro de manga corta. Gombrowicz le indicó con un gesto que se acercara.

–Es el sacristán, el que ha recogido del suelo a la muerta.

Gérard tuvo que dar su identidad y su cargo, y contestar al torrente de preguntas de la fiscal adjunta.

–¿Es usted quién ha encontrado a la víctima esta mañana?

–Sí.

–¿Cuándo se cayó al suelo?

–Eso es.

–¿Y es usted quién ha avisado a los bomberos?

–No, ha sido el padre Kern, ese que está ahí.

–El padre Kern ¿cuál es, el calvo alto o el moreno bajito?

–El moreno bajito. Es el que estaba diciendo misa cuando la chica de blanco se ha caído del banco. Una turista norteamericana se ha puesto a gritar, y entonces el padre Kern ha salido del coro para ver qué pasaba.

–¿Y usted se había fijado ya en esa joven de blanco?

–Ya llevaba allí un rato.

–¿Le había llamado la atención por algo?

Gérard se metió las manos en los bolsillos y bajó la cabeza.

–Bueno, es que iba vestida... ¿Cómo le diría yo...?

–¿De manera provocadora? ¿Es eso?

–Sí, más o menos. Aunque, bueno, por aquí en verano pasan un montón de minifaldas. Hace tiempo que hemos renunciado a perseguirlas a todas. Si tuviéramos que prohibir la entrada a todas las chicas con ropa corta, no acabaríamos nunca.

–Ya veo.

–A veces algunas se plantan aquí solo con la parte de arriba del biquini. A esas les decimos que vayan a cubrirse. Todo tiene un límite, por mucho calor que haga.

–Claro. No vaya a ser que a alguno de los feligreses del comandante Landard le dé un jamacuco en plena catedral, ¿verdad?...

El sacristán le dirigió una mirada interrogativa al comandante. La fiscal prosiguió.

–¿Ha visto usted entrar a la joven de blanco? ¿O sentarse en el banco?

–No.

–Y, que usted sepa, ¿la ha visto entrar o sentarse alguien del personal de la catedral?
¿Tal vez iba acompañada?

–No lo sé.

Gombrowicz completó:

–El vigilante que estaba de turno me ha dicho que se había fijado en ella él también.
Tampoco la ha visto entrar, ni sola ni acompañada.

–Y ¿piensa que llevaba mucho tiempo ahí sentada?

El sacristán parecía incómodo.

–Supongo que llevaba ya un rato.

–¿Podría ser un poco más preciso?

–Desde primera hora de la mañana. Un poco después de la hora de apertura, diría yo.

–¿Y a qué hora abre la catedral?

–A las ocho.

–Perdón, ¿cómo dice?

–Todos los días del año, la catedral abre a las ocho. ¿Por qué?

–¿Quiere decir que esa pobre chica ha estado casi dos horas con los ojos abiertos de par en par, en ese banco, entre los turistas y los empleados, sin que nadie se diera cuenta de que estaba muerta?

–Es muy posible.

–¿Es muy posible? ¿Cómo que es muy posible?

–Mire, señorita, aquí tenemos de media más de cincuenta mil visitantes al día. No podemos asignar un vigilante a cada turista.

–Evidentemente. Están demasiado ocupados persiguiendo biquinis. Sin embargo esta llevaba minifalda, tendrían que haberse fijado en ella.

Una vez más, el sacristán se cruzó con la mirada del comandante. Claire Kauffmann mandó a Gérard a la sacristía no sin antes pedirle que se mantuviera a disposición de la justicia. Luego se volvió hacia los dos policías.

–¿Y la turista? La norteamericana. ¿Dónde está? ¿Se puede hablar con ella?

Landard apuraba su cigarrillo, con una expresión algo lejana. Gombrowicz, que seguía el contorno de una baldosa negra con el pie, contestó por fin.

–Se ha ido.

–¿Que se ha ido? ¿Cómo que se ha ido?

–La catedral ha desalojado a los turistas y a los feligreses justo después de que llegaran los bomberos. Aparentemente, la norteamericana ha salido junto con todo el tropel.

La fiscal adjunta levantó la voz.

–¿La catedral? Y dale... Pero ¿qué es eso de la catedral, quién es la catedral?

–La catedral soy yo.

De los dos curas que estaban a unos metros de allí, el que acababa de hablar era el más alto y el de más edad. El anciano calvo avanzó con paso rígido hacia Claire Kauffmann, vestido con un elegante traje negro que solo el alzacuellos iluminaba con una

pinclada blanca. Al llegar junto a la joven fiscal, a la que sacaba por lo menos treinta centímetros, inclinó hacia ella un rostro de delgadez ascética, con las mejillas cubiertas por una barba plateada bien cuidada y recortada.

—Soy monseñor de Bracy, rector de la catedral de Notre-Dame de París. ¿Con quién tengo el honor de hablar, señorita?

La fiscal adjunta le dijo su nombre y su cargo. El prelado pareció sorprendido de tratar con una fiscal de aspecto tan juvenil.

—Señorita, ya se lo he pedido a estos señores de la policía, cuyo trabajo apreciamos, dicho sea de paso: le agradecería que me mantuviera al corriente del transcurso de la investigación en tiempo real por así decirlo. Nuestro cardenal arzobispo se encuentra actualmente en Filipinas, he hablado con él esta mañana y le he informado de este lamentable accidente...

—Hablamos de un homicidio, señor, no de un accidente.

—Monseñor.

—En cuanto a la investigación, monseñor, ya ha aportado usted su granito de arena evacuando a centenares de testigos potenciales antes de la llegada de los investigadores...

—Señorita —contestó enfurruñado el prelado—, en Notre-Dame tenemos de media más de cincuenta mil visitantes al día. Al advertírseme de que una persona fallecida se encontraba en el interior de la catedral, he considerado oportuno no ofrecerla como espectáculo a una horda de orientales armados con cámaras de vídeo y de fotos. Este, señorita, es lugar de oración y de recogimiento. Bien es cierto que es también un monumento turístico; un hecho este que, créame, deploramos a veces. Lo que desde luego no es ni será nunca es el escenario de un espectáculo macabro que exhibir luego en internet. Jovencita, me gustaría que entendiera que el lugar en el que se encuentra no es un simple descampado en el que se haya descubierto el cuerpo de un toxicómano o de una prostituta. ¿Le ha quedado claro?

Con los ojos levantados hacia el prelado, a Claire Kauffmann le resultó difícil callarse. Constatando que había logrado su propósito, el anciano pareció suavizarse un poco.

—¿Será tan amable de comunicarme el nombre del juez de instrucción en cuanto este sea designado?

Se volvió hacia Landard y Gombrowicz y les estrechó la mano con un gesto firme no exento de calidez.

—Adiós, señores, cuento con ustedes para que la catedral pueda volver a abrir sus puertas rápidamente y, en la medida de lo posible, para mantener a los periodistas alejados. Notre-Dame es objeto ya de suficientes ataques como para que tenga que servir de nuevo de carnaza para ese sector de la prensa que nos es hostil. Por supuesto, estoy a su entera disposición para lo que necesiten en el transcurso de su investigación, y haré todo lo que esté en mi mano para facilitarles la tarea. Buena suerte, comandante. ¿Será tan amable de abstenerse de fumar en el interior de la catedral?

Monseñor de Bracy se retiró a grandes zancadas, como había venido, con rigidez y

dignidad, pronto seguido por el padre Kern, que lo esperaba a la entrada de la sacristía. Landard se quitó la colilla de la boca y la apagó en una pila de agua bendita que había al lado. Gombrowicz se reunió con él, sonriendo.

—¿Has visto cómo ha puesto en su sitio a la fiscalita?

Landard se sacó la cajetilla de tabaco y encendió enseguida otro cigarrillo.

—¿Qué opinas del viejo?

—Se parece un poco a ese actor, ese alto de las pelis del Oeste...

—¿John Wayne?

—Eso, John Wayne.

—Bueno. John Wayne con sotana. Con barba y sin pelo.

—Mi primo tiene un dogo alemán idéntico a él.

—¿Tu primo? ¿El que trapichea con coches en la zona de la Puerta de Bagnolet?

—Ese mismo.

—¿Tú vas a misa, Gombrowicz?

—¿Yo? No, ¿por?

Ahí estaba otra vez el forense. Se acercó a la fiscal y llamó con un gesto a los dos policías, con una expresión de perplejidad.

—Así, a ojo, la muerte ocurrió entre las diez y las doce de la noche. Es posible que desplazaran el cadáver después, el cuerpo está aún bastante rígido.

—¿Me está diciendo que puede que la mataran en otra parte y luego la dejaran aquí?

—Que la mataran en otra parte o aquí mismo, todavía no estoy seguro. Espero poder darle más datos después de la autopsia, señora fiscal.

—En cualquier caso, ¿pasó la noche en ese banco?

—Es la hipótesis más plausible.

La jueza se volvió hacia Gombrowicz.

—¿Hay algún conserje aquí?

El joven teniente consultó sus apuntes antes de contestar.

—Se aloja en la planta baja de la rectoría. No vio ni oyó nada. Durmió como un lirón.

—¿No hace rondas en el interior de la catedral? Durante la noche, me refiero.

—Nunca.

—¿Por qué? ¿Se lo ha preguntado?

—Desde luego.

—¿Y?

—¿Para qué, si de noche la catedral está cerrada? Eso es lo que me ha contestado.

—Ya. Y esta mañana, cuando la catedral ha abierto sus puertas, ¿nadie ha visto nada? ¿El vigilante de servicio, el sacristán, los curas, por no hablar de los centenares de turistas que han pasado delante de ella durante dos horas sin darse cuenta de que estaba muerta?

—¿Centenares? Más bien miles. Tengo apuntado en algún sitio que de media pasan por la catedral... Espere un momento...

–Sí, ya lo sé, teniente, cincuenta mil visitantes al día. Bueno. Comandante Landard, empiece con su investigación de flagrancia. Difundan la foto de la víctima en la prensa. Infórmeme cuando haya novedades sobre su identidad. Doctor, ¿se ocupa usted del levantamiento del cadáver? Les dejo, tengo que estar en el Palacio dentro de menos de cinco minutos.

El forense había vuelto a quitarse el guante y se rascaba la cabeza.

–¿Alguna cosa más, doctor?

–Pues el caso es que sí... Antes, al tomarle la temperatura, he reparado en un detalle que... A decir verdad, es mucho más que un simple detalle.

–¿No me diga que ha sufrido abusos sexuales? ¿Aquí? ¿En plena catedral?

–En cierto modo, sería más bien lo contrario...

–¿Qué quiere decir?

–Pues, verá usted, la entrada de la vagina está tapada con cera.

–Repítame eso, doctor...

–Le han tapado el sexo post-mortem con cera caliente. Y, para ser más precisos, con cera de cirio.

* * *

Landard tenía hambre. Landard se aburría. Las escenas del crimen le parecían un auténtico tostón, con sus cohortes de técnicos y de fotógrafos con monos immaculados. Había que abstenerse de fumar, abstenerse de andar, abstenerse de toser, abstenerse casi de respirar. En los veintidós años que llevaba en la brigada criminal, había tenido tiempo de observar y de aprender. En los casos fáciles, los del mono blanco resultaban útiles, sí. A veces el trabajo de los investigadores se limitaba a esperar los resultados de los análisis de las escenas del crimen o de las autopsias. Un cabello, una huella, un rastro de ADN, y caso cerrado. El juez tenía su prueba, estaba contento; también las familias de las víctimas, a quienes la ciencia había proporcionado la prueba irrefutable que les permitiría, una vez detenido el culpable, hacer su duelo ante las cámaras de televisión. Los investigadores, los de verdad, los que sudaban la camiseta en el terreno, podían irse a casa sin tener que desenfundar el arma siquiera, es una manera de hablar, claro. El oficio había dejado de ser el que era.

En el transcurso de la mañana, mandaron de apoyo desde la central a otros tres agentes de la brigada criminal, tres jóvenes tenientes cortados por el mismo patrón que Gombrowicz. Notre-Dame estaba a cinco minutos a pie. Esa era una auténtica investigación del vecindario. Había que interrogar a todo el personal, a todos los intervinientes de la catedral antes de liberarlos para el resto del día. Sacristanes, vigilantes, conserje, empleadas de la limpieza, técnicos de mantenimiento, impresor, vendedoras de postales y rosarios, los que alquilaban las audioguías, guías voluntarios, organistas, cantores de la escolanía, clérigos y, por supuesto, sacerdotes.

Cuando se hubo marchado la fiscal, Landard puso a Gombrowicz al mando de los interrogatorios y luego volvió a echar un vistazo al cuerpo. Tirada todavía en el suelo, la pobre chica era fotografiada desde todos los ángulos. De haberlo sabido, ¿se habría puesto el día anterior un vestido tan corto?

El forense le aseguró que no tardarían en proceder al levantamiento del cadáver. La investigación, la de verdad, empezaría a última hora de la tarde, cuando se hubieran marchado los de los monos blancos, y Gombrowicz hubiera hecho un primer cribado. Landard consultó su reloj: las doce menos diez; tenía más de dos horas para almorzar.

Una vez fuera de la catedral giró a la izquierda, dejando tras de sí la inmensa cola de visitantes que se había formado delante de las verjas cerradas y que serpenteaba por la explanada, ocupando todo su ancho. Era lunes 16 de agosto. Estaban en plena temporada turística. Ya podían esperar, en el mejor de los casos el monumento no abriría hasta el día siguiente. Por el momento, la catedral había cambiado sus cincuenta mil visitantes diarios, sus curas, sus misas y sus conciertos de órgano por un equipo de agentes de la policía judicial.

Cruzó el Pont Marie, entró en la primera cervecería y se sentó dentro, pese al calor, en una mesa que ofrecía una vista inmejorable de Notre-Dame. Pidió un *steak tartare* con patatas fritas y una cerveza, y se arrellanó en la silla, con las manos cruzadas sobre su prominente barriga.

Landard estaba pensando.

En primer lugar, a veces era una suerte que te tocara una fiscal adjunta algo indiscreta y llena de iniciativa. Esa mañana, por ejemplo, eso le había permitido al agente, mientras la jovencita Kauffmann se agachaba junto al cadáver, mirarle las piernas a sus anchas, con las manos en los bolsillos y el cigarro entre los labios.

Landard pidió otra cerveza.

En segundo lugar, que te tocara un cadáver como el de esa guapa jovencita que yacía aún, a esas horas, en el suelo de Notre-Dame, no era la peor manera de empezar el día para un poli de la brigada criminal. Había visto muchos horrores a lo largo de toda su carrera, a cualquier hora del día o de la noche. Había tenido ocasión de observar la carne humana de muy distintas maneras: putrefacta, quemada, descuartizada, ahogada, desangrada, acribillada a balazos, machacada con un bate de béisbol o una barra de hierro, disuelta con ácido, lacerada con una cuchilla, devorada por los perros o las ratas, pulverizada por las ruedas de un tren o de un metro...

El camarero le trajo el *tartare*, y Landard aprovechó para pedir una cerveza más, la tercera.

La muerta de Notre-Dame, con su vestidito limpio y sus muslos al aire, tenía algo que la hacía excitante, desde un punto de vista sexual, por supuesto —ese sentimiento, nauseabundo y sin embargo irreprimible, lo había compartido con todos los hombres que la habían visto o fotografiado en el transcurso de la mañana, incluidos los curas, de eso estaba seguro—, pero también moral. Esa jovencita tan guapa, tan encantadora, sumida en

esa muerte tranquila, como si durmiera, tenía algo, Landard no sabía qué, que la hacía estimulante, como si su muerte debiera suscitar en todo buen policía el deseo de convertirse en justiciero y de cortarle los huevos al cabrón que se había atrevido a cargarse a un bellezón así.

El camarero se llevó el plato cuidadosamente rebañado del agente. Landard se saltó el postre pero pidió un café acompañado de una copita de licor calvados.

Por último, que te tocara un asesino que, a todas luces, era un iluminado total y, a pesar de ello, también discreto, inteligente y organizado era eminentemente satisfactorio desde un punto de vista intelectual. Porque la puesta en escena de esa muerte digna de un thriller esotérico tenía que ser intencionada a la fuerza: una víctima vestida de blanco, hermosísima, hallada en el santuario de la Virgen sin que nadie supiera cuándo ni cómo había ido a parar ahí, con un himen de cera reconstruido.

Un predicador... Landard estaba tratando con un predicador... Un asesino deseoso de devolver la virginidad a todas las chicas ligeritas de ropa de París, que había organizado su puesta en escena para impresionar. El asesino volvería al lugar del crimen, Landard estaba convencido de ello. No podría evitarlo, en su ansia por comprobar qué impresión había causado su primer sermón.

Hacia las dos y cuarto, satisfecho de su sesión de trabajo, Landard pidió la cuenta y bajó a orinar.

* * *

La catedral parecía una inmensa comisaría en la que circulaban policías de paisano, de uniforme o vestidos con mono blanco. Gombrowicz y sus tres colaboradores habían dejado a los técnicos trabajar en el deambulatorio y se habían apropiado de la nave, que habían dividido en cuatro zonas, transformadas, por así decirlo, en otras tantas salas de interrogatorio. Al fondo de la iglesia, repartido en las hileras de sillas reservadas normalmente a los fieles, esperaba al completo el personal de Notre-Dame. Uno por uno, cada empleado, cada sacerdote, cada voluntario era llamado por uno de los policías para ser interrogado sobre los acontecimientos de la mañana o sobre cualquier otro episodio que pudiera estar relacionado con el asesinato de la misteriosa muchacha de blanco. Desde lejos, sentados así en el borde del asiento de paja, la voz ahogada en un murmullo y el busto inclinado hacia esos hombres que parecían escucharlos religiosamente, parecía que estuvieran confesándose, con la única salvedad de que no se sinceraban con un sacerdote sino con un agente de la policía judicial.

A su regreso, Landard encontró al teniente Gombrowicz en un estado obvio de excitación, tanto que se preguntó si su joven subalterno no habría bebido un poco.

—Creo que estamos avanzando. A grandes zancadas. Aparentemente, ocurrió ayer por la tarde. Tenemos diversos testimonios que así lo corroboran.

Landard encendió el enésimo cigarrillo y exhaló el humo hacia las altas bóvedas de la

nave. Las volutas se enroscaron en sí mismas antes de disolverse en el aire cargado de incienso.

–Cuéntame eso, Gombrowicz. Soy todo oídos.

La víspera, un incidente había perturbado las celebraciones de la Asunción, en plena procesión mariana, mientras una fila ininterrumpida de diez mil fieles se extendía bajo un sol de justicia entre la isla de San Luis y la de la Cité, y los altavoces colocados en cuatro camionetas alquiladas difundían a todo volumen un avemaría tras otro. Un altercado, breve pero violento, había enfrentado a un feligrés de la catedral y a una desconocida vestida de blanco. En la cabecera de la procesión, a apenas unos metros de la imagen de plata de la Virgen que llevaban en andas seis caballeros del Santo Sepulcro, ante la mirada incrédula del obispo auxiliar, monseñor Rieux Le Molay, de los sacerdotes de Notre-Dame y de numerosos testigos, un muchacho de aire juvenil y cabello rubio y rizado había tratado de excluir a la joven del cortejo, empujándola hacia la acera, a la vez que blandía un crucifijo, que por fin había empleado como arma para golpearla en el rostro. Uno de los vigilantes de la catedral, Mourad, había intervenido para separarlos, levantando del suelo a la víctima y mandando sin miramientos al agresor a la cola de la procesión.

Landard aplastó su cigarrillo en la pila de agua bendita más cercana y se aclaró la voz. Le tocaba entrar en escena.

–El obispo auxiliar ese que has dicho, el de ayer...

–¿Rieux Le Molay?

–¿Se le puede ver?

–Se ha ido.

–¿Adónde?

–A Lourdes.

–¿Cuándo?

–Esta mañana. Ha cogido un tren a primera hora.

–El cardenal, donde los chinos, y el obispo, en Lourdes. Desde luego, aquí todos los jefes se escaquean.

–Toma, claro. El chiringuito y los marrones se los dejan al viejo rector.

–Y el tal Mourad, ¿también se ha ido a su pueblo?

Gombrowicz hizo un gesto hacia la primera fila de empleados para llamar a un hombre muy alto y corpulento, vestido con una americana raída y un pantalón de lana demasiado grueso para la estación. En el cinturón llevaba un mosquetón del que tintineaban unas veinte llaves por lo menos.

–¿Eres Mourad?

–Sí, señor.

–¿Estabas aquí esta mañana?

–No, señor. Hoy he empezado el turno a las doce y media porque ayer acabé tarde.

–Y, cuando has llegado hoy, ¿qué te han dicho?

–Me ha sorprendido que la catedral estuviera cerrada. He pensado: «Mourad, aquí ha pasado algo». He llamado a mi compañero del turno de mañana. Seguía dentro, cuando ya tendría que haber salido a almorzar. Ha sido él, acompañado de un policía, quien me ha hecho pasar.

–¿Te han puesto al tanto de lo que había ocurrido?

–Me han contado que habían encontrado a una chica al fondo de la catedral.

–Dime una cosa, Mourad, entonces ¿también estuviste de servicio ayer?

–Sí, señor. Desde las doce y media del mediodía hasta las diez y media de la noche.

–Y ¿qué tal el día?

–¿Ayer?

–Ayer. Trata de contármelo en detalle.

–El 15 de agosto, junto con el día de Navidad, es el más complicado del año. A la una menos cuarto es la misa de la Asunción, a las cuatro menos cuarto, las vísperas de la Asunción, a las cuatro y diez empieza la procesión, se saca la gran estatua de plata de la Virgen, y todo el mundo la sigue. Los curas, los fieles, los turistas, todo el mundo. No tiene que quedar nadie dentro de la catedral. Siempre hay que negociar con las viejitas que se quieren quedar dentro, pero nosotros seguimos las consignas del rector: no puede haber nadie en la catedral hasta que vuelva la procesión, a eso de las seis de la tarde. Una vez que ha salido todo el mundo, cerramos las verjas con los otros compañeros vigilantes y nos unimos al cortejo.

–Y tú ¿a qué altura del cortejo estabas?

–En la cabecera. A mí me ponen siempre en la cabecera, con el obispo, los sacerdotes y la imagen de la Virgen.

–¿Por qué a ti?

–Porque, de todos los vigilantes, yo soy el más fuerte. Por lo general, cuando hay problemas, siempre es en la cabecera de la procesión.

–Y ¿qué clase de problemas podría haber, Mourad?

–Pues qué sé yo, alguien podría atacar al obispo o emprenderla con la imagen de la Virgen.

–¿Tú crees? Pero ¿quién querría hacer algo así?

–Pues qué sé yo, los de Act Up, por ejemplo.

–¿Act Up? ¿Los maricas esos?

–Es solo un ejemplo. Hará unos diez días, hicieron una acción en plan comando dentro de la catedral, para protestar contra lo que dice el papa sobre los condones. Colocaron banderines, intentaron encadenarse a las verjas de entrada... La protesta fue bastante contundente. Había periodistas, cámaras, vinieron los de la tele...

–O sea, que armaron un buen jaleo...

–¡Y tanto!

–Y, dime una cosa, Mourad, ayer por la tarde, durante la procesión, ¿no tuviste también un problemilla?

–Hubo una pelea, sí. Todos los años hay una o dos. Normalmente suelen ser las viejas, que se pegan para entrar las primeras en la catedral después de la procesión.

–¿Son muy piadosas las viejas?

–Más que nada lo que quieren es pillar una silla.

–Pero la pelea de ayer no fue entre viejas.

–No, fue entre jóvenes.

–Entonces, cuéntame, Mourad, ¿qué pasó exactamente?

–Al chico lo conocemos bien, hace meses que viene por aquí. Es un poco, cómo decirlo...

–Un poco raro, ¿no?...

–Eso es, un poco raro. A veces parece que toma a la Virgen María por su hermana, ¿entiende?, o por su madre.

–Sí, me hago una idea.

–Reza y llora a sus pies, se tumba en el suelo, le saca fotos, intenta tocarla, le lleva flores... Todas las tardes, a la hora de cerrar, la misma historia. No quiere marcharse, quiere quedarse a dormir con la Virgen del Pilar.

–La Virgen del Pilar, ¿esa cuál es?

–Es la estatua que está allí, a la derecha del estrado. Es la que está impresa en todas partes, en las postales, en las guías turísticas, en las velas...

–¿En las velas también?

–Sí, sí, en las velas, mire.

Mourad fue a buscar una vela de uno de los expositores.

–Y, entonces, el chaval este enamorado de la Virgen María, en plena procesión, ¿a quién dices que quería partirla la cara de repente?

–A una chica de blanco que caminaba al lado.

–¿Al lado de quién, Mourad?

–Pues al lado de la Virgen. Estaba ahí desde el principio de la procesión. Al lado, en la cabecera... Al cabo de un rato es verdad que empezó a molestar a todo el mundo.

–¿A quién te refieres con «todo el mundo»?

–Pues al obispo auxiliar, a los curas, a los caballeros... A todo el mundo, vamos.

–¿Quiénes has dicho que eran esos caballeros?

–Los caballeros del Santo Sepulcro, los que llevan en andas la imagen de plata de la Virgen. Por lo menos pesará unos doscientos kilos, ¿sabe?

–Y ¿por qué se supone que la chica molestaba a los caballeros esos?

–Porque era muy guapa y llevaba un vestido muy corto. En un momento dado, el Gran Pitufu me dijo incluso que fuera a hablar con ella.

–¿Quién es el Gran Pitufu?

–El rector. Así es como lo llamamos entre nosotros, pero no lo diga por ahí.

–Entonces fue el Gran Pitufu en persona quien te dijo que te acercaras a la chica de la

minifalda para pedirle que se fuera a otra parte a seguir la procesión, porque los caballeros, los curas y el obispo auxiliar empezaban a sudar la gota gorda. ¿Es eso?

Por toda respuesta, Mourad se limitó a sonreír.

–Bueno, y ¿qué contestó la muchacha?

–Pues es que ni siquiera pude hablar con ella, el chaval ese se le echó encima. La agarró del pelo y se puso a zarandearla y a llamarla prostituta, ramera, furcia y un montón de cosas más... Y le decía que hay que dejar a la Virgen María en paz, que hay que erigirla como ejemplo, que es la mujer entre todas las mujeres...

–Y tú, Mourad, ¿qué hiciste entonces?

–Cogí al chaval del cuello de la camisa y lo tumbé en el suelo, sujetándolo con la rodilla. Luego le pregunté a la chica si estaba bien, o si quería que llamara a la policía, porque sangraba un poco del labio.

–Y ¿qué dijo ella?

–Pues que no quería llamar a la policía. Me dijo: «Y tú ¿qué haces ahí, por qué trabajas para esa gente?».

–¿Qué quería decir con eso, Mourad?

–Y yo qué sé.

Gombrowicz llevaba un rato nervioso, desde que Mourad había empezado a relatarles la agresión.

–Dígaselo, Mourad, dígale lo que me ha contado antes. ¿En qué lengua hablaba la chica?

–¿Conmigo? Pues en árabe, claro.

Landard no pudo contener una carcajada.

–Tienes razón, Mourad, ¿en qué habríais hablado si no? Después de todo, estamos en Francia. Y ¿qué pasó luego?

–Luego le dije al chaval que no quería volver a verle el pelo en todo el día. Y se fue corriendo, diciéndome que era el mundo al revés y que me largara a mi país.

–Y, según tú, Mourad, ¿qué quería decir con eso?

Mourad miró a Landard a los ojos.

–Sabe muy bien lo que quería decir, inspector.

Landard rebuscó en el bolsillo de su chaqueta pero solo encontró una cajetilla azul vacía y arrugada.

–Vale, Mourad. Y ¿qué pasó después?

–Después la procesión volvió a la catedral para la misa solemne.

–Y la chica de blanco ¿estaba en la misa solemne?

–En primera fila, con las piernas cruzadas.

–Vale. Y ¿después?

–Después, al terminar la misa, hacia las ocho, vaciamos la catedral para instalar el tul.

–¿El tul?

–Las noches de verano, ponemos un tul gigante en el crucero, porque a las nueve y

media volvemos a abrir la catedral para *Alégrate, María*.

–¿Qué es eso de *Alégrate, María*?

–Una película sobre la Asunción.

–Por supuesto, qué pregunta... Entonces, a las nueve y media, reabristeis las puertas de nuevo, y la gente entró como si se tratara de un cine.

–Eso es.

–Y ¿a qué hora terminó *Alégrate, María*?

–La película dura cuarenta y cinco minutos. A las diez y media volvimos a hacer salir a todo el mundo.

–Y la chica de blanco ¿estaba allí también cuando proyectaron la película?

–No sabría decirle.

–¿No la viste?

–No.

–Después de la misa, ¿ya no volviste a verla en toda la noche?

–No.

–Y ¿había mucha gente anoche cuando la película?

–Un montón. Más de mil personas.

–¿Cómo lo organizáis? ¿Es como en el cine? ¿Apagáis la luz?

–Solo dejamos encendidas las lucecitas de la entrada. Las lucecitas y los cirios.

–Y ¿la gente puede entrar y salir a su antojo?

–Sí.

–¿Y nunca tenéis problemas?

–¿De qué tipo?

–Pues qué sé yo, parejas follando en los rincones, chavales que quieran quedarse encerrados en la catedral por la noche para mear en las pilas de agua bendita...

–Eso no ocurre casi nunca. De todas maneras, después de cerrar, hacemos la ronda para asegurarnos.

–Eso es mucha trabajera, Mourad.

–Ya se lo he dicho, con el de Navidad, es el día más difícil del año.

–¿Por toda la gente que se junta?

–Por la gente, los locos, las locas...

–Y, dime una cosa, ¿dónde vives tú, Mourad?

–En Garges-lès-Gonesse. ¿Por?

–Pues tienes un buen trecho hasta tu casa, ¿no?

–Cojo el tren de cercanías en la estación de Châtelet, luego un autobús, y luego un rato a pie hasta mi casa.

–Cuando te toca cerrar la catedral, ¿a esa hora todavía hay autobuses a Gonesse?

–Suelo perder el último.

–Cuando eso ocurre, ¿cómo haces?

–Voy andando.

–¿Vas andando todo ese trecho desde la estación de tren?

–A ver, qué remedio.

–¿No tienes coche?

–No me lo puedo permitir.

–Si sales de aquí hacia las diez y media o las once, ¿a qué hora llegas a tu casa?

El vigilante no contestó.

–Dime una cosa, Mourad, ¿estás seguro de que anoche hiciste tu ronda?

–¿Qué quiere decir con eso, inspector?

–No te pongas nervioso, Mourad, solo te estoy haciendo una pregunta. Después de una larga jornada como la de ayer, tenías que estar deseando irte a la cama, ¿no? Me pongo en tu lugar. Si hubiera podido cogermelo el tren un cuarto de hora antes, saltándome la ronda, créeme, no me lo habría pensado. ¡El último autobús a Gonesse es sagrado, joder!

–Anoche hice mi ronda, inspector, como todas las noches en que me toca cerrar. ¿Tiene más preguntas, o me puedo ir ya?

–Puedes irte a casa.

–La chica que han encontrado esta mañana, ¿es ella? ¿Es la chica de blanco a la que pegaron ayer?

–Lo has adivinado todo, Mourad. Deberías hacerte policía.

El vigilante se alejó. El tintineo de su llavero seguía pautando sus pasos mucho tiempo después de que Landard lo perdiera de vista detrás de una columna.

–¿No tendrás un pitillo, Gombrowicz?

El teniente se sacó una cajetilla de Camel Lights del bolsillo del vaquero y se la tendió a Landard. Este sacó un cigarrillo con una mueca, se lo llevó a los labios y agitó un buen rato su mechero sin conseguir encenderlo esta vez.

–¿No tendrás fuego, Gombrowicz?

–No. Pero coge un cirio, y ya está.

Landard se acercó a una bandeja, cogió una vela encendida con la imagen de la Virgen del Pilar impresa y le dio una honda calada al cigarrillo. Se quedó absorto en sus cavilaciones, en medio de la nube de humo que se iba haciendo más espesa. Golpeando de pronto el aire con la mano como para aclararse las ideas, se volvió hacia el teniente

–Oye, Gombrowicz... ¿qué te juegas a que anoche el tío ese, Mourad, no hizo su ronda?

* * *

El padre Kern emprendió el camino a casa. Le zumbaban los oídos y se sentía cansado. En la explanada delante de la catedral, entre los turistas ociosos, los vendedores de torres Eiffel y los mendigos rumanos, la anciana a la que los vigilantes y los sacristanes apodaban la señora Pipí parecía dormitar en un banco a la sombra de la

estatua ecuestre de Carlomagno. Un poco antes esa misma mañana, había sido arrastrada al exterior por el movimiento de evacuación general ordenado por el rector. Mientras su mente seguía absorta en la imagen de la joven muerta tendida en el suelo, Kern había seguido distraídamente con los ojos el absurdo sombrero de flores de la excéntrica anciana. Lo había visto mantenerse a flote a duras penas en la corriente ruidosa de visitantes empujados hacia la salida de emergencia, sacudido como una brizna de paja, tratar desesperadamente de avanzar a contracorriente, perdiendo en el intento varias amapolas de plástico, y desaparecer por fin en el embudo arremolinado de la puerta del Juicio Final.

La mujer pareció despertar milagrosamente de su cabezada cuando el cura pasó delante de ella. Le dirigió su mirada inquieta de costumbre, rayana en el pánico, y le hizo un gesto inseguro. Kern le devolvió el saludo y apretó el paso. Hoy no. Ahora no. Esta vez tendría que esperar un poco antes de poder relatarle sus visiones apocalípticas, sus delirios paranoicos, los ataques satánicos de los que había sido testigo privilegiado, pero también las deslumbrantes respuestas que parecían ser privilegio único de la Virgen. Kern ignoraba qué caótico recorrido había podido llevar a la señora Pipi hasta esa inmutable silla de Notre-Dame, situada a tres o cuatro metros de la Virgen del Pilar, y depositaria, cada mañana, de sus angustias. ¿Cuáles habrían sido sus padecimientos para acabar buscando, como una droga cotidiana, la benévola mirada de la madona de mármol? El personal de la catedral no sabía nada, o casi nada, de la anciana del sombrero de flores. Ignoraban hasta su nombre. Muy pocos curas la habían confesado. Como únicos datos recordaban una juventud marcada por un padre violento, el miedo como compañero de viaje permanente, la soledad y un lento declive hacia un encierro mental, una dependencia cada vez más total de la religión, acompañada también de un mutismo día a día más impermeable, del que parecía en todo momento a punto de salir, pero nunca lo conseguía. En resumen: carecían de los datos suficientes para pronunciar esa palabra maldita –locura– en cuyas fronteras parecían moverse a veces ciertos visitantes habituales de la catedral.

En los once años que llevaba abandonando cada verano su parroquia de Poissy para ejercer de sustituto los meses de agosto en Notre-Dame, el padre Kern había tenido tiempo de familiarizarse con esos trastornados de la catedral. A ese respecto, el templo sin duda apenas había cambiado desde la Edad Media: sus puertas seguían abiertas a cualquier hora del día para los lisiados de la vida, los que no encontraban su lugar en un mundo brutal y reservado a los fuertes donde el azar del nacimiento los había precipitado y que, en busca de una burbuja de consuelo o de ilusión, habían encontrado refugio en esa inmensa iglesia en el corazón de la isla de la Cité. Eran no pocos aquellos y aquellas que, cada mañana, en cuanto abrían las puertas, entraban en la nave, recuperaban una silla abandonada la víspera y allí se quedaban, sentados hasta la tarde, insensibles al ejército de turistas que invadía los pasillos. Los extraviados parecían flotar entre dos mundos, con la mirada perdida durante horas en el vacío o fija sobre una Virgen, un

cristo o una vela. A nadie se le hubiera ocurrido echarlos de allí. A veces simplemente había que hacerles callar sin brusquedad cuando establecían comunicación directa con Dios o con María y entablaban conversación a voces. Y, de vez en cuando, había que pasar la fregona debajo de sus sillas.

Pero en esa ocasión el padre Kern volvía a casa, y su corazón, a título excepcional, permanecería cerrado durante unas horas, como las puertas de la catedral.

En el tren de vuelta a Poissy trató de poner orden en sus ideas. Primero estaba la imagen obsesiva de esa muchacha tendida en el suelo, trágica e impúdica, descubierta en el preciso instante en que él, en el coro, atacaba la *Salve Regina*.

Después, ese ejército de policías que, con el revólver en el cinturón, habían irrumpido en un santuario donde, desde siempre, se entraba en paz tras dejar las armas fuera. Pero eso quizá no fuese sino una ilusión. Quizá el mal y la violencia se hubieran insinuado ya desde hacía tiempo entre las piedras selladas de la catedral. Quizá llevara librándose desde siempre, entre esos muros multiseculares, el encarnizado combate que oponía la luz a las tinieblas. Y quizá allí su intensidad fuera en realidad más violenta que en el exterior.

Un poco antes esa misma tarde, lo había interrogado un joven investigador de la brigada criminal, como a todos los demás sacerdotes y al resto del personal de la catedral. Había tenido que rememorar su jornada del día anterior. Las misas, la multitud, el ruido, la procesión y el calor canicular. Los cánticos, los rezos, los avemarías que resonaban por los altavoces. El recogimiento. La multitud y el calor de nuevo. Y esa joven de provocadora belleza, tan visible, radiante, magnética, ofrecida con pleno conocimiento a la mirada de los seis caballeros del Santo Sepulcro que encabezaban el cortejo. Envarados en sus trajes de tres piezas, con sus guantes blancos, embozados en sus capas de caballería estampadas con la cruz escarlata de Jerusalén. Sudando bajo el sol abrasador, doblándose bajo el peso de la peana que soportaba la estatua de plata de la Virgen. Exorbitados sus ojos inyectados en sangre. Pero ¿era por el esfuerzo? ¿Por el dolor que les partía el hombro? ¿O por la contemplación de esa muchacha que desfilaba ante sus narices, por el ruido mareante de sus tacones que repiqueteaban sobre el asfalto? Y ¿qué decir de la veintena de sacerdotes que seguían a los caballeros en el cortejo? Las miradas de reojo, breves, furtivas, que había sorprendido en sus colegas de casulla, de arriba abajo y de abajo arriba, para acariciar mejor con los ojos, sin quererlo, pese a llevar el hábito litúrgico, la silueta, la curva de las nalgas, la línea de las piernas de esa muchacha que recorría la calle con unos escaarpines vertiginosos, en paralelo a la procesión. Y ¿qué decir entonces del obispo auxiliar, monseñor Rieux Le Molay? Intercalado entre los caballeros y la cohorte de curas, con la mitra y el báculo sobresaliendo entre la multitud, agitaba la mano en el aire para dibujar una señal de la cruz repetida sin cesar, una y otra vez, una y otra vez. Y, a veces, al terminar con los dedos el gesto en el lado derecho –no todas las veces, solo alguna–, los ojos se le desviaban ligeramente, un poco más allá de la cruz imaginaria que se evaporaba ya en el

calor, para acariciar con la mirada, apenas un segundo, lo que dura un vistazo circular, la admirable silueta blanca, los finos tobillos, la curva de las pantorrillas, los muslos morenos que desaparecían bajo la falda insensatamente corta. La tentación de la concupiscencia. El hombre que intentaba salir, por espacio de un instante imperceptible, de debajo de la pesada capa de clérigo con bordados de oro.

A fin de cuentas, ¿acaso no la había mirado con envidia toda la isla de la Cité? ¿Todo París? Y, como broche final, estallando como una tormenta en un cielo demasiado bajo, la pelea absurda con ese joven feligrés rubio, ese chalado pacífico y aparentemente inofensivo que, de pronto, se había vuelto violento. ¿Qué ocurrió? Y ¿quién era esa muchacha? Al día siguiente la encontraron muerta. ¿Qué ocurrió de verdad?

Evidentemente, la policía le había hecho preguntas sobre el incidente de la Asunción. ¿Quién era ese joven rubio de rostro pálido y angélico? ¿Conocía su nombre? ¿Hacía tiempo que frecuentaba la catedral? ¿Se había mostrado ya violento alguna vez? ¿Se había confesado con él?

El padre Kern se había limitado a encogerse de hombros ante esas preguntas. Sí, conocía al joven, pero solo de vista. No, no sabía su nombre. Nunca se había confesado con él. Y, aunque lo hubiera hecho, un sacerdote no está obligado a pedirle el carné de identidad a un pecador que acude a solicitar el perdón del Señor. No, que él supiera, el muchacho nunca había tenido un comportamiento violento... Era uno de ellos. Uno de esos extraviados de Notre-Dame cuya silueta inmutable volvía a aparecer cada mañana entre las hileras de sillas.

Un día, en confesión precisamente, una joven feligresa de mirada un poco enajenada, siempre presente en misa de ocho, había abierto el bolso, desvelando un cuchillo para el pan medio oxidado. «Por si el diablo me ataca», había dicho. El padre Kern no había juzgado conveniente dar parte al vigilante, al considerar el ataque satánico altamente improbable. ¿Se había equivocado? ¿Estaban los extraviados de Notre-Dame tan locos como para constituir un peligro?

Rumió esas ideas hasta llegar a su rectoría. El campanario de su parroquia daba las seis. Apenas había tenido tiempo de cerrar la puerta cuando sonó el teléfono.

—¿François? Monseñor de Bracy al aparato.

—¿Sí, monseñor?

—¿Ya está usted de vuelta?

—Sí, monseñor.

—¿La policía lo ha interrogado a usted también?

—Sí, monseñor.

—¿Qué le han preguntado?

—Les interesa el incidente de ayer durante la procesión.

—Naturalmente. Lo vinculan con el macabro hallazgo de esta mañana. Vaya una pésima publicidad. Y esa pobre muchacha. ¿Usted la conocía, François? ¿La había visto antes en la catedral?

–No, monseñor, nunca. Quiero decir, no la había visto nunca antes de las celebraciones del 15 de agosto.

–Yo tampoco. A decir verdad, no entiendo muy bien qué venía a hacer ahí, y vestida de ese modo por añadidura.

–¿Hay noticias sobre la reapertura?

–Acabo de hablar con el comandante de policía Landard. Quiere reabrir la catedral mañana mismo. Es una buena noticia, aunque corremos el riesgo de que nos acose una horda de periodistas desde primera hora.

–¿No es un poco pronto, monseñor? ¿No sería mejor esperar a las primeras conclusiones de la investigación o a que se haya designado al juez de instrucción?

–Entiendo su punto de vista, François. Sin embargo, me veo en la obligación de tomar una decisión ya mismo. Habida cuenta del desfase horario con Manila, no podré contactar con el cardenal arzobispo antes de esta medianoche como mínimo. En cuanto a monseñor Rieux Le Molay, desde que se marchó a Lourdes esta mañana temprano, todavía no he conseguido hablar más que con su contestador automático.

–Entiendo. Entonces ¿no quiere demorarse en reabrir la catedral?

–Desde mi punto de vista, cuanto antes lo hagamos, mejor será. Los fieles de María reclaman su morada. Y, además, tengo la impresión de que la policía desea comprobar ese viejo precepto según el cual el asesino siempre vuelve al lugar del crimen.

–Si ese muchacho es culpable de algo, ¿de verdad piensa que volverá a dejarse ver por la catedral?

–Lo ignoro, François. No tengo su profundo conocimiento de los criminales. Sea como fuere, solo quería avisarle de la reapertura. Hasta mañana por la mañana, pues. Buenas noches, François.

–Buenas noches, monseñor.

Y, en el preciso momento en que colgaba el teléfono, se vio las marcas rojas en las muñecas. Se quitó con calma la chaqueta, en cuya solapa llevaba prendida una discreta cruz romana, y se examinó los antebrazos. Las marcas le llegaban hasta más arriba de los codos. Sabía lo que significaban. El mal se apoderaba de nuevo de él. En los próximos días su cuerpo sería escenario de un combate, una batalla más que librar, que añadir a la lista de las innumerables crisis que había sufrido desde su más tierna infancia, cuyos tratamientos habían truncado de raíz su crecimiento y lo habían convertido en ese fantasma vestido de cura, de un metro cuarenta y ocho de estatura y cuarenta y tres kilos de peso.

Martes

De rodillas ante el gran crucifijo de la pared sur, con las manos unidas bajo la barbilla y moviendo los labios en silencio, Gombrowicz rezaba. Pero lo que oía no era en absoluto la voz de Dios. La voz que le hablaba por el pinganillo era la de su superior en la brigada criminal, el comandante Landard.

–No te pases, Gombrowicz. Pareces una niña de primera comunión, con sus calcetincitos blancos.

Gombrowicz levantó las manos unos centímetros y murmuró por el micrófono que llevaba prendido del puño de la camisa.

–Empiezan a dolerme las rodillas. ¿Cómo pueden quedarse tanto tiempo sin moverse? Tengo al lado a una vieja santurróna que lleva una hora por lo menos rezando sin parar. Parece una estatua.

Landard ahogó una carcajada.

–A lo mejor es que también está muerta. Empújala un poco a ver si cae.

–Qué va. Esta te aseguro que todavía tiene intacta la virginidad. No hace falta tapársela con cera.

Poco antes de la apertura, Landard había colocado su dispositivo. Además de Gombrowicz, al que había situado junto a la puerta de Santa Ana para vigilar la entrada, había repartido por la nave a tres jóvenes tenientes de aspecto atlético, camuflados como fieles o como turistas de pacotilla, con el arma de servicio oculta en una riñonera. A intervalos regulares, un carterista pillado in fraganti pagaba el pato de esa concentración cuando menos inhabitual de fuerzas de policía en ese enclave tan tentador para el hampa parisina.

Landard se había instalado a los mandos de la cabina de audio y vídeo de la catedral, situada encima de la sacristía. Ante la consola llena de diodos parpadeantes, con su walkie-talkie al alcance de la mano, el comandante, cual reyezuelo vigilando su reino, jugaba con las cámaras automáticas repartidas por toda la nave que habitualmente servían para filmar la misa solemne del domingo, que retransmitía la cadena católica kto. A su lado estaba Mourad, al que Landard había reclutado por así decirlo para que lo guiara por el mosaico de planos y de vistas de Notre-Dame desplegado ante él. Llegado el momento, Mourad sabría –al menos así lo esperaba Landard– señalar la cabeza rubia del sospechoso en alguna de las pantallas de control de la cabina, entre la multitud anónima de turistas.

Los policías aguardaban desde el principio de la mañana, y la catedral entera, sumida en un continuo zumbido de murmullos, parecía contener el aliento, a la espera de aquel al que todo el personal de Notre-Dame llamaba ya «el ángel rubio». Un cura había venido a

decir las dos misas matutinas, interpretando con curiosa falsedad un papel que sin embargo era el suyo desde hacía muchos años. El sacristán de servicio, los vigilantes, el personal de recepción, los guías voluntarios, las santurronas de la mañana, hasta los turistas venidos de la otra punta del mundo... Todos parecían comportarse cual autómatas, como ausentes, con la mirada vuelta hacia ese punto al que tampoco quitaba ojo Gombrowicz: el pórtico de Santa Ana, por el cual, más tarde o más temprano, según fuentes policiales, el principal sospechoso de un sórdido caso de asesinato entraría para caer en las redes de la brigada criminal. Mientras tanto, fuera, en la explanada, un equipo regional de France 3 instalaba su cámara para el informativo de mediodía, y no tardó en unírsele una furgoneta de la cadena LCI.

–Landard para Gombrowicz... Landard para Gombrowicz...

–Te escucho, Landard...

–¿Todavía nada?

–Japoneses, alemanes, más japoneses...

–¿Dónde coño está, joder? Todos atentos, chicos... Algo me dice que el chaval no anda lejos...

Sentado en una de las capillas del ala sur que bordeaban la gran nave, a unos metros apenas del crucifijo bajo el cual Gombrowicz revisaba su catecismo, el padre Kern esperaba. Esperaba a aquellos fieles, franceses o extranjeros, que quisieran hablar con un sacerdote. Unos años antes se había erigido en la capilla dedicada a la confesión una amplia jaula de cristal, supuestamente para asegurar silencio y confidencialidad tanto al confesor como al confesado. Desde entonces, los curas de la catedral llamaban a esta capilla «la pecera».

Sentado al fondo de su pecera, el padre Kern esperaba: como casi todo el mundo esa mañana, esperaba a un joven de cabello rubio y rizado, de aspecto vagamente romántico y grácil, que dos días antes había atacado a una muchacha a golpes de crucifijo. La muchacha había sido hallada muerta, y el ángel rubio parecía estar metido en un lío bien gordo.

Sentado ante su mesita de confesor sobre la que acostumbraba a colocar dos diccionarios, uno de inglés y otro de español, el padre Kern esperaba: esperaba la noche, que caería inexorablemente sobre la ciudad. Al cabo de unas diez horas como máximo, las marcas rojas volverían a invadirle los brazos, los tobillos y las pantorrillas, como el día anterior, pero esta vez irían acompañadas de una violenta subida de fiebre. Los dolores articulares, agudos, insoportables, serían sin duda para el día siguiente. Lo sabía ya por experiencia. El mal había vuelto, recorría su cuerpo noche tras noche, creciendo en intensidad con el transcurso de los días. ¿Cuánto tiempo duraría la crisis? Una semana, un mes, un año, el padre Kern no habría sabido decirlo.

* * *

Claire Kauffmann apenas había pegado ojo en toda la noche. Había mirado las horas pasar en la pantalla fluorescente de su despertador, dando vueltas en la cama sin cesar, entre suspiros, hasta tal punto que su gato Peanuts, que cada noche se acurrucaba junto a su dueña, había optado por cambiar la mullida suavidad del edredón por el suelo más tranquilo de la cocina. Por lo general, la joven fiscal adjunta conseguía dejar a las puertas de su habitación las imágenes acumuladas durante sus horas de permanencia en el Palacio de Justicia. Había visto de todo. Y había amueblado, decorado y concebido su habitación para que le ofreciera, lo que dura la noche, unas horas de amnesia y para que constituyera una fortaleza eficaz contra la violencia de la ciudad. La persiana metálica estaba siempre bajada. Las cortinas, de pesado terciopelo, siempre corridas. La puerta estaba acolchada. La moqueta era gruesa. En las paredes o sobre los estantes, recuerdos de infancia, dos o tres peluches, un par de zapatos de cintas blancas calzados una única noche, en el umbral de la adolescencia, objetos de los que le gustaba saberse rodeada cuando, sola en la oscuridad, se sentía aspirada al fondo de sus pensamientos, sus angustias y su memoria.

Pero, esa noche, Claire Kauffmann no había logrado cubrir con el velo negro del sueño la imagen de esa virgen blanca hallada estrangulada en el suelo de damero de Notre-Dame. A la más mínima señal de adormecimiento, cada vez que su cuerpo parecía a punto de abandonarse, volvían a su cabeza las imágenes de la catedral. No las de su mañana de trabajo, no las de la investigación en curso, no las de un espacio lleno de la presencia tranquilizadora de uniformes y técnicos con mono blanco, iluminado por potentes focos que hacían desaparecer hasta el último rincón oscuro. Lo que veía Claire Kauffmann en cuanto cerraba los párpados, acurrucada en su cama, era la noche sin fin que las había precedido, los gritos de esa muchacha de blanco resonando en la negrura de esa inmensa iglesia, dejándola sin respuesta, sin auxilio, sola frente a su asesino. Era como si una mano de hierro la obligara, a ella, la fiscal de la República, a mirar el inmundo espectáculo de la muerte pasando por el cuerpo de una mujer, abriéndole las piernas, acariciando un sexo curiosamente lampiño y adolescente, y acercándole por fin una vela que vertía en su piel una luz obscena. Después, como un escalón más hacia el fondo de la pesadilla, Claire Kauffmann abandonaba su posición de espectadora; la mano que le sujetaba la muñeca, tan fuerte que a su vez ella sentía ganas de gritar, la obligaba a acercarse a esa silueta oscura que se afanaba sobre un cadáver vestido de blanco. Y, de pronto, la joven fiscal se daba cuenta de que el cabello de la víctima ya no era negro sino rubio, como el suyo, y acto seguido sentía los torpes tocamientos del asesino en su propia piel, la quemazón de la vela en sus propios muslos; trataba ella también de gritar, sin que su boca lograra emitir sonido alguno; trataba de debatirse, pero su cuerpo, como muerto, ya no le pertenecía. Por fin abría los ojos, jadeante, entre las sábanas húmedas de sudor, encendía la luz, trataba de llenarse de aire los pulmones, de sosegar su respiración y de aferrar con la mirada algún objeto familiar en las paredes de su habitación.

Las mujeres tenían siempre que pagar el precio de las pulsiones de los hombres, sexuales o asesinas. Hasta en la muerte había tenido esa muchacha que padecer los ultrajes de un depravado. Con cera de cirio. Y ¿qué más? Sin contar las miradas intensas, ambiguas, de todos aquellos –agentes de policía, científicos, curiosos, turistas– que se habían sucedido alrededor de su cuerpo. Y el suplicio no había terminado del todo. Quedaba la autopsia, que todavía la desfloraría un poco más. Claire Kauffmann volvía a ver al forense, un buen profesional sin embargo con el que ya había coincidido varias veces en el pasado, rascarse el cuero cabelludo tras quitarse el guante de látex. Entonces, por enésima vez, daba vueltas en su cama y se acurrucaba aún más.

Cuando por fin sonó el timbre del despertador, la fiscal se levantó de la cama aún grogui por su combate nocturno entre vigilia y pesadilla. Dio de comer a Peanuts y se tomó un chocolate caliente mientras escuchaba las noticias en la radio. Tras los titulares de las siete, France Info mencionó el asesinato de Notre-Dame. La prensa estaba al corriente, el gran circo mediático podía empezar.

Después Claire Kauffmann se duchó, ofreciendo la visión de su desnudez tan solo a Peanuts, que, tumbado en un rincón, golpeaba perezosamente el suelo del cuarto de baño. Se vistió, acorazando su cuerpo aún húmedo con un *body* de algodón cuyos cierres de la entrepierna abrochó cuidadosamente, enfundándose las piernas y las nalgas en unas finas medias de verano, cubriendo como cada mañana su sexo rubio con un mínimo de dos capas protectoras.

Cogió el autobús en el distrito 17 donde vivía, deplorando la promiscuidad, el contacto obligado, las miradas de los hombres, en ocasiones tan insistentes. Alguna vez, lo que dura un trayecto, la seguían tipos pegajosos cuyas miradas sentía clavadas en la espalda. No hubiera sabido decir quiénes eran los peores, si los que, miserables y balbucientes, terminaban por abordarla para darle disimuladamente su número de teléfono, o los que no se le declaraban y preferían rumiar a unos pasos detrás de ella, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en su trasero.

Llegó al Palacio media hora tarde, y la fiscal adjunta con la que compartía despacho comentó que no era su costumbre. Se puso a trabajar, leyendo, clasificando y anotando, cual Sísifo con falda recta y moño rubio, tratando cada día, sin éxito, de reducir la pila de expedientes que colonizaba su escritorio. Por fin, hacia las once y media, se decidió a llamar al móvil al comandante Landard, pues este había olvidado mantenerla al tanto de la evolución de sus pesquisas en Notre-Dame.

Encontró al agente muy agitado. Al otro lado del hilo, Landard hablaba en voz muy baja, y a Claire Kauffmann le resultaba difícil entender todo lo que decía.

–Le digo que el chaval está aquí, señorita Kauffmann, el ángel rubio, en la catedral, ha vuelto, yo tenía razón. Lo he visto llegar en mi pantalla de control, como una aparición, hace menos de diez minutos, solo se lo veía a él, era casi fluorescente. Mourad, el vigilante que le echó el guante anteayer, lo ha reconocido formalmente. Y adivine adónde

ha ido directo el chaval. Ni se lo imagina, señorita. Adivine lo que ha hecho nada más entrar, el muy cabroncete.

—¿Cómo quiere que lo sepa, comandante?

—Ya se lo digo yo. El muy hijo de puta ha ido a confesarse.

* * *

El ángel rubio llevaba casi media hora confesándose. Como no aguantaba más, Landard abandonó la cabina de control para ver la escena con sus propios ojos. Encerrado en la pecera, como una extraordinaria mariposa en una vitrina, el muchacho hablaba sin parar, reía, lloraba, sacudía la cabeza, hacía gestos... Y ¿con quién se sinceraba? Con un pequeño cura, enclenque, casi enano, que lo escuchaba sin decir nada, con la barbilla apoyada en el puño, y que, una vez por minuto más o menos, se contentaba con asentir con la cabeza.

Landard pugnaba por contener su impaciencia. Se sentía como un niño de diez años, con el estómago vacío, la baba cayendo y la nariz pegada al escaparate de una pastelería. Esa misma mañana le había dado su palabra al viejo rector: no habría escándalo, ni se detendría al sospechoso dentro de la catedral. Para atrapar al ángel rubio habría que esperar a que este saliera. Fuera todo estaba preparado: dos agentes situados en la puerta de salida, un tercero en la de entrada, por si el sospechoso decidía darles esquinazo, a los que se añadía Gombrowicz, que seguía en su puesto bajo el gran crucifijo, a menos de diez pasos del confesionario. Caso de haber problemas, siempre estaban los policías de uniforme de la explanada, situados allí de común acuerdo con el rector para mantener a raya las veleidades periodísticas de los equipos de televisión.

De mala gana, Landard se arrodilló junto a su teniente, con los ojos dirigidos no hacia lo alto, sino hacia el sospechoso, a quien lanzaba continuas miradas.

—¿Tú qué crees que se están contando?

—A lo mejor deberíamos haber puesto un micro.

—El cura se habría negado. Es confidencial lo que se diga ahí dentro, ¿sabes? ¿Cómo habríamos podido prever que el chaval tendría la mala idea de ir a confesarse?

—Descuida, Landard. De aquí a esta noche volverá a hacerlo, pero esta vez en comisaría.

Algo más tranquilo pensando en el interrogatorio que se anunciaba, Landard volvió a concentrarse en sus oraciones. Pero el ángel rubio no parecía querer salir, y el comandante, a quien empezaban a dolerle las rodillas, cayó en la cuenta de lo absurdo de la situación.

Por fin tomó una decisión. Después de todo, tenía al tipo encerrado en una jaula hermética. ¿A qué esperaba, entonces? ¿A que el pájaro echara a volar? Al cuerno la promesa al rector, era hora de intervenir. Se puso fuera del campo visual del sospechoso y, en voz baja por el walkie-talkie, llamó a los tres tenientes que aguardaban en el

exterior. A continuación, en cuanto llegaron los refuerzos y sin más miramientos, Landard abrió la puerta acristalada del confesionario y lanzó a sus hombres al interior como a cuatro perros en una carnicería.

* * *

El ruido pesado y metálico de la puerta retumbó en las paredes de la celda, adornadas con pósters de chicas con los pechos al aire y una postal de un paisaje de Van Gogh, un campo de trigo que sobrevolaba una bandada de cuervos. El recluso levantó la cabeza rapada hacia el visitante, se levantó del taburete y le tendió una mano en la que nacía una serpiente tatuada que desaparecía bajo la manga remangada y parecía extenderse por todo el brazo.

—¿Ya es jueves? Otra vez he contado mal los días, François. Desde luego, ya me pierdo. Las horas, los días, el tiempo...

El padre Kern tranquilizó al prisionero.

—No, Djibril, soy yo quien se ha adelantado. Estamos a martes.

Djibril volvió a sentarse, bostezó, se frotó los ojos con la palma de las manos y, con un gesto, le ofreció al cura el catre para que se sentara.

—¿Quieres un café?

Kern asintió. Djibril cogió un tarro de Nescafé de un estante, sirvió un poco a ojo en un vaso y puso agua a calentar en un hervidor eléctrico.

—¿Sin leche, como siempre?

—Sin leche, Djibril, gracias.

Kern se había sentado en la cama. Esperaron sin hablar a que el agua terminara de hervir. Djibril llenó el vaso, metió una cuchara cuyo ruido metálico, al chocar contra las paredes, le recordó al de la llave por la noche en la cerradura de la celda, y le tendió el café al cura.

—Está caliente. Cuidado no te quemes los dedos.

El padre Kern removió con la cuchara. Observaba el café disolverse en silencio, sentía el olor que llegaba hasta su nariz y el calor que le enrojecía los dedos. Sin embargo no dejaba el vaso, estaba como ausente, como si no notara que se estaba quemando.

—Creía que los martes estabas en Notre-Dame.

Kern esbozó una vaga sonrisa.

—Te voy a dar una respuesta de niño: hoy la escuela ha cerrado antes.

Bebió un sorbo y le devolvió el vaso al prisionero.

—Pensándolo bien, no me vendría mal un azucarillo. Hoy no he podido almorzar.

Señaló el televisor clavado en la pared, cuyas imágenes mudas transmitían una serie policiaca alemana.

—¿Has visto las noticias de la una?

—Las he visto, sí. Aquí no hay otra cosa que hacer. Han sacado a vuestro asesino por

la puerta grande, justo delante de las cámaras. Y el premio al mejor director es para la policía judicial de París, por su espectacular película...

—Los periodistas estaban bien informados, supongo que el personal de la catedral no pudo evitar hablar. Ya estaban al corriente de la agresión del día de la Asunción. Sabían a quién quería atrapar la policía. Y el chaval cayó en sus redes, creyendo que solo iba a confesarse. ¿Se le ha visto la cara en la tele?

—Le habían tapado la cabeza con una chaqueta. Luego lo han metido en un coche y han puesto la sirena y todo. ¡Serán payasos! La comisaría está a quinientos metros.

—Es un joven un poco trastornado, Djibril. Han ido a por él mientras le daba la absolución. Cuatro contra uno para derribarlo.

—¿Le has dado la absolución a un asesino? Bueno, claro, me dirás que es lo que haces aquí continuamente. Todos los jueves hablas y perdonas a tipos condenados a cadena perpetua.

—¿Quién ha dicho que el chaval haya matado a nadie?

—Pues es obvio que la prensa ya lo ha juzgado. ¿Tú lo crees inocente?

—Lo creo terriblemente culpable. Culpable de haber interpretado mal las Escrituras, de haber convertido a la Virgen en un ídolo. De haber cedido a la facilidad de la intolerancia y de la estupidez. Ese muchacho es un iluminado y un chalado. Pero no un asesino. No ha matado a esa chica.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Yo no estoy seguro de nada, Djibril. Solo sé que el muchacho ha acudido a mí. Se ha sincerado conmigo en confesión. Me ha hablado de sus obsesiones. De su sexualidad, totalmente perturbada. De su fetichismo por la Virgen María. De sus pulsiones. Me ha hablado de la agresión de anteayer. Necesita tratamiento médico, es obvio. Pero, tras el incidente de la procesión, dice que volvió a su casa y se fue a la cama.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—Como te puedes imaginar, me han pedido que les repita toda la conversación.

—Y ¿tú qué has hecho?

—Digamos que no se lo he contado todo. Me he amparado en el secreto de confesión.

Djibril volvió a poner agua a hervir y abrió de nuevo el tarro de Nescafé.

—Ese chaval iluminado te recuerda a tu hermano, ¿a que sí?

Kern bajó la mirada al fondo del vaso y jugueteó un momento con el mango de la cuchara. En los quince años que llevaba visitando la penitenciaría central de Poissy como capellán de prisiones, había conocido a muchos presos. A la mayoría le traía sin cuidado la religión pero buscaba un oído atento con el que sincerarse, alguien fuera del círculo de la administración penitenciaria que supiera sentarse frente a ellos sin juzgarlos. Después de todo, su juicio ya se había celebrado, el juez de instrucción ya había establecido su culpabilidad, ya habían aguantado el sermón del fiscal, a ninguno se le olvidaba; la justicia los había condenado a la mayoría a penas que iban de quince años a cadena perpetua: en Poissy solo estaban los presos con condenas más graves.

Allí había conocido a Djibril, un coloso de dos metros de altura y ciento diez kilos de peso, con el cráneo rapado al cero y el cuerpo cubierto de tatuajes. Su condena, reclusión a perpetuidad con un periodo de seguridad de veintidós años. Por un atraco que había terminado mal: una gasolinera en la Beauce, una cajera tomada como rehén, un asedio de varias horas por parte del grupo de intervención de la gendarmería, una salida peligrosa, improvisada, por una ventolera o dictada más bien por el pánico, bajo los efectos del alcohol hallado en el lugar e ingerido para aplacar la angustia; por fin, al término de la noche y de la pesadilla, un gendarme muerto, padre de un chaval de once años, tendido sobre un charco de sangre al pie de un surtidor de gasolina sin plomo 98. E, inesperadamente, se había creado un vínculo entre el sacerdote y el asesino. Conforme pasaban los meses, Djibril se había ido abriendo. Le había contado su historia al hombrecillo de la cruz en la solapa. Una larga caída en picado, en realidad una caída iniciada ya en las últimas plantas de un edificio de apartamentos de la parte pobre de Montreuil. De raterillo, Djibril había pasado a pequeño traficante y, de ahí, a jefe de banda. Había dejado el colegio. Se había ido alejando progresivamente de su familia, y poco después habían llegado las primeras penas de prisión. También los primeros contactos con jefes de otro tipo de delincuencia, no tan interesados en trapicheos sino en atracos a joyerías, bancos y furgones de dinero. En su vida había habido un cambio de escala, del bloque al barrio, del barrio a la ciudad, de la ciudad a la región y de la región al país entero. Siguieron también los primeros apodos de artista —*el Toro, el Tatuado, el Africano*—. El fusil de asalto, la granada y el arma de guerra sustituyeron definitivamente a la navaja y al cúter. La violencia, la adrenalina y la huida se convirtieron en drogas cotidianas. Una trayectoria tristemente ejemplar y, en cierta manera, terriblemente francesa, de esa parte de Francia que la mayoría no desea ver. Hasta esa salida fallida, una noche, de la tienda de una gasolinera, en algún lugar de la Beauce. Luego vino el juicio en el tribunal de lo penal, la condena y dos o tres reportajes en televisión. Y, después, la cárcel. El tiempo que pasa como a cámara lenta, el locutorio desesperadamente vacío, el silencio en mitad de los gritos. Una vez por semana, la visita del capellán.

Entre Kern y Djibril no había amistad sino más bien una relación de escucha y respeto mutuos, como si Kern hubiera entendido, al hilo de sus visitas, los límites de su propia experiencia. No sabía gran cosa, en todo caso no más que ese hombre que tenía delante, ese hombre que había matado, que había comprendido la inmensidad de su crimen y a quien le quedaba lo que dura una vida para lamentarlo y perdonarse a sí mismo.

—No lo sé, Djibril. Hacía tiempo que no pensaba en ello. Quizá tengas razón, quizá ese muchacho me recuerde a mi hermano, a mi pesar; su extravío, su violencia interior, todo ello oculto bajo esa máscara de ángel.

Más de una vez, Kern había tenido la curiosa impresión de que, entre el sacerdote y el preso, era él quien más buscaba sincerarse. Con los demás reclusos de Poissy eso no le ocurría nunca. Con los demás, escuchaba, luego hablaba él, y a veces se entablaba una

conversación que aligeraba un poco el aire denso de las celdas, tan denso que a menudo se hacía irrespirable. La celda de Djibril encerraba ese mismo aire, los mismos objetos cotidianos a los que se limitaba la vida de los presos, los mismos pósters obscenos junto a las mismas imágenes sentimentales recortadas de las mismas revistas, con una única diferencia: en uno de los estantes de Djibril había un código penal, en equilibrio precario sobre una torre de manuales jurídicos, y, en la mesita, junto al hervidor eléctrico, un montón de apuntes de clases a distancia. Después de un diploma de secundaria, el condenado a cadena perpetua estudiaba una licenciatura en Derecho.

Djibril sirvió al sacerdote otro café.

–Lo que tienes que hacer es evitar que ese muchacho corra la misma suerte que tu hermano.

–¿Por qué crees que vengo a la cárcel todos los jueves? ¿Acaso no es para evitaros a todos la misma suerte que a mi hermano?

Kern se bebió el café del tirón. Esta vez sintió que la quemazón lo atravesaba de parte a parte.

–Lo siento, Djibril. Perdóname. No debería haber dicho eso.

El preso se echó a reír y luego hizo una rápida señal de la cruz.

–Te absuelvo, hijo mío. Pero ¿sabrás perdonarte a ti mismo? Por seguir vivo, me refiero, cuando tu hermano mayor murió solo en su celda.

Kern no contestó, y Djibril se puso en pie, dominando al hombrecillo con su estatura.

–Sigue con tus oraciones, François, pero que ello no te impida actuar para evitar lo peor. Se puede cambiar el destino. Cuando entendí eso, ya era demasiado tarde.

–Lo sé, Djibril.

–¿Ves?, la penitenciaría central de Poissy te deja tiempo para reflexionar, para proyectarte infinitas veces la película de tu vida. Para darle mil vueltas en tu cabeza. Para admitir que ya no hay posibilidad de dar marcha atrás.

–Bien lo sé.

–Darle vueltas y vueltas en la cabeza. Aquí esa es la verdadera tortura: rumiar tus errores mientras esperas que te llegue la hora de palmarla. El purgatorio antes del infierno, vaya.

Y, con su enorme zarpa, estrechó la mano descarnada que le tendía el cura. Kern se estremeció ligeramente. El preso tenía un conocimiento mucho más concreto del limbo que él, pese a ser sacerdote, mucho más del que tendría él jamás mientras viviera, y pensó: en realidad no sé nada; el verdadero conocimiento lo tiene él.

–Gracias, Djibril.

–No hay de qué. Me ha gustado sentirme útil. Pero no te vayas a olvidar de venir a visitarme. Ya sabes lo que me ocurre: cuando no viene mi curita a hablar conmigo acumulo toda la rabia dentro. Pego a mis compañeros en el comedor. Así porque sí. Por un poco de pan. Por pasar el rato. Es la ley del más fuerte. Y el más fuerte no siempre es el más inteligente. O, como dirías tú, el más cristiano.

* * *

–En veintidós años de carrera jamás había oído tanta majadería junta.

Landard acababa de reunirse con Gombrowicz en una esquina del despacho y se concedió otro cigarro. Eran más o menos las cuatro. La habitación abuhardillada, en la que hacía un calor sofocante, se iba llenando de una nube de humo que se hacía más densa cada vez que Landard espiraba. En la otra punta, a unos tres metros como mucho, el ángel rubio, esposado a la silla, no era ya más que una silueta perdida en la niebla. Landard siguió hablando.

–Este chaval está majara perdido. Para el abogado del turno de oficio va a ser pan comido. Ya me imagino su alegato: «Mi cliente está chalado, señorita, su madre le hacía comerse sus propios excrementos cuando era pequeño, no es responsable de sus actos...». Y, hala, directo al manicomio sin pasar por la cárcel. Lo que yo te diga, Gombrowicz, la justicia está mal hecha. ¿Te parece a ti normal pagarles unas vacaciones a unos chalados de este calibre?

Landard volvió a sentarse sobre la mesa mientras Gombrowicz se instalaba ante la pantalla del ordenador.

–Bien, Thibault. Nos habíamos quedado en lo de la procesión.

–¿Me puede dar un vaso de agua? Tengo muchísima sed.

–El agua después, Thibault, primero la procesión.

El joven pareció buscar en su memoria y luego preguntó al agente, con su curiosa voz de pito:

–¿La procesión?

–Anteayer, sí. La Asunción, ¿lo recuerdas? La misa, la procesión...

–¿La procesión de la Asunción?

–Eso es, chico. La imagen de la Virgen, los curas, los caballeros del santo cómo se llame y la chorba esa de blanco que meneaba el culo a dos pasos de ti. ¿Te acuerdas?

–Me acuerdo, sí, pero emplea usted unas palabras...

–Esa chica, Thibault, ¿la conocías? ¿A lo mejor podrías decirnos cómo se llamaba?

–No la había visto nunca.

–Entonces ¿por qué la emprendiste a golpes con ella?

–Si se lo dijera, no lo entenderían.

–Pues nos lo vas a decir de todas maneras, chaval, y mi compañero y yo haremos un esfuerzo por entenderlo.

El muchacho miró fijamente a Landard primero y luego a Gombrowicz, antes de volver a Landard. Y sus labios esbozaron una discreta sonrisa, pese al estrés visible que le provocaba el interrogatorio.

–Me lo ordenó la Virgen.

Landard se dio una palmada en el muslo.

–¡Joder! ¡Ya estamos otra vez con lo mismo! Que si la Virgen, los santos y su hijo

Jesucristo...

–¿Lo ven? No entienden nada...

–Apunta, Gombrowicz, apunta bien: «La Virgen me ordenó que agrediera a esa joven». Y ¿no sabrás por qué la Virgen te pidió que castigaras a la hermosa muchacha?

–No tengo ni la menor idea.

–Ni la menor idea... ¿No te estarás burlando de nosotros, eh, Thibault? Si la Virgen María te pidió que le metieras unas hostias a esa chica anteayer, ¿no sería a lo mejor porque era un poquito magrebí la chavala?

Thibault se encerró en un profundo silencio. Landard apagó su Gitane delante de las narices de Gombrowicz, en un cenicero lleno hasta arriba de colillas. El teniente, que respiraba con dificultad y empezaba a sudar, lo cogió y lo vació en la papelera, suspirando. Entonces el muchacho prosiguió:

–Ya sé adónde quieren llegar. Buscan acusarme de agresión racista. Pero la Virgen no es racista. ¿Cómo quieren que lo sea? La Virgen es un modelo para todas las mujeres del mundo, sea cual sea el color de su piel.

Landard sentía que el chaval se le escapaba, tanto como el móvil del crimen, y levantó la voz, acercando el rostro a pocos centímetros del de Thibault:

–Antes nos has dicho que todavía vives con tu madre. En Saint-Cloud, ¿no? ¿Cómo se va a sentir tu mamá cuando se entere de que su hijo es sospechoso de haberse cargado a una chica?

La respiración del muchacho se aceleró de pronto.

–¿Mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre en esta historia?

–¿Cómo se va a sentir, eh, Thibault? ¿Crees que asistirá a tu juicio? ¿Crees que te llevará naranjas a la cárcel?

–Dejen en paz a mi madre. Yo no he matado a esa chica.

–Entonces ¿por qué le pegaste, eh, Thibault, por qué?

Turbado, el muchacho empezó a farfullar, y, de pronto, las palabras se le agolparon en la boca y salieron todas a chorros, como de un grifo cuya junta se hubiera roto.

–¡Porque era una putita! Porque se burlaba de la Virgen, con su manto immaculado. ¡La golpeé porque se lo merecía! ¡Porque se pavoneaba ante nuestros ojos con su vestido de ramera provocadora! ¡La golpeé para darle una buena lección! ¡La golpeé porque se lo buscó! ¡La golpeé para incitarla a la pureza, a la humildad, a la bondad! ¡La golpeé para incitarla a la virginidad!

Thibault se desahogó a su pesar, se vació y, enseguida, dio muestras de lamentarlo. Se disculpó por las palabras empleadas. Delante de él, en cambio, era como si el comandante Landard se hubiera llenado de aire caliente, como un globo, y parecía a punto de elevarse de la superficie del escritorio.

–Apunta, Gombrowicz, apunta: «La golpeé para incitarla a la virginidad».

Gombrowicz tecleaba. El brusco cambio de ritmo en el interrogatorio lo había

perturbado un poco. Landard esperó a que las teclas del ordenador dejaran de repiquetear, y luego encendió otro cigarro al que dio una calada con satisfacción.

–Gombrowicz... Llama a nuestra fiscalita a su línea directa, ¿quieres?

Volvió a inclinarse sobre el sospechoso.

–Dime una cosa, Thibault... ¿Te parece que vayamos un rato a casa de tu madre para echar un vistazo a tus cajones? ¿Crees que llegaremos antes de las nueve?

* * *

Cerró la puerta de su casa con dos vueltas de llave. Se quedó ahí un momento, con la frente apoyada en la madera y la mano crispada en el picaporte, escuchando al otro lado los sonidos de la ciudad que le llegaban como filtrados por una espesa niebla, como ahogados por una gruesa capa de nieve que hubiera caído en masa a última hora de esa tarde del 17 de agosto. En la calle circulaba un coche. Oyó un ruido de pasos de mujer. Una risa de niño. Y luego ya nada.

Soltó el picaporte y se adentró en el apartamento sencillo, despojado y ordenado que ocupaba desde hacía quince años. Dejó la chaqueta en el respaldo de una silla. Fue a beber un vaso de agua. O más bien se limitó a llenarlo, mirando el reloj en la pared blanca sin verlo realmente, durante un tiempo que no hubiera sabido decir si fue corto o largo, y se quedó así con el vaso en la mano, antes de dejarlo en el fondo del fregadero, todavía lleno de agua.

Fue a su habitación, se sentó en la cama, se miró las manos apoyadas en las rodillas, en una postura de niño bueno que posa para la foto de clase, luego se levantó y abrió el armario frente a la cama. Sacó una caja de zapatos y la dejó sobre una mesita en un rincón de la habitación, colocada bajo un crucifijo de madera clavado en la pared. Sacó de la caja un antiguo despertador Bayard que se puso delante, una lupa y un estuche escolar manchado de tinta negra cuya cremallera abrió. Dentro encontró una pinza y cuatro destornilladores, de tamaños y colores distintos, que alineó a ambos lados del despertador. Por último sacó del fondo de la caja una foto en blanco y negro que se colocó delante, apoyada contra la pared. Pulsó el interruptor de una lámpara de brazo articulado enganchada en el tablero de la mesa, cogió con una mano el despertador, y, con la otra, uno de los cuatro destornilladores cuyo mango de madera era de un rojo apagado. Despacio, con aplicación infantil, desatornilló la carcasa de metal y la abrió, desvelando el mecanismo a la vez rústico y complejo así como su año de fabricación: 1958. A continuación, con la misma meticulosidad, en un silencio que solo rompía el sonido de su respiración así como, allá muy lejos, el del reloj de la cocina, se dispuso a desmontar el aparato por completo.

Un poco antes de las ocho dejó frente a sí las dos últimas piezas que le quedaban por disociar. Tenía el despertador delante, totalmente desmontado.

Llevaba una camisa de manga corta. A la luz combinada del día y de la lámpara vio

que las manchas rojas habían vuelto a surgir alrededor de sus muñecas y sus codos. Las sentía también ganar terreno bajo la mesa, le subían hacia las rodillas por las pantorrillas, provocándole esa curiosa mezcla de quemazón y prurito que no sentía en ninguna otra ocasión. Por primera vez aquella noche, se apartó del despertador y se concentró en la fotografía apoyada en la pared. Cogidos de los hombros, dos niños, uno de unos siete años y el otro de unos diez quizá, miraban al objetivo del fotógrafo en una postura que recordaba a la de los futbolistas antes de un partido. Precisamente, un balón esperaba en el suelo a que uno de ellos –el menor, bajito, moreno, con aspecto de polluelo enfermizo, o el mayor, alto y rubio como las espigas de trigo– quisiera devolverle la vida de una vigorosa patada. El decorado parecía el de un colegio o un internado a la antigua, con su patio de tierra batida rodeado de una alta tapia y, al fondo, el ángulo de un edificio cuya única abertura visible dejaba adivinar una vidriera.

Volvió a meter la mano en la caja de zapatos y sacó un termómetro de mercurio pasado de moda. Sin dejar de mirar la foto en blanco y negro, se metió la punta metálica bajo la lengua y esperó así, inmóvil, en la luz declinante del día que cedía lentamente paso a aquella, fría y clínica, de su lámpara de arquitecto. Por fin se lo sacó de la boca y leyó: el mercurio sobrepasaba el umbral de los cuarenta grados. Dejó el termómetro en el borde de la mesa.

Sin un ruido, sin un suspiro, el padre Kern empezó entonces a montar de nuevo su despertador Bayard, cuyo mecanismo databa del año 1958.

* * *

Claire Kauffmann se aferraba a la manilla del techo del coche. Sus rodillas, muy juntas, bailaban de un lado a otro a cada volantazo, y con el brazo izquierdo se apretaba contra el pecho la cartera que contenía el expediente del caso Notre-Dame.

Landard retrocedió violentamente al acercarse a un semáforo en rojo, haciendo rugir el motor del Peugeot 308, se pegó a la derecha para invadir el carril bus y se lanzó hacia el Sena sin pisar el freno. Cruzó a toda velocidad el puente de Saint-Cloud. En el asiento trasero, el ángel rubio, esposado y sentado muy cerca de Gombrowicz, miraba ora la calzada, ora los ojos de Landard, que veía por el retrovisor.

–¿Le parece de verdad indispensable conducir así, comandante? Estaremos allí de sobra antes de las nueve para empezar el registro.

Landard volvió a poner la sirena al acercarse al final del puente.

–Es por la madre del muchacho, señorita Kauffmann. No quiero que se pierda el principio de la película por nuestra culpa. Con un poco de suerte, llegaremos justo después de las noticias, cuando empiecen los anuncios.

La fiscal adjunta levantó los ojos al cielo en un gesto de exasperación, mientras el agente miraba fijamente al sospechoso por el retrovisor.

–Apuesto a que a tu mami le gusta mucho ver la tele. ¿A que sí, Thibault? Apuesto a

que te habrá visto salir de la catedral en las noticias de la una. Se habrá dicho: «¡Pero si ese chico, ese chico esposado y con una cazadora tapándole la cabeza, es mi niño, es mi niño!»». Habrá visto las noticias de las ocho para asegurarse. Dime una cosa, Thibault, ¿crees que tu madre te habrá reconocido, a pesar de la cazadora que te tapaba la cabeza?

Landard se volvió y repitió la pregunta mirando al sospechoso a los ojos. Gombrowicz, que sentía que la hamburguesa con patatas que había almorzado se abría paso despacio hacia arriba, contra toda lógica digestiva, despegó los labios con dificultad el tiempo justo para amonestar a su superior:

–¡Mira al frente, Landard, que nos vas a empotrar contra una farola, joder!

Rodearon la fila de coches que esperaba para poder incorporarse a la autopista del oeste y enfilaron en dirección a SaintCloud. Se detuvieron unos minutos más tarde, sobre la acera, al pie de un edificio de los años setenta. Pálido como un muerto y con el rostro empapado en sudor, Gombrowicz sacó al ángel rubio del coche, agarrándolo del brazo, mientras Landard entraba ya en el edificio, seguido de cerca por Claire Kauffmann.

En el ascensor se abstuvieron de hablar, apretados como sardinas en lata. Claire Kauffmann notaba el olor a tabaco rancio que impregnaba la cazadora del comandante Landard, así como el del desodorante barato que emanaba de las axilas húmedas del teniente Gombrowicz. Oía también la respiración del joven sospechoso, que se iba acelerando a medida que subían y se acercaban a la puerta de su madre.

Acudió a abrirles una mujer de baja estatura y cabello ralo, encorvada y de aspecto enfermizo, vestida con una bata. Al ver a su hijo esposado empezó a gemir, con los ojos muy abiertos y una expresión de pánico. Con una mano deformada por la artrosis se tapó la boca, abierta de par en par debido a la sorpresa. No volvió a cerrarla –o apenas– todo el tiempo que duró el registro.

Lo primero que llamó la atención de Claire Kauffmann al entrar en el vestíbulo fue el olor a cerrado: ¿cuánto tiempo hacía que no abrían las ventanas? Las persianas también estaban bajadas. Al acercarse al cristal, la fiscal adjunta vio que había unas gruesas tiras de cinta adhesiva de color marrón pegadas en las persianas que impedían que entraran la luz y el aire. Le bastó una simple ojeada circular para darse cuenta de que todas las aberturas del apartamento habían corrido la misma suerte. El ángel rubio y su madre vivían en una auténtica sepultura compuesta por una cocina, un cuarto de baño, dos habitaciones y un pequeño salón.

Un televisor antiguo difundía a todo volumen un anuncio de una aseguradora. Landard había calculado bien la hora de su llegada.

–¿No se encuentra en casa el padre de Thibault, señora?

–El padre de Thibault falleció, señor comisario. Murió hace veintiún años en un accidente de coche, en la carretera que lleva a Satory; era militar. Yo estaba embarazada de seis meses cuando ocurrió. Thibault no llegó a conocer a su padre.

La mujer se volvió hacia su hijo y de nuevo se llevó el puño cerrado a la boca.

–Thibault... La policía... Pero ¿qué has hecho esta vez?

Claire Kauffmann sacó la carpeta de su cartera.

—Su hijo, señora, se encuentra detenido en el marco de una investigación por homicidio. Lo estará hasta mañana a mediodía, a menos que su detención se prolongue otras veinticuatro horas. Estos agentes de la policía judicial han venido a efectuar el registro de la habitación de su hijo, necesario para la investigación. ¿Nos da su autorización?

—¡Dios mío, Thibault! Entonces eras tú el que salía en la tele... Eras tú el de Notre-Dame... Pero ¿se puede saber qué has hecho ahora?

—¿Nos autoriza a ver la habitación de su hijo, señora?

Con una mano vacilante, les señaló una puerta al fondo del pasillo. Landard se dirigió a ella el primero. Las paredes estaban cubiertas por un papel ajado cuyas flores parecían haberse marchitado ellas también hacía muchos años. Con una mano en el picaporte, se volvió hacia el joven sospechoso, al que Gombrowicz sujetaba aún del brazo.

—¿Vamos allá, Thibault? ¿Nos das permiso tú también? Mira bien todo lo que registramos y lo que nos llevamos, porque al final tendrás que firmarnos un papelito. ¿Vale?

Giró el picaporte y abrió la puerta. En el interior reinaba la misma atmósfera asfixiante que en el resto de la casa. Landard buscó a tientas el interruptor en la pared. En cuanto se hubo encendido la luz, no pudo evitar soltar un taco.

El muchacho entró a su vez, seguido de Gombrowicz y de Claire Kauffmann. La fiscal adjunta y los dos policías se quedaron un momento desconcertados, mirando las paredes, los estantes, los armarios y las vitrinas. Gombrowicz, a quien la falta de aire había hecho palidecer más todavía, se acercó a su superior.

—Francamente, Landard... ¿habías visto algo así alguna vez?

La habitación del ángel rubio era un auténtico museo dedicado a María. Colocadas en hilera, pegadas al mismo papel de pared del pasillo, en varios pisos de estantes que iban desde el suelo hasta el techo, innumerables estatuillas de todos los tamaños y todos los estilos parecían observar a los tres visitantes con una mirada escrutadora. En los escasos espacios libres de anaqueles había dibujos de trazos algo infantiles, enmarcados bajo cristal y colgados de la pared. El motivo apenas variaba: María, en todas sus representaciones posibles y conocidas, desde todos los ángulos, estaba una y otra vez celebrada.

Uno de esos marcos en particular atrajo la atención de Gombrowicz, quizá porque el dibujo que protegía era más imponente que los demás, quizá porque era el único en color o porque estaba clavado frente a la cama del ángel rubio. Representaba a una Virgen coronada, con una tez de blancura cadavérica, rodeada de ángeles rojos y azules, que sujetaba en la rodilla izquierda a un Niño Jesús rubicundo y mofletudo. Un gélido erotismo se desprendía del dibujo, por la belleza de los rasgos de la Virgen, desde luego, pero sobre todo porque el seno izquierdo asomaba por entre el corsé, y ese seno, grande

y redondo, extremadamente pálido, atraía la mirada como un imán, más que cualquier otro detalle en la composición.

–Es hermosa, ¿verdad? Es un cuadro francés del siglo xv. Fui hasta Amberes para verlo. Tardé tres días en reproducirlo. ¿Te acuerdas, mamá?

Sin apartar la mirada del dibujo, Gombrowicz emitió un silbido de admiración.

–¿Esto lo has hecho tú? Y todos esos que hay en las paredes, ¿también los has pintado tú?

Con una voz de pronto más segura, la madre del joven respondió en lugar de su hijo:

–Thibault es un dibujante extraordinario, señor inspector. Está preparando su ingreso en la Escuela de Bellas Artes.

–¡Mamá!...

–¡Harás Bellas Artes, hijo mío, estoy segura! Y con tu arte celebrarás la fe en María y en Jesucristo.

Landard, que hacía rato ya que había abierto el único armario y estaba vaciando los cajones, sacó de pronto un fajo de esbozos que blandió por encima de su cabeza.

–¿Y esto, Thibault, también es para ingresar en Bellas Artes?

Una a una, dispuso las hojas sobre la cama, dejando que los rasgos del sospechoso se descompusieran a medida que iba alineando una serie de dibujos pornográficos en los que se veía a una Virgen de labios carnosos, con el manto levantado sobre unas piernas con medias de rejilla, calzada con tacones de aguja, y entre cuyos muslos asomaba un sexo de labios gruesos y colgaderos.

–Si no te importa, Thibault, voy a ponerlos en el orden que yo prefiera. ¿Me dejas? Señoras y caballeros, observen con atención... Primera obra maestra realizada por nuestro amigo Thibault con vistas a su ingreso en la Escuela de Bellas Artes: *La Virgen se masturba a escondidas y al final se corre...* Muy bonito, muy puro... Pero yo le veo cierto parecido con santa Teresa... Cuidadito con no confundir a las santas, ¿eh?, porque si no, adiós muy buenas al ingreso este curso en Bellas Artes... Segunda obra maestra con vistas a la admisión de Thibault en la Escuela de Bellas Artes: *Para preservar su preciada virginidad, María la picarona se da placer por detrás con un... una...* ¿Qué le has metido por el culo a tu Virgen María, Thibault? ¿Gombrowicz?... ¿Alguna sugerencia?... ¿Señorita Kauffmann?... ¿Sabría usted decirme?... No importa... Sigamos con lo que nos ocupa...

Claire Kauffmann sentía un malestar creciente a medida que proseguía la grotesca exposición. Notaba un ligero vértigo, la sangre abandonaba progresivamente su cabeza. ¿Sería que le faltaba el aire, ya escaso en esa habitación herméticamente cerrada? ¿O era por el placer visiblemente sádico que a Landard le procuraba humillar a su sospechoso? ¿O la máscara de vergüenza que Thibault lucía en el rostro? ¿O la expresión de severidad en el de su madre? ¿O tal vez era que los dibujos obscenos de ese adolescente libidinoso le evocaban recuerdos más antiguos, más dolorosos, más personales?

Gombrowicz, cuya risa se había hecho oír al primer dibujo, ya no reía en absoluto.

Una vaga sonrisa de connivencia había perdurado un momento pero se había desvanecido ya, y su mirada triste e incómoda pasaba ahora de su jefe a los esbozos y de estos a su jefe otra vez.

Landard proseguía sin embargo, con un júbilo que tenía su razón de ser. Desde el inicio de la detención se había dado perfecta cuenta de que el punto débil del sospechoso era la relación con su madre. Ante la policía, el joven se las apañaba mal que bien para mantener una misma versión de los hechos, pero en presencia de la figura materna, Landard notaba la fragilidad del muchacho, sometido a un juicio terrible, al borde del pánico. Por eso exageró aún más cuando llegó al último dibujo de todos, el que resultaba evidente que más le interesaba para su investigación.

—Seguro que imaginas, mi querido Thibault, cuál he elegido para poner punto final a esta exposición. Observen bien, señoras y caballeros, la obra maestra de las obras maestras, la obra culminante del gabinete de curiosidades de mi amiguete Thibault. Miren con atención, la llamaremos así: *Cediendo a sus impulsos más guarros, María la calentorra se quema el coño con cera caliente*.

Y Landard prorrumpió en aplausos.

—Estimado jurado de la Escuela de Bellas Artes, me gustaría atribuir una mención especial al joven Thibault en la categoría de pornografía religiosa. Si el jurado no está de acuerdo, que hable ahora o calle para siempre.

Entonces, casi simultáneamente, el teniente Gombrowicz y la fiscal adjunta Kauffmann sintieron la irreprimible necesidad de salir, de abandonar ese ambiente irrespirable, el primero para ir al servicio y librar por fin a su estómago de esa hamburguesa con patatas fritas que lo martirizaba desde hacía más de una hora, y la segunda para correr al salón y entornar la primera ventana que pilló. La tenue corriente de aire que se filtraba por las persianas obturadas le hizo muchísimo bien, y Claire Kauffmann se quedó así un rato, con la mano en el picaporte de la ventana y la frente apoyada en la persiana.

—Hace tiempo que mi hijo se refugió en la religión, señorita. Hará cosa de un año, su piedad se convirtió en obsesión. Apenas lo veo desde que empezó el verano. Se pasa el día en NotreDame. Sin embargo, créame, señorita, Thibault no es un asesino.

Tras una última bocanada de oxígeno, Claire Kauffmann se volvió hacia la madre del sospechoso.

—Reconocerá usted, señora, que su hijo tiene una curiosa visión de la religión. Y una visión muy sucia de la mujer.

La madre de Thibault bajó la cabeza, y Claire Kauffmann, a quien ese silencio irritaba, decidió empezar el interrogatorio.

—¿A qué hora volvió su hijo a casa el pasado domingo por la noche? ¿Lo recuerda?

—Yo me acuesto sobre las ocho. Estoy enferma, ¿sabe usted? Supongo que la tristeza me corroe por dentro desde hace muchos años. La muerte de mi marido. Me da miedo todo. Ya no me atrevo a salir de casa. Sufro vértigos. Si supiera, señorita, la vida que he

llevado desde que murió mi esposo... Criar sola a un hijo, ¿sabe?... Es usted muy guapa... ¿Tiene hijos?

—Por consiguiente, ¿no lo oyó volver? ¿Ni siquiera tiene un vago recuerdo? Un ruido... Algo... Piénselo bien... Puede ser importante.

La mujer le dirigió una mirada huraña, perdida, una súplica que significaba claramente: ¿qué hay que decir para que mi hijo sea declarado inocente? ¿A qué hora tiene que haber vuelto el domingo para que sea definitivamente exculpado?

Pero lo único que salió de sus labios fue un murmullo inaudible que terminó en sollozo.

Al fondo del pasillo, Thibault se había sentado en la cama, con la cabeza perdida entre sus manos de adolescente, rodeado por su pornografía de iluminado dibujada a lápiz. Landard le puso un dedo en el hombro.

—Anda, ven, Thibault. Vamos a volver al calabozo. Pasarás la noche allí. Espero que te sea buena consejera. Tienes una decisión que tomar, chico. Mañana por la mañana tú y yo volveremos a tener una pequeña charla. Después te llevaremos ante un juez de instrucción. Tendrás que mostrarte un poco más locuaz que hoy. ¿Entiendes lo que te digo? Pronto llegará el momento, Thibault. Ya no tienes alternativa, vas a tener que cantar... Ponle otra vez las esposas, Gombrowicz. Vamos a ver qué hace la fiscal y luego nos vamos a casa.

Gombrowicz se inclinó sobre el joven para esposarlo. Al hacerlo descubrió, escondido detrás del cabecero de la cama, un interruptor cuya fabricación le pareció de lo más artesanal. Con un gesto de la barbilla, llamó la atención de Landard. El comandante alargó la mano hacia la pared. El ángel rubio lo detuvo en el acto con su voz de pito.

—No toque eso. Le prohíbo que lo toque, ¿me oye? Le prohíbo que toque ese botón...

—Sí, porque tú lo digas, no te fastidia... Gombrowicz, estate preparado... Nunca se sabe...

Muy tenso de repente por un subidón de adrenalina, Gombrowicz se llevó la mano al arma, que llevaba a la cintura. Landard contó hasta tres mientras las protestas del muchacho crecían, y después pulsó el interruptor. La habitación quedó sumida en una oscuridad que la gruesa cinta adhesiva pegada en las persianas hacía total. Gombrowicz desenfundó su arma despacio.

—¿Landard? Joder, Landard, ¿qué pasa?

Antes de que su superior pudiera abrir la boca, Gombrowicz obtuvo respuesta a su pregunta. En esa oscuridad impenetrable que los rodeaba a todos, las trescientas o cuatrocientas vírgenes alineadas en los estantes se pusieron a parpadear a la vez, transformando la habitación en algo parecido a una feria.

Desplomado sobre la cama, Thibault lloraba en la luz intermitente. Entre sollozo y sollozo, dejaba escapar dos sílabas infantiles que parecía dispuesto a repetir hasta el final de la noche: «Mamá... Mamá...».

Miércoles

Entró por la puerta de Santa Ana, con los primeros turistas del día, con su sempiterna bolsa con estampado de camuflaje colgada en bandolera, vestido, como todos los días del año, ya fuera invierno o verano, con su bien máspreciado: un plumífero sin mangas de color burdeos, sucio y roto, del que se escapaban sin cesar plumas que caían al suelo de baldosas de la catedral y permitían seguirle el rastro.

Una vez dentro, se arrodilló en pleno centro del nártex, en el eje del pasillo central, y se santiguó. Masculló algo en su barba rubia, larga y enmarañada, y se incorporó torpemente, inclinándose hacia la izquierda por el peso de la bolsa y también, como cada día desde las ocho de la mañana, por su avanzado estado de embriaguez. Cuando consiguió mal que bien recuperar el equilibrio, se dirigió a la derecha, hacia la columna sur en la que había una pila bautismal llena hasta tres cuartos de su capacidad. Entonces, con un cuidado maniaco, casi coqueto, metió los dedos en el agua bendita y se puso a lavarse el interior de las orejas.

—¡Kristof! Pero ¿qué haces, Kristof? Hombre, en la pila de agua bendita, no... ¿De verdad no tienes otro sitio donde asearte? ¿Y la fuente de la explanada? ¡Venga, Kristof!

Kristof se disculpó en una mezcla incomprensible de polaco y francés, cogió su bolsa y se encaminó a la salida. Tras unos pasos, sin embargo, pareció cambiar de idea, miró a su alrededor algo desorientado y después clavó los ojos en quien acababa de reconvenirle sin maldad, hasta que por fin reconoció al padre Kern. Entonces, su rostro cansado por el alcohol y la falta de sueño se iluminó, y enseguida volvió a acercarse y se santiguó, aporreándose el pecho con los dedos, gruesos como salchichas.

—¡Yo decirte! ¡Yo ver! ¡Yo decirte!

Kristof repartía su tiempo entre la misión católica polaca, en el distrito 18, y la catedral de Notre-Dame, que frecuentaba desde hacía casi tres años. Allí encontraba algo de calor en invierno, y de frescor en verano. Por lo general se sentaba en un rincón apartado y se pasaba el día entero dormitando, con su gran cabeza rubia oscilando de arriba abajo, a sacudidas, según se despertaba y se volvía a dormir. A veces se instalaba bajo el gran crucifijo del ala sur, junto a la pecera, en una de las sillas reservadas para los fieles que aguardaban su turno para confesarse. Pero Kristof olía terriblemente mal, y su hedor, una mezcla de mugre y de alcohol rancio, no tardaba en ahuyentar hasta al último de los candidatos al perdón. Estos, incómodos e indignados, avisaban por supuesto a alguno de los vigilantes de la catedral, quien tenía entonces que sacar a Kristof del edificio, con un gesto suave pero firme, cubiertas las manos con guantes de látex antibacterianos, por si acaso. Invariablemente, Kristof se ponía entonces a gritar en esa mezcla de lenguas que solo él entendía, argumentando que tenía tanto derecho como cualquiera a confesarse, a

rezar o a dormir en paz en pleno centro de la catedral. Y cuanto más gritaba, más rodeado se veía de vigilantes, todos enguantados, que surgían como por ensalmo de detrás de las columnas y lo llevaban de vuelta a su lugar principal de residencia: la plaza de Juan XXIII, que separaba Notre-Dame del Sena, y en la que cada noche, tras eludir la ronda del encargado municipal de los jardines de la Villa de París, Kristof extendía su saco y se tumbaba a dormir.

Tan solo una vez Kristof se había atrevido a entrar en la pecera. El padre Kern, que estaba de servicio ese día, dejó abierta la puerta de manera excepcional, pulsó el botón del mando a distancia del montante de la vidriera de la capilla para crear una corriente de aire, y se tomó el tiempo de escuchar, sin entender gran cosa, la historia de Kristof, el cual, desde su Polonia natal y tras muchos rodeos, muchas borracheras y muchas peleas, había acabado en las calles de París. Desde ese día Kristof le estaba muy agradecido al padre Kern.

El vagabundo no era mala persona. Solo el alcohol podía volverlo agresivo, aunque era algo que rara vez ocurría, y en esas ocasiones sus arranques de mal humor le hacían parecer un gran oso vestido con un mugriento anorak rojo. Por lo general se calmaba tan rápidamente como se había irritado, miraba a su alrededor como acababa de hacerlo con el padre Kern y recordaba de golpe que se encontraba en una iglesia. Y una iglesia, eso lo sabía desde su infancia en un arrabal de Cracovia, era un lugar reservado al silencio y a la oración. Un lugar del que había que desterrar los gritos y el alcohol; un lugar en el que tampoco tenían cabida la violencia, el asesinato ni la muerte.

–¡Yo decirte, yo ver! ¡Yo saber!

–¿Qué es lo que sabes, Kristof? ¿Qué es lo que quieres decirme?

–¡La chica! ¡Yo ver!

–¿Qué chica, Kristof?

–¡La chica blanco!

El padre Kern se llevó al vagabundo polaco aparte y le indicó con un gesto que contuviera su voz de oso.

–¿Cuándo la viste, Kristof? Trata de recordar. ¿Qué día, a qué hora?

–W niedzielę wieczorem.

–No entiendo lo que me dices. ¿Fue el domingo? ¿El domingo por la noche?

–*Tak*. Domingo.

–¿A qué hora?

Kristof no comprendió la pregunta, por lo que el padre Kern se señaló el reloj para hacerse entender. El polaco apartó los brazos en un gesto de impotencia y se señaló a su vez la muñeca desnuda.

–*Nocy*...

–¿Por la noche? ¿Es eso, Kristof? ¿Ya era de noche cuando la viste?

–*Tak*. *Nocy*.

–Cuéntamelo, Kristof. ¿Dónde la viste? ¿Estaba sola? ¿Qué estaba haciendo

exactamente?

Entonces Kristof hizo un esfuerzo desmesurado por recordar. Pese al cansancio, pese al alcohol, pese a las mil dificultades que había tenido que sortear desde ese domingo por la noche, ya lejano, para encontrar qué comer, qué beber, dónde dormir y para escapar de las peleas, hizo el esfuerzo de rebuscar en su memoria y consiguió a duras penas poner un poco de orden en sus ideas. Pero cuando llegó el momento de expresarlas, se topó de lleno con la barrera de la lengua. El padre Kern se impacientaba. Kristof trató de hacerse entender mediante gestos, pero las manazas del polaco estaban también mudas.

—No importa, Kristof. Dímelo en tu lengua. Nunca se sabe, quizá alguna palabra me diga algo. Vamos a probar.

Kristof respiró hondo y, en un murmullo, en un susurro con un intenso olor a alcohol, se lanzó a hablar:

—Byłem w ogrodzie. Szedłem spać, schowany za roślinami. Przez ogrodzenie widziałem tył katedry. Zauważyłem dziewczynę otwierającą bramę od strony ulicy. Miała klucz od kłódki. Weszła do ogrodu. Cała była ubrana na białe. Wyglądała pięknie w świetle gwiazd. Weszła na schody i zapukała do drzwi z tyłu katedry. Gdy drzwi się otworzyły, weszła do środka. Nie wiem, co zdarzyło się później.

Atónito, el sacerdote miró a su alrededor y luego dirigió la mirada al gran Cristo crucificado de la pared sur. ¿Había habido una ayuda? ¿Una influencia? ¿Una presencia? ¿Cómo explicar si no lo que acababa de ocurrir? El padre Kern no hablaba una palabra de polaco y, sin embargo, le parecía haber entendido bien lo que Kristof quería contarle. Pero enseguida el pequeño sacerdote pensó: «¿Te estás burlando de mí, Señor?». Pues esas palabras desconcertantes salidas de la boca de un mendigo contenían más sombras que luces. A decir verdad, parecían haber sumido en la oscuridad a la catedral entera. Notre-Dame de París había sido mancillada. Por quién, eso Kern aún no lo sabía.

Alzó los ojos hacia las altas bóvedas ennegrecidas día tras día, mes tras mes, año tras año por el aliento ácido de cientos de miles de visitantes. Murmuró: «Ruega por nosotros, pobres pecadores». Murmuró también: «El pecado ha penetrado entre estas paredes. No ha necesitado entrar por el agujero de la cerradura. Porque, sencillamente, tenía la llave». Y añadió, también en un murmullo: «Ese es el significado de tu señal, Señor. Me sumes en la oscuridad para incitarme a encontrar el camino de la luz. La llave del pecado. Me la has puesto en la mano para poner a prueba mi fe. Me corresponde a mí averiguar qué puerta abre esa llave. Me corresponde a mí descubrir la identidad del asesino».

Y, de pie delante de ese pequeño sacerdote perdido en sus murmullos, el vagabundo polaco, envarado en su chaleco mugriento, se preguntaba qué querría decir ese galimatías.

* * *

—Hamache Luna. Veintiún años. Nacida en París, distrito 18. Matriculada en Historia en la Facultad de Villetaneuse. Vivía en el domicilio familiar, en la Rue Guy-Môquet.

Padre de origen argelino, en paro; madre francesa, auxiliar de enfermería en Beaujon. ¿Te dice algo todo esto, Thibault?

–No. ¿Quién es?

–La chavala que estrangularon el domingo por la noche, en plena película. Su padre ha reconocido su foto en *Le Parisien* de ayer. No es fácil enterarse de la muerte de tu hija al abrir el periódico en la barra de un bar, ¿eh, Thibault?

–Es terrible, sí.

–¿Terrible?... ¿Sabes dónde están los padres ahora mismo? En el instituto anatómico forense, reconociendo un cadáver sacado de un cajón. ¿No crees que es el momento de mostrarte un poco más hablador, Thibault?

–Pero si ya le he dicho que yo no le he hecho nada a esa pobre chica.

–¿Que no le has hecho nada? ¿Estás de coña, chaval? Tenemos unos cincuenta testigos que te vieron pegarle a esa pobre chica, como tú dices, durante la procesión. Y, menos de cinco horas más tarde, en plena sesión de cine en Notre-Dame, alguien le apretó el cuello hasta mandarla al cielo. Me vas a perdonar, Thibault, pero todo eso hace que tengamos serios motivos para pensar que el chalado que se la ha cargado eres tú.

–No tienen ninguna prueba.

–Pruebas tendremos dentro de menos de dos horas. ¿Sabes por qué, Thibault? Porque dentro de menos de dos horas el forense habrá terminado el informe de la autopsia. Según tú, ¿de quién es el ADN que vamos a encontrar en la ropa de esa pobre chica? Y ¿sabes una cosa? Pues que a mí eso de las pruebas no me preocupa mucho, sobre todo con el montón de dibujitos porno que encontramos en tu casa. Pero lo que sí me gustaría entender, en cambio, es por qué. ¿Por qué y cómo?

–Pregúnteselo al asesino. Yo no tengo nada que ver.

–Te voy a decir yo lo que pasó. Te lo voy a decir exactamente. El domingo fuiste a la catedral como haces cada año el día de la Asunción. Como cada año, tenías el crucifijo en una mano, y la polla en la otra, perdona que me exprese así, Thibault.

–Madre mía, comisario, qué palabras emplean ustedes en la policía.

–El día de la Asunción es el no va más para los fetichistas de la Virgen, ¿verdad, Thibault? Es el único día del año en que os dejan pasear la estatua de plata. Le sacan brillo con un trapo y, hala, a dar una vueltecita por París. Y todo el mundo va detrás, que si los caballeros, que si los curas, que si las viejas santurronas... Y, claro, entre todos ellos pues también hay degenerados como tú sacando fotos para luego volver a casa y tirarse toda la noche haciéndose pajas. ¿A que sí, eh, Thibault?

–No lo sé.

–Sí, ya, pero espera, que aún no he terminado de contarte. Imagínate que en plena procesión te encuentras otra, otra Virgen María, que se parece a la de tu estatua como dos gotas de agua, solo que esa no es de plata sino de carne y hueso, vestida toda de blanco, como la de Lourdes, pero un pelín vulgar, las cosas como son, con minifalda y unas tetas preciosas, ¿sabes a quién me refiero?

–Sí, creo que sí.

–Y esa chavala, que a fin de cuentas tiene derecho a ir enseñando por ahí las tetas para que les dé el aire –después de todo, ¡esto es Francia, no Arabia Saudita!–, te excita tanto que de pronto te dices, en esa cabecita asquerosa que tienes: joder, esta tía tiene que dejar de provocarme ya, porque si no me voy a volver loco de verdad. Entonces te pones a molerla a palos, ¿a que sí, Thibault? La golpeas hasta hacerle sangre, hasta que interviene mi amigo Mourad, con toda la delicadeza de la que suele hacer gala. ¿Tengo o no tengo razón hasta ahora, eh, Thibault? ¿No fue eso exactamente lo que pasó?

–Eso no demuestra nada.

–Después te largas y te vas a dar un paseíto hasta la noche. Y luego, hacia las nueve o las diez, te vuelve la libido. Tienes que ir a ver a tu Virgen María en pantalla grande. ¿Quién sabe? Puede incluso que en la oscuridad puedas hacerte un par de tocamientos. Y, entonces, ¿con quién te encuentras, en plena Notre-Dame y a oscuras? Con la niña bonita de la minifalda. En la oscuridad solo tienes ojos para ella. Con ese vestido blanco, joder, casi fluorescente, una verdadera aparición, ¿a que sí, eh, Thibault? Entonces esperas un poco, esperas a que se levante, a que vaya a dar una vuelta, a que vaya a encender una vela debajo de no sé qué imagen en un rincón oscuro, y, en ese momento, te vuelves a abalanzar sobre ella. Y ¿sabes lo que pasa después, Thibault? Pues que la muy tonta se pone a gritar. Se pone a querer pedir auxilio. Entonces le tapas la boca con la mano, le tapas la nariz y te asustas. Porque, vale, están los altavoces del cine, que escupen todo lo que tienen que escupir, *Alégrate, María* a pleno volumen. Pero, aun así, la chavala sigue pataleando, ¿eh, Thibault, a que sí? Entonces tú, ¿qué haces? Le rodeas el cuello con el brazo y aprietas y aprietas con todas tus fuerzas... Hasta que tu madona ya no se mueve, se queda ahí quieta, quieta y hermosa, quieta y hermosa como una estatua... ¿A que sí, Thibault? Dime que es eso lo que pasó.

–No es verdad, comisario. Todo eso que ha contado no tiene ni pies ni cabeza.

–Ya me estáis tocando las narices, tú y tu madre, con eso de llamarme comisario. ¡Que esto no es Maigret, hostia! ¡Comandante! ¡A partir de ahora me llamas comandante!

–Está bien, comandante.

–Bueno, y ¿qué pasó luego? ¿Te quedaste dentro cuando cerraron? ¿Te escondiste en el fondo de una capilla con tu muerta hasta que cerró la catedral? ¿Es eso? Tuviste mucha potra, ¿sabes, Thibault?, tuviste suerte de que Mourad no hiciera su ronda esa noche. Una vez a solas con ella, tuviste todo el tiempo del mundo para hacerle tus cochinas con la cera. Tuviste todo el tiempo del mundo para devolverle la virginidad con el cirio. Porque, claro, para los chalados como tú resulta mucho más tranquilizador una mujer que es como una estatua, blanca, virgen, muerta, a la que ya no se le puede hacer nada... Una reliquia... Ya solo queda venerarla... Y luego ¿qué? ¿Qué pasó después? ¿Esperaste tranquilamente hasta la mañana siguiente, hasta que abriera la catedral? ¿Sí? ¿Saliste silbando, por fin sereno, con las manos en los bolsillos? ¿Es eso?

–No lo sé. Yo no estaba allí. Estaba en mi casa, durmiendo.

–Estás empezando a tocarme los cojones, Thibault. Ya verás como luego te las das menos de listo cuando te enfrentes al juez de instrucción.

–¿Qué hora es?

–¿Por qué lo quieres saber?

–Porque sí.

–¿Qué hora es, Gombrowicz?

–Son más de las once.

–¿A qué viene esa sonrisita?

–Dentro de menos de una hora termina mi detención.

–Y ¿qué? ¿Crees que te vamos a dejar salir?

–Veinticuatro horas. Es la ley, comandante.

–¿Ah, sí? Pues te voy a decir una cosa, Thibault. Aquí, cuando le cogemos cariño a la gente, tenemos derecho a retenerla un poco más. Espero que te guste tu habitación y tus compañeros de calabozo, porque lo mismo te pasas allí otra noche. Gombrowicz, llama a la fiscal, anda.

* * *

Se había formado una opinión de sus modales. La violencia con la que los había visto detener al sospechoso en el confesionario de cristal no le había inspirado más que desprecio y miedo. ¿Aceptaría Kristof, para quien todo lo que llevara uniforme era sospechoso, cuando no enemigo, hablar con ellos? ¿Repetiría lo que decía haber visto, la noche del crimen, en el jardín situado a espaldas de la catedral? Las probabilidades eran ínfimas. Por no decir nulas. El vagabundo polaco podía muy bien irse, alejarse de Notre-Dame si había la más mínima perspectiva de confrontación con las fuerzas del orden y no volver a aparecer jamás.

¿Qué podía hacer él? ¿Adónde podía ir? ¿A quién debía ver? Desde que era capellán en Poissy, había aprendido a abordar esa inmensa máquina con prudencia: la justicia francesa, cuyos fines eran en apariencia tan nobles, y tan necesaria su función, ofrecía sin embargo un semblante muy distinto según quién tuviera delante. Encontrar al interlocutor adecuado, llamar a la puerta adecuada. De ello dependiese quizá la suerte del joven rubio, aquel al que habían esposado ante sus ojos y ante los ojos de Cristo.

El padre Kern evitó la sacristía y salió directamente por la puerta de San Esteban, la que daba al Sena. Bordeó la catedral, pasó delante de la rectoría y levantó los ojos hacia las ventanas del apartamento del rector de la catedral. Ya tendría tiempo de avisarle más tarde. De hecho, el pequeño sacerdote no sabía muy bien qué decirle. ¿Debía hablarle de Kristof? ¿De esa traducción casi milagrosa del polaco al francés a la que parecía haber tenido acceso? Curiosamente, Kern no se decidía a compartir esa experiencia, ni siquiera con otro eclesiástico de la catedral. Y eso que tenía donde elegir. Notre-Dame disponía de una veintena de sacerdotes permanentes –entre canónigos, capellanes, diáconos o

seminaristas—, sin contar los sacerdotes temporales que venían de Francia o del extranjero para las sustituciones estivales. Con algunos de ellos Kern había tejido lazos que iban más allá de lo puramente espiritual y profesional. Había entablado una verdadera relación de amistad. Sin embargo, en ese preciso momento de su recorrido por la catedral, prefería gozar de cierta forma de soledad, cargado como se sentía con un peso todavía imperceptible pero que adivinaba que se iría agravando con el paso de las horas.

Franqueó la verja que lo separaba de la explanada y caminó en línea recta. Cruzó la plaza con paso resuelto, o al menos eso habría querido él pero, en realidad, metro tras metro sus andares se fueron haciendo más y más indecisos.

Se detuvo en pleno centro del amplio cuadrado, con los ojos fijos en el suelo, y no tardó en abordarlo una mendiga rumana que le mostró una tarjeta postal gastada en la que se leía una llamada no menos gastada a la generosidad. Le pidió que la ayudara a alimentar a su bebé, le pidió dinero para su hermano minusválido, para su madre postrada en cama. El sacerdote clavó los ojos en las sandalias de plástico y los dedos de los pies de uñas demasiado largas que acababan de irrumpir en su campo visual, luego levantó la cabeza y miró con atención a la joven. Bajo su cabellera hirsuta tenía unos ojos verdes de prodigiosa belleza. La mujer dirigió la mirada hacia el padre y vio, prendida en la solapa de su chaqueta, una crucecita metálica, único signo distintivo de su sacerdocio. Sabía muy bien que los curas de Notre-Dame no eran muy dados por lo general a echarse la mano al bolsillo para financiar las buenas acciones rumanas. Comprendiendo su error, se echó a reír y desveló una dentadura de reflejos metálicos. El padre Kern le devolvió la sonrisa y siguió su camino.

Algo más lejos se topó con otra mendiga. Esta no venía de Rumanía sino de la Casa de la Radio. Le alargó un rectángulo de cartón en el que estaba escrito su nombre debajo de un logo de Radio France. Le preguntó si había asistido el día anterior a la detención del sospechoso. Le pidió su testimonio, le preguntó si el joven detenido era visitante asiduo de la catedral. El padre Kern miró fijamente el micrófono con el que la mujer lo apuntaba y contestó que toda entrevista debía contar con la previa autorización del servicio de prensa de la catedral. Y, tras concederle un breve gesto de despedida, se alejó.

Tomó por el Quai du Marché-Neuf y avanzó al encuentro de los coches y las motos. Dejó la prefectura de policía a su derecha, cruzó el bulevar del Palais y se detuvo de nuevo, pequeña silueta inmóvil, perdida en la corriente ininterrumpida de turistas de visita. Ante él empezaba el Quai des Orfèvres. A unos cien metros estaba el número 36, sede de la policía judicial. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Con la izquierda palpó su pipa y el paquete de tabaco, de los que nunca se separaba. Se acercó al pretil del puente Saint-Michel, dejó encima el paquete de Peterson y se puso a llenar la pipa mientras contemplaba fluir el Sena. Abajo, un *bateau-mouche* se disponía a pasar bajo el puente. Desde la galería superior del barco, una niña rubia le hizo un gesto con la

mano. El padre Kern contestó con un poco de retraso, cuando la niña había desaparecido ya tras el pilar del puente. Encendió la pipa. Dejó que el sabor y el olor del tabaco le invadieran la nariz, la boca y la garganta.

Pensó en Djibril, en ese destino que ya no era capaz de cambiar, tras los muros de su prisión. Pensó en el consejo que le había dado el asesino: rezar, sí, pero también actuar; actuar antes de que fuera demasiado tarde, mientras aún tuviera libertad de elegir y de actuar. Por último pensó en su hermano. Actuar, actuar antes de que venga a buscarnos la muerte, actuar antes de acabar reducidos a polvo. Actuar antes de yacer bajo un montón de remordimientos y de tierra.

Se guardó el tabaco en el bolsillo izquierdo y, seguido por la nube de humo perfumado que se escapaba a intervalos de su pipa, tomó a la derecha, en dirección al bulevar.

* * *

La mañana había terminado muy bien, con el caso de un cristalero de treinta y ocho años. La noche anterior, en avanzado estado de embriaguez, este había golpeado a su mujer con un martillo delante de sus tres hijos de doce, diez y siete años. La mujer estaba ingresada en el hospital, con una fractura en el omóplato. Al preguntarle Claire Kauffmann cuáles habían sido los motivos de la agresión, el hombre, sentado frente a ella en el minúsculo cubículo de interrogatorio, se había encogido de hombros antes de contestar: «El cansancio». Con un golpe seco, la fiscal adjunta había cerrado la carpeta que contenía el informe de la policía antes de proponerle una comparecencia inmediata.

Con su pesado papeleo al brazo, había recorrido los interminables pasillos del Palacio de Justicia, subido y bajado escaleras, franqueado puertas que chirriaban, seguido paredes desconchadas, recogido a su paso trozos de papel o Post-its garabateados de prisa y corriendo para indicar que tal o cual juez, tal o cual fiscal adjunto habían sido trasladados a otro sitio por falta de espacio o de medios. Se había cruzado con secretarios judiciales, jueces y policías; también con imputados, asustados, perdidos en ese laberinto iluminado con fluorescentes donde hasta a los profesionales les costaba a veces orientarse, algunos esposados y arrastrados por un agente, con una mirada fija que traducía el aburrimiento, la angustia y el cansancio de una noche pasada en el calabozo del Palacio.

Había ido a su despacho para dejar el montón de expedientes y había cogido el del joven Thibault, el sospechoso del caso de asesinato de Notre-Dame, cuyas veinticuatro horas de detención expiraban ya y había que prorrogar con urgencia. Justo cuando salía de su despacho, había sonado el teléfono. Su compañera había contestado, mientras Claire Kauffmann se detenía en el umbral. «Es la entrada que da al bulevar del Palais», había dicho la joven, «al parecer hay un cura de la catedral que quiere hablar contigo». «Más tarde», había contestado ella, antes de añadir: «Dale mi número directo y dile que vuelva a llamar dentro de dos horas». Y se había marchado con el expediente bajo el

brazo a pasitos apresurados, con sus tacones altos, rumbo a la sede de la brigada criminal, donde la esperaban el comandante Landard y su presunto asesino.

Nada más entrar en la habitación le dio una arcada. El ambiente era irrespirable, y la nube de humo, tan densa que, más que ver a Landard, lo adivinó, sentado como era su costumbre en una esquina de la mesa. Frente a él, esposado a la silla, el sospechoso parecía mirar fijamente los zapatos del agente de la policía judicial. Landard se levantó y se reunió con la fiscal adjunta en el umbral. Hablaron un momento en voz baja.

—¿Es una nueva técnica de interrogatorio, comandante? ¿Ahúman a los sospechosos como a arenques?

—Eso es, señorita Kauffmann. Por la noche los dejamos marinando en los sótanos húmedos del calabozo. Y durante el día los ahumamos en las buhardillas de la cuarta planta. Alternamos así frescor y calor canicular. Una mezcla que ya nos ha dado resultados. Los detenidos salen —¿cómo le diría yo?— más tiernos, más dóciles, más dispuestos a hablar.

—Ahora en serio, comandante, ¿me permite que abra el Velux? Aquí dentro se asfixia uno.

—Si se empeña. Tendré que reconstituir todo el ambiente una vez que haya salido de aquí su encantadora silueta.

—¿Dónde está el teniente Gombrowicz?

—Abajo, en el patio. Le he mandado a comerse el bocadillo. ¿Vamos a lo que nos ocupa? ¿Invitamos a otra tanda a nuestro angelito rubio?

—No lo llame así, comandante.

—¿Le molesta?

—Sabe tan bien como yo que ese joven de ángel no tiene nada.

—Vamos, no se enfade. No es más que un simpático apodo.

—Estoy harta de que se les ponga apodos cariñosos a los depravados, ¿entiende? Estoy harta de que se califique a un violador de libertino o de seductor. Estoy harta de los sobreentendidos en plan: «Pero, y ¿qué hacía esa chica en casa de ese tío a esas horas?». Estoy harta de los suaves eufemismos que emplean los maridos violentos para explicar que han mandado a sus mujeres a urgencias. Estoy harta de lo de «claro que no le he pegado, solo le he dado un par de tortas para que se calmara». En nuestras respectivas profesiones, comandante, las palabras tienen su importancia, las palabras tienen un sentido, tienen un peso. Los términos «violación» y «homicidio» tienen consecuencias penales, y me parece especialmente tendencioso que un profesional como usted califique de «angelito rubio» a un sospechoso de agresión sexual y de asesinato. ¿Ha preparado el formulario?

Landard le cedió el asiento a la fiscal ante el escritorio. Esta abrió de par en par el Velux y se sentó frente a Thibault, examinándolo atentamente. De angélico ya solo le quedaba el apodo. La noche pasada en el calabozo lo había descompuesto, lo había

demacrado visiblemente. Landard asediaba una fortaleza a punto de caer. Si el joven era culpable de algo, en menos de una hora se lo harían confesar.

–Joven, he venido a informarle de que se prorroga su detención otras veinticuatro horas.

El muchacho seguía mirando el lugar junto al mueble que los zapatos del comandante habían dejado vacío. No le había prestado la más mínima atención a la fiscal adjunta.

–¿Me ha oído? ¿Se encuentra bien?

Sin un solo gesto, sin parpadear siquiera, el muchacho empezó a hablar, y a Claire Kauffmann le llamó la atención de pronto su palidez extrema.

–Han ido a ver a mi madre, señora. Han ido a ver a mi madre y la han hecho hablar. Luego la han exhibido en sus pantallas como a un mono de feria, con las mejillas llenas de lágrimas y el rostro más arrugado que el de una momia. Han mostrado a mi madre llorando ante millones de espectadores.

Claire Kauffmann se volvió al agente de policía.

–¿Qué dice? ¿De qué está hablando?

–¿No lo ha visto? Han entrevistado a su madre, ha salido en las noticias de la una.

–¿Es una broma? ¿En qué canal? ¿Quién les ha comunicado la identidad del sospechoso?

–Ni idea. Supongo que habrán investigado, habrán hecho su trabajo, como usted y como yo.

–Y ¿quién le ha puesto la entrevista al detenido para que la viera?

–Nos hemos concedido un descansito durante el interrogatorio, no hará ni diez minutos. Saltaba a la vista que Gombrowicz necesitaba tomar el aire, lo he mandado abajo. Mientras la esperábamos, Thibault y yo hemos visto tranquilamente las noticias, como una pareja de ancianos que ven juntos la tele mientras comen.

Al oír mencionar el reportaje televisado, el joven pareció sufrir un mareo. Claire Kauffmann rodeó el escritorio y le puso la mano en el hombro.

–Comandante, quítele las esposas.

–No es muy prudente, señorita Kauffmann.

–Comandante Landard, le estoy pidiendo que le quite las esposas inmediatamente. Voy a llamar a un médico.

Landard obedeció y luego dejó que la fiscal adjunta hiciera lo que había dicho, retirándose con las manos en los bolsillos a la otra punta de la habitación, con aire malhumorado. La fiscal descolgó el teléfono. Mientras sonaba el tono, se volvió de nuevo hacia el joven. Thibault levantó por fin una mirada completamente vacía hacia la mujer, y esta reparó por primera vez en lo claros que eran sus ojos, de un gris casi traslúcido, un gris de papel de calco que le habría bastado con rasgar suavemente para sondear el interior de su alma. El muchacho juntó las manos, libres ya de esposas, y recitó en un murmullo: *Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa*

María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Y, acto seguido, se levantó y echó a correr.

* * *

Hacia ya tres horas que la línea directa de la fiscal adjunta sonaba en el vacío. El padre Kern nunca había juzgado oportuno hacerse con un móvil, una coquetería que ahora lamentaba amargamente, obligado como estaba a abandonar su pecera entre dos confesiones para ir a la sacristía, delante de la cual había un teléfono público antediluviano que ya nadie utilizaba desde que se había inventado la telefonía móvil. Para llegar hasta el aparato, situado como estaba al fondo del pasillo que unía la catedral con la sacristía, tenía que rodear todo el deambulatorio por el lado norte para evitar a toda costa el lado sur, donde, como de costumbre, la señora Pipí había colocado sus posaderas y su sombrero de flores para el resto del día. Algo antes esa misma tarde, mientras Kern erraba por la catedral entre dos llamadas al Palacio de Justicia, se había cruzado con la mirada de la anciana del sombrero, una mirada aún más enajenada que de costumbre, una mirada por la que parecía a punto de derramarse un torrente de angustia, un grito a punto de estallar en todo momento entre los fieles y los turistas. Kern había preferido dar un rodeo, apartando con dificultad los ojos de esas pupilas brillantes que lo miraban fijamente bajo las amapolas de plástico, considerando que su llamada a Claire Kauffmann tenía prioridad sobre las confesiones de la señora Pipí.

Pero cuando por fin llegaba al teléfono público, y antes de cada llamada, aún tenía que esperar, para estar a solas, a que el sacristán se fuera a limpiar la plata a algún lugar alejado, esperar a que el vigilante de turno terminara su descanso y su café –la máquina expendedora para uso del personal se encontraba en la sacristía–, esperar a que una feligresa que había venido a pedir unas gotas de agua bendita se hubiera marchado para reunirse con su familiar enfermo, con el preciado líquido chapoteando en el fondo de una botella de plástico. Y cuando por fin tenía libre el campo, siempre se oía la misma respuesta al otro lado del hilo: un tono que terminaba resultando irritante y que daba la impresión de que el Palacio de Justicia entero había sido evacuado tras el estallido de una bomba.

Eran ya más de las cuatro. El padre Kern colgó de nuevo el auricular, prometiéndose que volvería a probar suerte pasados unos minutos. Como el día anterior, notaba que le empezaba la fiebre, y esa subida de temperatura no hacía sino reforzar su doble sensación de urgencia y de intranquilidad. Esa tarde se marcharía pronto; la noche, lo sabía de antemano, no se anunciaba nada buena.

Se sentó en uno de los cofres de madera colocados en el pasillo de la sacristía. Las vidrieras del claustro del cabildo arrojaban sobre su espalda una luz teñida de verde. Muy cerca, a la derecha, detrás de la puerta tapizada de cuero que lo separaba de la catedral,

la masa anónima de turistas profería su mareante galimatías digno de Babel, que retumbaba sin fin, de la mañana a la noche, bajo las bóvedas de la gran nave.

El padre Kern consultó su reloj y se dirigió al teléfono público, pero no tardó en interrumpirlo la llegada de Mourad, el vigilante, que había entrado por la puerta exterior que daba a la rectoría. Los dos hombres se observaron un instante, cada uno como incómodo por la presencia del otro, y después Mourad saludó al cura con un gesto aburrido y desapareció en el interior de la sacristía. Kern volvió a sentarse, malhumorado. De nuevo tendría que esperar antes de poder llamar por teléfono.

Oyó el ronroneo de la máquina de café. Poco después Mourad apareció de nuevo, con un vasito de plástico en la mano. El vigilante, más que sentarse, se desplomó en el otro extremo del cofre esculpido donde esperaba sentado el cura. Se quedaron ahí un momento, en el silencio relativo del pasillo, quebrado por los continuos suspiros de Mourad y por el ruido que hacía la cucharita de plástico en el fondo del vaso. El padre Kern se dispuso a llenar su pipa.

–No parece en plena forma, Mourad. ¿Algo no va bien?

–Nada bien, padre, nada bien en absoluto.

–A ver, cuénteme. ¿Qué es lo que pasa?

–Una injusticia, padre, eso es lo que pasa. Una injusticia como en mi vida he visto otra igual.

–Estaba usted en la rectoría, ¿es eso?

–Eso es, padre.

–Estaba usted en el despacho del rector, ¿es eso?

–Eso es, padre. Hace un rato he recibido una llamada por el walkie-talkie: «Mourad, el rector quiere verte». Como bien sabe, padre, que lo llamen a uno ahí arriba no es algo que ocurra todos los días.

–Sí, Mourad, lo sé.

–Así que, nada, subo enseguida a la rectoría, llamo a la puerta y entro en el despacho del rector. Padre, no adivinaría usted nunca de qué quería hablarme.

El padre Kern se tomó el tiempo de encender su pipa antes de contestar. Las volutas, densas y perfumadas, se elevaron por encima de su cabeza.

–De su ronda del pasado domingo por la noche, ¿verdad?

El vigilante se incorporó.

–¡Pero bueno, aquí todo el mundo está enterado! ¡Todo el mundo parece saber que no hice mi ronda después de cerrar! ¡Todo el mundo menos yo!

–Le creo, Mourad.

–Porque le voy a decir una cosa, padre: sí que hice mi ronda. Por la nave, las capillas, el deambulatorio, la sacristía, la cocina, los sótanos, los vestuarios...

–Le creo, Mourad.

–Entonces, ¿por qué no me cree el rector?

–No lo sé, Mourad, lo ignoro. Supongo que la policía le habrá dicho lo contrario.

Supongo que para ellos es la única explicación posible al drama del domingo por la noche.

—Pues ¿sabe, padre?, ese es el problema precisamente. Entre un galo y un moro, siempre van a creer al galo. Así, sin dudarle un momento.

—Lo que acaba de decir se aplica a todo el país, Mourad. ¿Qué le ha contestado el rector?

—Que cuando se hubiera calmado toda esta historia, habría, como él ha dicho, una reunión disciplinar. ¿Qué quiere decir eso, padre?

—Quiere decir que va a tener usted que dar explicaciones, Mourad.

—¿Qué explicaciones quiere que dé? ¿Cómo quiere que demuestre si hice mi ronda o si no la hice?

—Tiene que saber una cosa: cuando llegue el momento, si efectivamente debe usted comparecer ante una comisión disciplinar, tendrá derecho a que lo asista alguien. Si está usted de acuerdo, Mourad, ese alguien podría ser yo.

Mourad lo miró con animosidad.

—Es usted muy amable, padre. Eso lo dice porque usted va en plan *defiendo a los moros y a los ladrones, defiendo a los asesinos de Poissy*. Porque usted va en plan de buen cristiano, de buena persona. Y yo se lo agradezco, padre, pero deje que le diga una cosa: esto no es Poissy, y yo no soy ni un asesino ni un ladrón. Así que, con todo el respeto que le debo, quédese con su piedad, que yo no la quiero. Y si digo que he hecho mi trabajo como es debido es porque es verdad. Y no debería necesitar a un cura a mi lado para que la gente me crea.

Apuró su café y se alejó hacia el interior de la catedral, subiendo el volumen de la radio que llevaba en la cintura, justo al lado del mosquetón en el que tintineaban sus llaves.

El padre Kern se levantó con esfuerzo del cofre en el que estaba sentado. Ya notaba los dolores en los miembros inferiores. Olvidando por un momento el teléfono público y a la fiscal adjunta, franqueó la puerta exterior, bajó los escalones de piedra y se encaminó a la residencia del rector. Lo vio enseguida, apoyado en la pared negruzca de la rectoría. El padre de Bracy vio a su vez al padre Kern y fue a su encuentro. Los dos sacerdotes se reunieron a la altura de la puerta de San Esteban.

—¿Ha salido a tomar el aire, monseñor?

—Arriba en la rectoría hace un calor tremendo. Es insoportable. ¿Qué tabaco fuma usted, François, que ya no me acuerdo?

—Peterson, monseñor. Una mezcla a base de Virginia. Usted no fuma, ¿verdad?

—No, en efecto. Cuando era más joven sí, pero de eso hace mucho tiempo. ¿Venía usted a verme, François?

—Acabo de enterarme de que Mourad va a comparecer ante una comisión disciplinaria.

—Ya no. Voy a dejar tranquilo a ese pobre Mourad, y la catedral por fin va a poder reanudar con su vida litúrgica.

–¿Por qué? ¿Qué ocurre, monseñor?

–Acabo de recibir una llamada del ministro en persona. Todo este lamentable asunto ha terminado.

–¿El ministro?

–El ministro de Justicia, François. Imagino que no ignora usted su especial interés por nuestra catedral. En cierto modo, el sospechoso acaba de firmar una confesión completa.

–¿«En cierto modo»? ¿Qué quiere usted decir?

–El muchacho se ha suicidado a primera hora de esta tarde. Una tragedia. Al parecer ha saltado desde un cuarto piso en pleno interrogatorio. Ya había muerto cuando lo han trasladado al hospital.

* * *

Sentado en el pretil, con las piernas colgando por encima del agua, Gombrowicz contemplaba fluir el Sena. Media hora antes había salido por la puerta del número 36. Había cruzado la calle sin preocuparse de la circulación. Sin pensar, como guiado por una curiosa necesidad de ver fluir las aguas, había tomado por el camino adoquinado que bajaba hasta el río.

Sabía bien que cuando subiera tendría que contar lo que había visto, lo que había ocurrido. Una hora. Le habían dado una hora para descansar y recuperarse. Buscaba las palabras mientras contemplaba fluir el Sena. Trataba de cambiar las imágenes en su cabeza por una sucesión lógica de frases, sin conseguirlo del todo.

A Gombrowicz nunca se le habían dado bien las frases. Desde la academia de policía –promoción Dutilleul–, quizá incluso desde el bachillerato, lo sabía de sobra: los informes, el papeleo, las actas serían su cruz. Solo Dios sabía cuántos informes podía redactar un poli en toda su carrera.

Cuando estuviera ahí arriba, le pedirían que diera su versión de los hechos, después de haber escuchado la de Landard y después de haberle preguntado a la fiscal adjunta. Le pedirían que transformara sus sensaciones en palabras. ¿Qué coño les iba a decir a los de asuntos internos?

Estaba abajo, en el patio del número 36. Estaba sentado en el ala delantera del Peugeot 308. Me estaba terminando el bocadillo. Pensaba fumarme un pitillo antes de volver a subir.

¿Qué coño iba a decirles?

Acababa de abrir una lata de Fanta de naranja. Eché la cabeza hacia atrás para beber y levanté los ojos.

¿Qué debía decirles? ¿Debía hablarles de lo que sentía desde el día anterior y que le había impedido dormir buena parte de la noche?

Estaba claro que el chaval estaba al límite. Ya lo había visto anoche, en el coche, al volver después del registro. Landard, sentado al volante, conducía a todo trapo, y la

señorita, a su lado en el asiento del copiloto, miraba la calzada sin decir nada, con una pinta como si fuera a necesitar pedirse una baja por enfermedad antes de que acabara el año.

¿Qué coño les iba a contar?

Yo tenía muy claro que el chaval no iba a aguantar. Ya anoche en el coche noté que temblaba como una hoja. Luego, cuando lo bajamos al calabozo del Palacio de Justicia para que pasara allí la noche, noté que el brazo se le ablandaba. Cuando Landard le dijo que lo iban a someter a un registro corporal, se puso a llorar como un crío.

¿Qué coño le iban a preguntar ellos?

¿Se cenó la sopa de sobre anoche en el calabozo? ¿Cómo quieren que lo sepa? Para empezar, ¿tenían suficientes sopas de sobre? Porque anoche el calabozo estaba lleno hasta los topes. ¿Con quién pasó la noche? ¿Quién más había en su celda de siete metros cuadrados? Y yo qué sé. Lo que sé es que esta mañana no tenía buen aspecto. El calabozo del Palacio no es el Ritz, naturalmente. Un café, sí. Claro que le dieron un café. Hasta se lo pagué yo. Por una vez la máquina no estaba estropeada.

¿Qué debía decirles? ¿Debía contárselo absolutamente todo, hasta el último de sus pensamientos?

Les diré que hay algo que no cuadra en este asunto. Desde el principio hay algo que a mí no me termina de convencer.

¿Debía ocultarles sus intuiciones, atenerse a los hechos? ¿A lo del patio del número 36? ¿A lo del bocadillo? ¿A lo del ala delantera del Peugeot 308?

Eché la cabeza hacia atrás para beberme la Fanta y lo vi en la ventana. Lo vi pasar por la abertura a una velocidad pasmosa. Como un contorsionista saliendo de una caja enana, por así decirlo, con las piernas y los brazos por delante, pero a cámara rápida.

¿Debía hablarles de esa curiosa impresión? La impresión extraña de que el tiempo se había parado de pronto, lo que duraba la caída.

Luego cayó, pero muy despacio, como a cámara lenta. Y en un silencio total. Como una hoja seca, como una hoja muy ligera. O como un ángel. Al menos al principio. Porque cuanto más se acercaba al suelo, más pesado parecía. ¿Entienden lo que quiero decir? Y más se aceleraba la caída. Porque cuando tocó los adoquines del patio, se oyó un ruido muy sordo, muy extraño, muy pesado, como un piano que se hace pedazos, pero sin las notas. ¿Entienden lo que quiero decir? Solo el ruido de los huesos. Eso es. El ruido de los huesos que se rompen, pero sin las notas.

En cambio, lo que no hacía falta decirles era que, al ver al chaval muerto a sus pies, había gritado. Eso lo recordaba con extrema precisión: había soltado la lata de Fanta y justo después se había puesto a gritar como un loco. Y todo el edificio se había asomado a la ventana para ver lo que ocurría.

* * *

El picor parecía venir de lo más profundo de su carne. Como si un cuerpo extraño, vivo, demente, hubiera penetrado en su cuerpo y hubiera elegido las articulaciones para empezar a devorarlo desde dentro. De nada servía rascarse. O habría tenido que rascarse hasta hacerse sangre, hasta que la piel cediera y se abriera, hasta que las uñas rebuscaran en la carne y royeran el cartílago y el hueso.

La fiebre lo había postrado en cama desde las ocho de la tarde. Había intentado desmontar una vez más su viejo despertador Bayard, pero una punzada de dolor en la muñeca le había hecho soltar el destornillador. Había tenido que ceder ante la violencia de la crisis. Sin molestarse en desvestirse, se había tumbado sobre el colchón, pequeña silueta oscura sobre la sábana blanca, miserable monigote de madera reseca perdido en la inmensidad de una cama. En la mesa, el despertador había quedado a medio desmontar, con las piezas esparcidas frente a la foto en blanco y negro del hermano, mientras a dos metros de allí el padre Kern trataba de olvidar que tenía un cuerpo.

No había alivio posible. Lo sabía desde niño. Desde ese día en que, a los cinco o seis años, había visto aparecer las manchas rojas por primera vez en sus manos y en su cuello, y había gritado: «¡Mamá!». La fiebre y las manchas rojas habían vuelto la noche siguiente, y la siguiente. Al cabo de cuatro días así, agravados por violentos dolores en las muñecas y las manos, habían tenido que decidirse a meter un pijama y su conejo de peluche en una maleta e ir al hospital. Había estado ingresado tres meses.

Le habían hecho de todo –biopsias, punciones, análisis de sangre–, poniéndose a menudo en lo peor –que se tratara de un cáncer linfático principalmente– antes de invalidar sus hipótesis una a una, hasta llegar por fin a un último diagnóstico: la enfermedad que padecía no era mortal. Esa era la buena noticia. Y la mala, que nadie sabía de dónde venía el mal ni cómo curarlo.

El niño había vuelto a su casa. Las crisis se habían calmado, para reanudarse, con una violencia aún mayor, menos de un año más tarde, provocando una nueva hospitalización. Los médicos no habían tardado en renunciar a las dosis masivas de aspirina para administrarle cortisona en dosis no menos masivas. Los dolores vespertinos habían acabado por atenuarse, y los médicos habían decidido, de crisis en crisis y de año en año, recurrir sistemáticamente a los corticoides cada vez que volvían a presentarse los síntomas.

Entre una y otra hospitalización, el niño, más que crecer, había envejecido. El precio del alivio y la comodidad frente a los dolores artríticos había sido el de renunciar a un crecimiento normal, a una masa muscular normal, a un esqueleto normal, a una infancia normal. Los demás, sus amigos de la escuela primaria, y más tarde de secundaria y de bachillerato, sí habían crecido, jugando al fútbol, organizando fiestas, besando a la niña del pupitre de al lado, y habían acabado por alejarse de ese compañero de tez mortecina

que no quería crecer, que desaparecía durante semanas enteras de clase para ir a tratarse de lo que no se sabía qué en el hospital Necker.

En esa larga pesadilla que lo había llevado desde la infancia hasta la edad adulta con un cuerpo que apenas había cambiado, el joven Kern había tenido tres amigos de verdad.

El primero era su viejo despertador Bayard, que había desmontado y vuelto a montar diez mil veces por lo menos, cada noche, en un afán de olvidar el dolor o los picores, tratando de comprender por qué el destino había decidido detener el paso del tiempo en su vida a la edad de cinco o seis años.

El segundo era aquel precisamente que le había regalado el despertador, se lo había comprado a un chamarilero con su paga, estropeado, oxidado y abollado. El hermano mayor era tan rubio como moreno era el menor, tan vigoroso como enclenque el benjamín. Sin embargo, todos esos años, ese hermano mayor tan diferente nunca le había soltado la mano durante las noches de crisis en las que el joven Kern ya no lograba contener el fuego que le quemaba las entrañas.

Conoció al tercero tarde ya, al concluir esa adolescencia truncada, a la edad en que los muchachos se interesan más por lo que tienen las chicas bajo la falda que por cuestiones de espiritualidad. Y, como una nueva broma del destino, por un curioso efecto de péndulo, justo cuando el joven Kern descubría a Dios, su hermano mayor caía en la delincuencia.

El enjuto sacerdote llevó la mano al interruptor situado sobre su cama y apagó la luz. Ahora la única esperanza, lo único que podía hacer era atravesar la noche como un largo túnel negro, silencioso y angustioso, y esperar el alba. Con los primeros rayos de sol, los picores y el dolor se atenuarían. La aparición del día marcaría, por unas horas, el final de su suplicio. Lo sabía. Lo creía a pie juntillas. Y no era una cuestión de fe sino de experiencia del dolor.

Su mente vagabundó de un pensamiento a otro. Se detuvo en ese muchacho rubio al que habían detenido en pleno confesionario y que ahora descansaba en un cajón del instituto anatómico forense. Abrió los ojos, levantó la cabeza y, con las últimas luces del día, miró la foto de su hermano. No podía evitar encontrarles cierto parecido. El mismo color de pelo, el mismo extravío, la misma locura y la misma muerte.

Había fracasado una vez más. No había podido impedir el trágico final del joven Thibault, como un eco siniestro del de su hermano mayor. Era como para darse de cabezazos contra la pared, como para elevar un grito de rabia contra su Dios y su Señor.

Kern se dejó invadir por el dolor. Era como si cuatro clavos de acero se le hubieran clavado en las muñecas y en los pies. Él también estaba encerrado. Cadena perpetua. No era mejor que Djibril, preso en su celda de la central penitenciaria, pero en su caso los barrotes eran los de su sufrimiento, su historia familiar y su condición de hombre. Reviviría sin cesar el instante de su condena a cadena perpetua, y el veredicto le sería repetido una y otra vez, una y otra vez. Has perdido a tu hermano; lo has abandonado ante la muerte; y tu quemazón no se aplacará nunca.

Fuera, la luz de agosto desertaba esa porción de la superficie de la Tierra. Debían de ser las diez de la noche. Cerró los ojos, apoyó la cabeza en la almohada y escuchó desaparecer con el día los últimos ruidos de la ciudad. Y entonces pensó: «Ya está, estoy entrando en el túnel negro; esta vez ya no tengo elección, es la hora de la verdad».

* * *

Avanzan ahora en fila india, con un espacio de unos diez metros entre cada uno. Hará dos horas que no intercambian una sola palabra, desde que los Sikorsky los soltaron en un remolino ocre y beis, sin tomarse el tiempo de aterrizar, dejando caer de sus flancos obesos, suspendidos a un metro del suelo, sus racimos de hombres vestidos de camuflaje. La columna se estira ahora por la ladera de la colina como una serpiente deslizándose en silencio por el polvo de la pista. Está anocheciendo. La temperatura baja minuto a minuto. El sol se ha ocultado detrás de las montañas. Es como una marea de tinta que se extiende por toda la región, subiendo lentamente desde el fondo de los valles circundantes. Ya el compañero que va delante no es sino una silueta que apenas se distingue entre los tonos arena y caqui del paisaje. Pronto habrá que bajar un nivel y avanzar siguiendo la vaguada, bordeando el lecho, a tramos seco, del arroyo que tienen órdenes de peinar antes de llegar a la aldea.

Delante, el sargento ha levantado el brazo. La columna se detiene al instante, cada hombre clava la mirada en el que le precede. El joven alférez se acerca al sargento y se saca un mapa del bolsillo. Lo examinan juntos y se sitúan sobre el terreno. Hablan en un murmullo, solo un hilo de voz que se disuelve enseguida en la inmensidad del paisaje, como el arroyo ridículo que fluye allá abajo por un lecho en apariencia demasiado grande. Al cabo de un rato, el alférez se guarda el mapa y bebe de su cantimplora. Se la ofrece al sargento, que la rechaza con un gesto apenas perceptible. El joven alférez apura la cantimplora y se limpia la boca con el dorso de la mano. El sargento lo observa un momento, lo que dura un parpadeo, mudo, con un ligero reproche en la mirada que el otro finge no ver, y levanta de nuevo el brazo, señalando el fondo del valle a la docena de hombres que esperan tranquilos. Sin un ruido, la columna inicia el descenso. La larga serpiente humana avanza ahora pendiente abajo. Una ínfima nube de polvo se eleva a su paso ahora que ha abandonado la pista. Los hombres mantienen las distancias, cautelosos. Más que andar resbalan hacia el abismo, con los músculos de las piernas muy tensos, la mirada y el cañón del arma fijos en esa zona desconocida de relieves inciertos devorados ya por la oscuridad. Mientras bajan, la noche parece subir a su encuentro. El minúsculo arroyuelo se ha convertido de pronto en un río negruzco a punto de desbordarse. Unos metros más, diez como mucho, y la oscuridad se los tragará a todos.

Jueves

–Mire, padre, ayer tuve un día terrible, he pasado muy mala noche también, y hoy me espera una montaña de problemas. Así que no le voy a poder dedicar mucho tiempo. ¿Quería usted verme? A propósito ¿de qué? Por desgracia no nos queda café. ¿Aun así quiere sentarse?

Con los miembros entumecidos aún por la noche de dolores, el padre Kern se apoyó con las dos manos en el respaldo de la silla situada frente al escritorio de la fiscal adjunta, pero no se sentó. Todavía no eran las nueve, y ya hacía en la habitación un calor asfixiante, testigo de la canícula del día anterior. De espaldas a la pared, con las piernas cruzadas y un moño apretado, Claire Kauffmann observaba al pequeño sacerdote con un aire en apariencia frío y distante. Lo sabía de sobra: esa calma era pura fachada. Llevaba más de ocho horas repasando sin cesar en su cabeza, hasta la obsesión, ese paréntesis de un instante, esa pequeña falta de atención, ese ligerísimo desbordamiento empático que le había permitido al ángel rubio liberarse de sus esposas y saltar por la ventana abierta. Por supuesto, no había pegado ojo en toda la noche. ¿Qué necesidad tenía de haber ido en persona a comunicarle la prolongación de su detención? ¿Qué necesidad tenía de haber ido a demostrarle, a él, pequeño perverso sexual, su poder como fiscal adjunta? Por lo general los agentes de la policía judicial se encargaban ellos mismos de esa formalidad y no requerían la presencia de un fiscal adjunto. El ministerio fiscal tenía la costumbre de seguir los casos a unos pasos de distancia. ¿Por qué había tenido que involucrarse, por qué entreabrir esa coraza que le había llevado años construir pieza a pieza?

–Señorita Kauffmann, he venido a comunicarle una información importante. Hubiera preferido infinitamente haber podido hacerlo ayer mismo.

Claire Kauffmann no se inmutó, inmóvil sobre su silla. Tragó sin embargo con dificultad y, en la mirada del padre Kern, vio que este se había dado cuenta.

–¿De qué información me habla, padre?

–Un testimonio. El de un vagabundo. Habló conmigo ayer por la mañana, poco después de que la catedral abriera sus puertas.

–¿Ayer por la mañana? Y ¿por qué no fue inmediatamente a la policía?

–Lo ignoro, señorita. En lugar de acudir a la brigada criminal, elegí el Palacio de Justicia.

La fiscal adjunta apartó la mirada y observó la ventana.

–Pues hizo usted muy mal, padre.

–Demasiado bien lo sé.

Claire Kauffmann se puso un poco más rígida.

–¿Qué sabe exactamente?

–Sé que su principal sospechoso está muerto.

–¿Desde cuándo está al corriente?

–Desde ayer. Desde ayer a última hora de la tarde. Me lo dijo el rector de la catedral. Esta vez Claire Kauffmann no intentó siquiera ocultar su contrariedad.

–Veo que las noticias vuelan entre el Palacio de Justicia y Notre-Dame de París. El padre Kern metió más hondo el dedo en la llaga.

–Sé que se mató a mediodía, al saltar por la ventana del despacho en el que lo estaban interrogando.

–Entonces también sabrá, padre, que ya es demasiado tarde, y que el testimonio de su vagabundo, verse sobre lo que verse, ya no nos es de ninguna utilidad.

–Perdón, ¿cómo dice?

–Se acaba de archivar el caso.

–¿Archivar? ¿Quién lo ha decidido?

–El ministerio fiscal. El ministerio fiscal ha juzgado innecesario ya iniciar un procedimiento.

–¿El ministerio fiscal? El ministerio fiscal, es decir ¿quién? ¿Usted?

–No tengo por qué contestar a esa pregunta.

–¿La orden le ha llegado de arriba?

–No tengo por qué contestar a sus preguntas, padre.

–¿Quién le ha impuesto que se archive el caso?

–¡No tengo por qué contestar a sus preguntas! ¿Acaso he de recordarle que corresponde al ministerio fiscal decidir si se inicia o no un procedimiento? El fiscal general de la República ha juzgado que el suicidio del sospechoso tenía valor de confesión. El caso está cerrado. Ni usted ni yo podemos hacer nada.

–¿El fiscal general de la República? Y ¿desde cuándo el miedo tiene valor de confesión? ¿Desde cuándo el extravío y la enfermedad mental tienen valor de confesión? ¿Escuchó siquiera a ese muchacho? ¿Habló siquiera con él?

–Padre, no estamos en un confesionario sino en el Palacio de Justicia. Aquí nos ocupamos de casos criminales. No nos preguntamos si una decisión es moral, sino si es legal. El Derecho. Ese es nuestro evangelio.

–¿No pueden hacer una excepción?

–Lo siento. No estamos aquí para repartir el perdón a mansalva.

–Señorita Kauffmann, he venido a traerle la prueba formal –formal, ¿me oye?– de la inocencia de ese muchacho que halló la muerte ayer.

–¿La inocencia? ¿De qué me está hablando?

–La noche del crimen, hacia las diez, cuando ya había oscurecido, una joven vestida de blanco entró en los jardines de la catedral. Para ello, abrió la verja de la Rue du Cloître, una verja cerrada con un candado cuya combinación de apertura solo conoce el personal de Notre-Dame. Avanzó en la oscuridad y subió los peldaños que llevan a una puertecita situada en la parte trasera del edificio. Esa puerta se abrió enseguida.

Aparentemente, allí la esperaba alguien. La joven entró en la catedral y no volvió a salir hasta el día siguiente por la mañana, en la camilla del forense; iba camino de la morgue. Un hombre asistió a esta escena nocturna que le estoy refiriendo: Kristof, un marginado polaco que duerme todas las noches en la plaza Juan XXIII, que está justo al lado. Desde su lecho improvisado tiene un panorama inmejorable de los jardincitos y el ábside de la catedral. Señorita Kauffmann, usted que tan convencida está de saber quién es el culpable, ¿tendría la amabilidad de contestar a unas pocas preguntas de un simple sacerdote, un pequeño sacerdote que trata de ver con claridad entre las tinieblas? ¿Por qué entró la víctima por la parte de atrás de la catedral? ¿A qué misteriosa cita acudía? ¿Cómo conocía la combinación del candado que abre la verja de la Rue du Cloître? Y ¿quién le abrió la puerta que daba al interior? Le toca a usted hablar, señorita Kauffmann, la escucho...

Aguantó cinco, tal vez diez segundos más sin moverse, sin decir nada, casi sin respirar, y, bruscamente, como un río desbordado por la fuerza del agua, se echó a llorar, y sus lágrimas de niña cayeron sobre sus rodillas, que mantenía obstinadamente juntas. Tras quedarse un momento desconcertado, el padre Kern soltó por fin el respaldo que aferraba entre los dedos, dejando una marca incrustada en el plástico naranja de la silla. Rodeó el escritorio, se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió a la joven fiscal adjunta. Esta se sonó la nariz tras girar su silla hacia un lado y logró por fin contener los sollozos.

—Su pañuelo huele a tabaco de pipa.

—Es posible. Lo siento.

—No, al contrario, me recuerda a mi padre. Él también fumaba en pipa. Su toga estaba siempre impregnada de olor a tabaco.

—¿Su toga?

—Era abogado.

El padre Kern accedió a sentarse frente a la joven.

—Le debo una disculpa. Temo haber exagerado antes. Esta trágica muerte debe de haberla impresionado mucho.

—Saltó ante mis ojos. Lo vi desaparecer por la ventana. Justo después, alguien se puso a gritar en el patio.

—¿Esto le va a traer problemas?

La joven se sorbió la nariz y volvió a sonarse.

—El fiscal general de la República ha pedido que se abra una investigación preliminar. Esta mañana a última hora tengo una entrevista con la IGS y con la IGSJ.

—Eso son muchas iniciales para alguien como yo.

—La Inspección General de los Servicios Policiales y la Inspección General de los Servicios Judiciales. Después decidirán si me abren o no un expediente disciplinario.

—Pero no estaba usted sola en ese despacho. Tenía que haber un agente de policía, ¿no? ¿No estaba el muchacho bajo responsabilidad de la policía?

—Estaba Landard, naturalmente. Pero Landard... Landard es Landard, y ya está. Creo

que me ha acusado.

–¿Por qué la culparía a usted?

–Porque fui yo, ¿entiende?, es culpa mía. Yo insistí en que abrieran el Velux. Yo insistí en que le quitaran las esposas. Todo salió mal.

–Usted no podía prever que saltaría por la ventana.

–Todo salió mal. Desde el principio. Ahora me doy cuenta. Desde el momento en que vi el cadáver de esa chica. Me tomé este caso demasiado a pecho. Yo contribuí a hacer girar esta máquina que aplastó al muchacho en menos de dos días. Yo también quería que confesara. Bajo su carita de ángel estaba segura de que se escondía un depravado. Era demasiado bonito. El iluminado de turno. El culpable ideal. Eso es lo que era. Para la policía, para los medios de comunicación y para el ministerio fiscal. El culpable ideal. Y lo sigue siendo, de hecho. Su muerte no ha cambiado nada en absoluto.

Se echó a reír, y esa risa, después del ataque de llanto, le hizo parecer una niña de nuevo.

–Señor, hace tanto tiempo que me empeño para nada... La joven fiscal treintañera inicia su cruzada contra los ogros, los monstruos, los delincuentes sexuales. Absurdo... Absurdo e ilusorio... No repara nada... Nunca... Lo hecho, hecho está...

Kern aguardaba. Su experiencia como confesor le había enseñado a mostrarse paciente y silencioso frente a una puerta que se entornaba por sí sola, despacio, después de llevar mucho tiempo cerrada con llave.

–Pensará que busco la absolución. Contra todo pronóstico, la joven fiscal de la República se vuelve hacia la religión... ¿Qué hay que hacer? Enséñeme el manual de instrucciones. ¿Qué hay que hacer, padre? ¿Golpearse el pecho y decir: «Confieso a Dios Todopoderoso»?

Se hizo el silencio. El sacerdote tuvo la visión fugaz de un pájaro golpeándose contra los barrotes de su jaula.

–Dígame, Claire... ¿cuándo ocurrió? ¿Fue hace mucho tiempo?

Los ojos de la joven quedaron inmóviles. Kern pensó primero que se habían perdido en el vacío, pero enseguida comprendió que miraban hacia el pasado.

–El verano en que cumplí dieciséis años. Una noche. En una playa.

–¿Se lo ha contado a alguien alguna vez?

–Desde entonces, el ruido de las olas me da ganas de vomitar. A la gente le digo que me mareo. Es mi excusa para no ir nunca a la playa... No, padre, jamás. Jamás he hablado de esto con nadie.

Con el dorso de la mano se quitó una invisible mota de polvo de un pliegue de la falda.

–No es demasiado tarde, Claire.

–¿Qué sabrá usted?

–Cada cual lleva su cruz. Esa parte de nosotros mismos muerta para siempre y que tenemos que arrastrar dondequiera que tratemos de ir. También Cristo cargó con su cruz durante un largo recorrido. Cargó con ella hasta el final de su sufrimiento. Tres días

después resucitó, y, con él, la esperanza de una vida nueva. La cruz no es el objetivo sino el equipaje, Claire. Tarde o temprano hay que decidirse a dejarlo en el suelo.

De nuevo los ojos de la fiscal se empañaron. Prefirió apartar la mirada, mientras Kern se levantaba.

–Si me necesita, sabe dónde encontrarme, ¿verdad? Si quiere hablar, aquí me tiene. No dude en recurrir a mí.

–Se lo agradezco, padre. Pero eso no nos devolverá a nuestro inocente de entre los muertos, ¿sabe?

Ahora parecía mucho más vieja, y su infancia, desaparecida para siempre. Cogió un lápiz y un bloc de notas.

–Ocupémonos del mendigo polaco. ¿Dónde podemos encontrarlo?

Kern vaciló un breve instante.

–No tiene importancia. De todas formas, el caso está archivado, usted misma lo ha dicho. Reabrir la investigación sería un milagro, y no habrá milagro, creo poder garantizárselo.

–¿Por qué está tan seguro de repente? Si tiene en su poder una información importante, tal vez contribuya a que se reabra el caso.

–¿Quién insistió en archivarlo? ¿El fiscal de París?

–El fiscal, sí. Me llamó esta mañana muy temprano. Yo aún estaba en mi casa.

–Y el fiscal probablemente habrá recibido una llamada del ministerio...

–No entiendo. ¿Qué pinta aquí el ministerio?

–Señorita Kauffmann, ¿sabe quiénes son los caballeros del Santo Sepulcro de Jerusalén?

–He visto que ese nombre aparece mencionado en el expediente del caso...

–No se limitan a llevar en andas la estatua de la Virgen una vez al año, el día de la Asunción, ¿sabe usted? Es una orden cuyos orígenes se remontan a los cruzados de la Edad Media. Naturalmente, los caballeros ya no luchan espada en mano para defender una fortaleza. Su objetivo es el de apoyar a la comunidad cristiana de Tierra Santa mediante obras de caridad. Y también el de evangelizar a la sociedad occidental moderna. Están presentes en una treintena de países, entre ellos Francia.

–Y ¿qué más?

–La capilla capitular de la orden del Santo Sepulcro se encuentra en Notre-Dame de París, ¿lo sabía usted? Para restaurar la calma de manera definitiva en la catedral sin duda habrá bastado con una llamada telefónica. Tan solo quinientos metros separan Notre-Dame del Palacio de Justicia, sin embargo el camino más corto para ir de un sitio a otro pasa a veces por la Place Vendôme.

–¿Quiere decir que esos caballeros de los que me habla tienen influencia en el Ministerio de Justicia?

–El ministro en persona es uno de ellos. Por ese motivo estoy persuadido de que el caso está definitivamente enterrado.

Bien apoyada en el respaldo de su silla, Claire Kauffmann había recuperado ya toda la calma. Solo sus ojos parecían extrañamente móviles, traicionaban el entramado de ideas que iba construyendo en su mente. Kern esbozó un gesto para estrechar la mano de la mujer pero al final no lo hizo.

–La justicia ya ha encontrado a un culpable, señorita Kauffmann, esa es la verdad. Aparentemente, ese culpable también satisface a la Iglesia. Un loco, un chalado que nadie tardará en olvidar. En cuanto a los padres de la víctima, se les rogará que entierren a su hija, a esa pobre niña, en silencio, con discreción, si es que no lo han hecho ya.

–No, todavía no. La inhumación se celebrará mañana a las tres, en el cementerio de Montmartre.

–Sellarán su tumba con el cemento de la versión oficial, y los padres tendrán que contentarse con eso: «Su hija ha sido asesinada por un iluminado, fin de la historia, ¡circulen, no hay motivo para constituirse parte civil!». ¿Quién más querría volver a abrir una investigación que todo el mundo considera cerrada? ¿Quién?

Claire Kauffmann cruzó las piernas. Su respiración se había acelerado ligeramente. Miraba al padre Kern con una curiosa intensidad.

–Tengo una carrera en las medias.

El cura no pudo evitar pasear la mirada por las piernas de la joven fiscal.

–Perdón, ¿cómo dice?

–Se me ha hecho una carrera en las medias. Voy a tener que salir a cambiármelas.

Y, como una autómatas, con las mejillas encendidas, cogió un clip de su escritorio, lo abrió y pasó la punta por su rodilla. La fina malla que velaba su piel se rajó enseguida. El corte, más claro, se extendió unos diez centímetros por su muslo. La joven se levantó y pasó delante del padre Kern, totalmente desconcertado. Se dirigió a la puerta, cogió el picaporte y, sin volverse siquiera, empezó a hablar con una voz sin timbre, casi inaudible, que temblaba ligeramente.

–Guardo el expediente del caso Notre-Dame en el cajón de mi escritorio, la llave está en la cerradura. Los informes del registro y del interrogatorio, los resultados de la autopsia, el informe del forense, todo está ahí. Mi compañera de despacho ha ido al archivo, no creo que vuelva antes de media hora por lo menos. En cuanto a mí, me voy a ausentar diez minutos exactos. Ese es el tiempo que le dejo. A mi regreso, me gustaría que el expediente estuviera ordenado y en el lugar en el que lo haya encontrado. Si quiere, puede utilizar la fotocopidora. Basta con pulsar el botón verde para ponerla en marcha. Adiós, padre.

Entornó la puerta y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. El padre Kern oyó sus pasos alejarse por el pasillo.

¿Cuánto tiempo se quedó ahí parado, de pie ante el escritorio vacío sobre el que se amontonaban los expedientes, en esa minúscula habitación que olía a papelajos y a polvo? ¿Cuánto tiempo necesitó para entender del todo lo que la fiscal acababa de decirle? Era como si el tiempo se hubiera detenido y se le hubiera congelado la sangre en

las venas. A lo lejos oyó el campanario de Notre-Dame llamar a misa de nueve y salió por fin de su ensimismamiento. Entonces, despacio, con el corazón latiéndole en el pecho, como un niño que temiera el castigo de sus padres, rodeó el escritorio de la fiscal adjunta y abrió la llave que cerraba el cajón.

* * *

Kern se bebió el café de un trago. Había dejado que se enfriara largos minutos sin decir nada, dando vueltas al líquido en el fondo del vaso, a imagen y semejanza de las ideas negras que lo atormentaban, con aire inquieto y ocupado, ganando tiempo, tanta era la indecisión que le impedía hacer lo que había venido a hacer. Frente a él, sentado en un taburete que parecía demasiado frágil para sostener su peso, con ambos codos apoyados en las rodillas, y la taza de Nescafé entre las manazas, Djibril observaba al pequeño sacerdote con su mirada penetrante.

–Pareces un tipo que hubiera venido a confesarse pero que no supiera por dónde empezar, François.

El sacerdote dejó el vaso al pie del catre en el que estaba sentado. Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un taco de fotocopias dobladas en tres. Se lo tendió a Djibril sin decir una palabra. El preso dejó su taza de café instantáneo y se puso a hojear el documento, cuyas páginas estaban unidas por una grapa en una de las esquinas.

–¿Es el expediente del juez de instrucción?

–No, el del ministerio fiscal. Ahora que el caso está archivado, no lo llevarán ante un juez.

–Así es mucho más fácil. Los jueces son demasiado independientes. Podrían ir a meter las narices allí donde huele mal, ¿es eso?

–No lo sé. ¿Qué opinas del expediente?

–A primera vista, no parece muy largo.

–Ya tenían a un culpable, ¿para qué buscar más lejos?

–¿Cómo lo has conseguido?

–La joven fiscal encargada del caso me ha dejado verlo.

–Se arriesga mucho esta fiscal.

–Lo sé. Ha traicionado el secreto de sumario.

–Por lo que me has contado, no ha hecho solo eso. Tiene encima a los de asuntos internos, ¿no?

–¿Qué opinas del expediente? En el fondo, tienes razón, no sé por dónde empezar. Lo he leído por encima en el tren. Los informes del interrogatorio no tienen ningún interés, el del registro... cómo te diría yo... no hace más que confirmar que el chaval no tenía una sexualidad lo que se dice normal...

Una amplia sonrisa cruzaba la cara del preso. Consideraba con atención una de las páginas del expediente. Con la uña del pulgar abrió la grapa que mantenía juntas las

hojas. El padre Kern tuvo la fugaz visión de un bulldozer arrancando con delicadeza un clavo de una tabla.

–Esta me gusta mucho. ¿Te importa? De todas maneras, queda mejor en mi casa que en la tuya. Por una simple cuestión de coherencia. Después de todo, aquí el asesino soy yo.

Y, con una pícaro sonrisa, colgó en la pared uno de los dibujos confiscados en el domicilio del joven Thibault.

–Si no te molesta, los otros me los quedo para mis colegas de aquí. ¿Vale?

Kern conocía demasiado a Djibril para dejarse impresionar por sus provocaciones blasfematorias. Asintió sin decir nada. El preso siguió contemplando un momento más la fotocopia de la pared, perdida entre el montón de fotografías procedentes de revistas pornográficas, luego volvió a sentarse y siguió hojeando el resto del documento. Kern reanudó su relato ahí donde el preso lo había interrumpido:

–Las investigaciones de la escena del crimen no han arrojado nada, o poca cosa... Demasiada gente en la escena, demasiadas huellas... Era de esperar. Hablamos del monumento más visitado de Francia. En cuanto al informe de la autopsia... Se han encontrado rastros de ADN del joven Thibault en el cuerpo de la víctima. Entre otros. También aquí, la joven pasó el día entre la multitud, inmersa en el ir y venir de gente. Lo que dejó Thibault en su cuerpo ¿corresponde a la primera agresión o al asesinato? Nadie puede decirlo. La pobre muchacha murió estrangulada, sí, pero las marcas que presenta en el cuello no permiten saber mucho más. A priori el asesino llevaba guantes. Y, supuestamente, el cuerpo fue desplazado post mortem. No sé... Todas las informaciones se anulan entre sí. ¿Hacia dónde he de ir ahora? ¿Dónde he de buscar? Después de todo, no soy más que un cura, de policía no tengo nada.

Djibril leía. No se tomó la molestia siquiera de levantar la cabeza del expediente.

–Si trabajaras para la pasma, François, no habrías venido a verme, y yo no te habría abierto mi puerta. Bueno, es una manera de hablar. Yo no decido cuándo se abre mi puerta ni cuándo se queda cerrada...

–Evidentemente, está este detalle extraño, lo de la presencia de la cera en su sexo, que respaldaría la hipótesis del loco, del desequilibrado, pero...

–Busca por el lado de la chica.

–Perdón, ¿cómo dices?

–Busca por el lado de la chica muerta. En el expediente apenas hay datos sobre ella.

–Era una universitaria sin más.

–Los polis han hecho una chapuza de investigación. Por lo que se lee aquí, se han limitado a un examen superficial de la habitación de la chica, en casa de sus padres, y no han pasado de ahí.

Le tendió el taco de hojas al padre Kern antes de concluir con una sonrisa:

–Una chapuza propia de moracos, vaya.

Kern se volvió a guardar el expediente en el bolsillo de la chaqueta y consultó su reloj.

–Tengo el tiempo justo de llegar.

–¿Adónde?

–Al entierro. Es a las tres en Montmartre.

Los dos hombres se levantaron y se estrecharon la mano.

–¿Así que te vas ya?

–Gracias por tu valiosa ayuda, Djibril.

–Mi secretaria te hará llegar el importe de mis honorarios. Manténme al tanto, ¿quieres? Para mí es importante.

–¿Te ha picado la curiosidad? El cura y el reo. Vaya par de investigadores estamos hechos.

Djibril esbozó una sonrisa. Kern sentía que se alejaba, que huía por el espacio reducido de su celda hacia un espacio y un tiempo al que nunca podría seguirlo. Pese a las puertas, pese a los locutorios, pese a las horas dedicadas cada semana a su actividad de capellán, el sacerdote sabía bien que la frontera entre el exterior y el interior de la cárcel es infranqueable. Las paredes se hacían más gruesas cada minuto de encierro en ese purgatorio de hierro y hormigón. Djibril se ausentaba poco a poco del mundo, y nada ni nadie podría traerlo de vuelta entre los vivos.

Kern estrechó la mano helada del preso un poco más fuerte todavía.

–Lo que acabas de hacer por mí... No sé... Tus consejos, esta conversación... ¿No es una prueba de buena conducta? Quizá podría contárselo al juez de vigilancia penitenciaria... Para que se mostrara más flexible...

Djibril soltó la mano del sacerdote.

–No te esfuerces, cura. Para el JVP no soy más que un asesino y punto pelota. Y tiene razón, de hecho. Aquí no hay redención posible. Y, además, no hemos hecho más que hablar de la mar y los peces, ya lo sabes. La fotocopia que me acabas de enseñar no existe oficialmente.

–Es verdad, tienes razón. Siento mucho no poder ayudarte mejor.

–Te equivocas, François, ya estoy cobrando mi paga. A partir de hoy, voy a empezar a pensar un poco en otra cosa. Voy a darle caña a mi imaginación, voy a reflexionar sobre tu caso mientras me lavo los dientes todas las noches. ¿Sabes?, en Poissy, una ocupación así no tiene precio. Aquí mi vida se resume a este hervidor y a esta taza de café.

–Sabes bien que no.

–Sabes bien que sí, cura.

El sacerdote rodeó el murete de un metro de altura que separaba el catre del inodoro y llegó en dos zancadas a la puerta de la celda.

–Prepárate para un extraño viaje, François. No te sorprendas si te encuentras algún que otro fantasma por el camino.

–Fantasmas ya encuentro en mis noches de insomnio, Djibril. Cada noche yo también me doy un paseo por el purgatorio. Eso todavía no me ha matado.

Kern giró el picaporte. El ruido seco del mecanismo hizo retroceder un paso al preso.

—Esta vez podrías llegar hasta el infierno, cura. Allí tus bonitas oraciones no te servirán de nada. De hecho, sería mejor que te quitaras la cruz que llevas en la solapa. Allí donde vas, solo te servirá para llamar la atención, créeme.

La puerta se abrió, y apareció en el pasillo un uniforme de la administración penitenciaria. El padre Kern dirigió una última mirada al reo y desapareció en el pasillo iluminado por unos pálidos fluorescentes. A su espalda, la puerta blindada se cerró con un ruido de tumba.

* * *

Acababan de enterrar a Luna Hamache cuando el padre Kern llegó a la decimocuarta sección del cementerio de Montmartre. Con paso pesado, casi a cámara lenta, doblemente aturdido por la pena y el calor, el grupo de unas treinta personas, repartidas alrededor de la tumba, se colocó en fila india, a distancia respetuosa de una pareja que se había quedado plantada al borde de la fosa, perfectamente inmóvil, como esculpida en piedra. De unos cincuenta años ambos, los padres de la difunta mostraban un rostro sin lágrimas, como si aún no hubieran comprendido la razón exacta de su presencia en ese cementerio, como si ese ataúd sencillo y despojado que reposaba ahora en el fondo de una sepultura no hubiera sido el de su hija sino el de otra, una desconocida a cuyo entierro hubieran asistido por casualidad. El padre en particular parecía ausente de sí mismo. Le costaba mantener la mirada en el fondo del hoyo, se le perdía regularmente hacia la entrada del cementerio, como si Luna fuera a presentarse de pronto con la belleza de su juventud para desmentir a los enterradores y a la muerte.

Una joven recorrió la fila entregando una rosa blanca a cada persona, y Kern reparó en que casi todo el grupo estaba compuesto por jóvenes vestidos de blanco. Con una solemnidad que contrastaba con su juventud, los amigos de Luna desfilaron delante de la tumba todavía abierta, arrojando su flor sobre la tapa del féretro, reprimiendo un sollozo o murmurando unas palabras que el ruido de la circulación no tardaba en ahogar. Mientras desfilaban así, Kern se cruzó con la mirada de un hombre de rostro impenetrable que se había mantenido apartado, y estaba ahí de pie, con el hombro apoyado en un árbol y los brazos cruzados sobre el pecho. El sacerdote saludó con un gesto al teniente Gombrowicz, al que el policía contestó con un movimiento de cabeza.

Por fin dos enterradores municipales se acercaron a decirles algo a los padres de la difunta. La madre asintió dos veces, como una autómatas, y dirigió una mirada circular de agradecimiento a los reunidos alrededor de la tumba. El grupo se dispersó con esfuerzo, como si todos llevaran suelas de plomo, mientras los empleados del cementerio se ponían manos a la obra sin tardanza para tapar la tumba. Los padres de Luna se quedaron un momento más mirándolos, y por fin la madre se cogió del brazo de su marido. Dieron unos pasos por el sendero, caminaban como dos ancianos que se necesitaran el uno al otro para no derrumbarse, de pronto solos en el mundo y privados de su razón principal

para mantenerse en pie. A su paso vieron a un hombrecillo de rostro enjuto, como el filo de una navaja, que llevaba una cruz en la solapa de la chaqueta. Se acercó a ellos y les dio un cálido apretón de manos.

–Soy el padre Kern. Yo encontré el cuerpo de su hija el lunes por la mañana en Notre-Dame.

La madre de Luna Hamache lo miró un momento sin decir nada, mientras el padre seguía con los ojos fijos en la entrada del cementerio. La mujer habló por fin, pero su voz temblorosa traicionaba su turbación por la presencia de ese representante del lugar mismo en el que su hija había encontrado la muerte.

–Gracias por venir, padre. Esta mañana hemos recibido una nota de su rector...

–Monseñor de Bracy, sí.

–En su nota pone que ha pedido una oración por nuestra hija. Naturalmente, esa carta nos ha reconfortado, pero...

–Pero no explica nada... ¿verdad?

–¿Conocía usted a mi hija? ¿La había visto alguna vez en Notre-Dame?

Su mirada se hizo suplicante, y Kern se sorprendió a sí mismo mascullando una respuesta lacónica.

–No, señora Hamache, lo siento, no conocía a Luna. Todos hemos rezado por ella.

–No entiendo. Nadie nos explica nada. El suicidio del asesino nos ha dejado totalmente desamparados. La justicia parece habernos olvidado ya. Ellos han pasado página. Es como una pared sin puerta, no sabemos dónde tenemos que llamar para saber más sobre la agresión que... En cuanto a la presencia de Luna en las ceremonias de la Asunción... Nunca nos había comentado su interés por la fe católica. Como ve, somos lo que hoy en día llaman una pareja mixta. Siempre le hemos dejado a nuestra hija la libertad de elegir la religión que prefiriese. Es un tema del que nunca nos había hablado. Tratamos de entender, pero nadie parece capaz de informarnos, ni su rector ni usted, padre. Enterramos a nuestra hija y, con ella, gran parte del misterio.

Kern sentía un malestar creciente. Debería haber tratado de mitigar el dolor de esos padres, de hecho la cruz que llevaba en el ojal parecía haber contribuido en gran medida al desahogo casi espontáneo de la madre de Luna, sin embargo él sabía la verdadera razón de su presencia en ese cementerio. Sus verdaderas motivaciones eran las de un investigador, y traía consigo muchas más preguntas sobre Luna que las respuestas que podía darle a su madre.

–Su hija tenía veintiún años, señora Hamache. La edad de los grandes cuestionamientos, la edad también de la búsqueda de cierta forma de independencia. Quizá no se lo contara todo. Quizá tuviera algo así como un jardín secreto.

–Es cierto que habíamos notado como un alejamiento estos últimos meses. Un deseo de independencia, sí, al que no podíamos responder.

–¿Qué quiere decir?

–No nadamos en la abundancia, eso es lo que quiero decir, padre. Luna quería

marcharse de casa al terminar el verano, alquilarse un pequeño apartamento en el barrio y compartirlo con una amiga de la universidad. A veces dormía fuera de casa. Cada vez más a menudo. Pero no teníamos medios para ayudarla a pagar un alquiler. Mi marido estudió en Argelia, ¿entiende? Nunca le homologaron el título en Francia. Y no conseguimos nada al casarnos. Durante veinte años trabajó como hombre para todo en una empresa de informática. Se ocupaba de las pequeñas reparaciones, echaba una mano aquí y allá, se encargaba de las entregas a domicilio. Hace tres años lo despidieron. A su edad ya no encuentra trabajo en ningún sitio. Vivimos de mi sueldo de auxiliar de enfermería, y somos incapaces de ayudar a nuestra hija a empezar su propia vida. De todas maneras, ya no lo necesita.

La barbilla de la señora Hamache empezó a temblar, y sus mandíbulas se crisparon. Kern esperó. Sus preguntas tenían ya todo el aspecto de un interrogatorio, aunque lo llevaba a cabo con la delicadeza de un confesor.

—¿Sabes con quién quería compartir piso?

—Claro. Con Nadia. Es su mejor amiga. Van... Iban juntas a la universidad.

—¿Nadia estaba aquí hoy?

—Es la que ha repartido las rosas. Tiene que haberla visto. Es ella también la que ha pedido a los amigos de Luna que se vistieran de blanco. Es una buena chica. Quería decirle adiós a su manera. Le ha impresionado mucho la muerte de mi hija. Fue ella quien nos llamó el martes para decirnos que salía esa foto en *Le Parisien* y que se solicitaba la colaboración ciudadana para identificarla...

—Tenía entendido que era el señor Hamache quien lo había leído en el periódico...

—No, fue Nadia. Tras su llamada, mi marido bajó a mirar el periódico en el bar. A continuación llamamos a la policía.

Al oír su nombre, el padre de Luna salió de su ensimismamiento. Volvió el rostro hacia el sacerdote, como si acabara de reparar en su presencia, y Kern se sintió al momento traspasado por esa mirada perdida que parecía interrogarle sobre las razones exactas de su presencia en el cementerio. Kern farfulló unas frases de consuelo. Las palabras salían de su cuerpo como las réplicas de un mal actor, con una especie de automatismo irritante, y se reprochó en su fuero interno esa sarta de banalidades que sonaban artificiales. Se despidió de la pareja y recorrió el camino que bordeaba la tumba. Al cabo de unos pasos, se volvió de nuevo hacia los padres de Luna.

—¿Qué estudiaba su hija, señora Hamache?

Y, por primera vez, el padre de la joven muerta aflojó las mandíbulas.

—Historia, señor. Luna estudiaba una licenciatura en Historia. Quería ser profesora.

* * *

La canícula se había abatido de nuevo sobre París, y el aire era más pesado que nunca. La contaminación tornaba el ambiente más irrespirable todavía. Kern salió del

cementerio por la Avenue Rachel. El teniente Gombrowicz debía de haberse marchado discretamente al concluir la ceremonia. Delante del pub irlandés que ocupaba la esquina del bulevar de Clichy, el grupo de estudiantes vestidos de blanco se iba disgregando entre abrazos. Su vestimenta immaculada parecía ahora desplazada, ingenua, casi cómica de tanto como resultaba inadaptada al caos de la ciudad, al ruido de los motores, a los olores a gas y a las ráfagas de insultos que se escapaban por las ventanillas de los automóviles. El sacerdote vaciló. ¿Debía abordar a los jóvenes? ¿Aguardar al final de sus efusiones? ¿Presentarse bajo su verdadera identidad? ¿Tratar de obtener algún dato sobre esa compañera que yacía ahora en el fondo de una tumba y a la que habían ido a dar su último adiós? Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, sacó el paquete de tabaco y, como cada vez que le costaba tomar una decisión, se puso a llenar su pipa, intentando concentrarse en ese acto anodino antes que en el puñado de ideas contradictorias que se le arremolinaban en la mente. En el preciso momento en que aferraba entre los dientes el conducto de ebonita, la joven que un rato antes había repartido una rosa blanca a cada uno de sus compañeros abandonó el grupo. Cruzó el bulevar de Clichy taconeando, y entonces todo resultó evidente. La ciudad entera se había reducido a una silueta clara que avanzaba ahora por el paseo central del bulevar en dirección a la Place Blanche. Se tomó el tiempo de encender su pipa, le dio unas cuantas caladas perfumadas, cruzó a su vez el bulevar y siguió la estela de Nadia, a unos veinte metros detrás de ella.

El padre Kern se sentía como ebrio, como si hubiera vuelto a la infancia, a esa adolescencia que no había vivido: jugaba a seguir a una mujer, jugaba a los detectives en el calor de la ciudad, en ese bulevar abarrotado que formaba a uno y otro lado del paseo central una especie de cinturón multicolor hecho de chapa, retrovisores y ventanillas de cristal. Kern fumaba su pipa mientras caminaba como si nada, absorto en el curioso placer que le provocaba seguir a la joven. Habría podido seguirlo a él todo un batallón de gendarmes de uniforme que ni siquiera se hubiera dado cuenta.

Nadia abandonó el bulevar al llegar a la plaza y tomó por la Rue Blanche. El sacerdote consideró que había llegado el momento de abordarla y aceleró el paso. Estaba solo a dos o tres metros de ella, cuando la joven se detuvo ante la puerta de un edificio, junto a un café. Saludó con un gesto cordial al camarero de la terraza y llevó la mano al portero automático para marcar el código de acceso. Desconcertado por esa parada imprevista, el padre Kern adelantó a la muchacha sin atreverse a dirigirle la palabra, y ya solo pudo observar los dedos largos y delgados bailar sobre el teclado de cifras. No se le ocurrió memorizar el código, algo que luego se reprochó. La cerradura emitió un ruido seco. Nadia empujó la puerta y desapareció en el interior del edificio.

Como último recurso, el padre Kern se instaló en la terraza del café, en una mesa desde la que alcanzaba a ver la puerta. El camarero, un grandullón de calvicie incipiente y gruesas patillas, se acercó enseguida a pasar una bayeta por la mesa. Kern pidió una cerveza y dejó la pipa sobre el mármol aún húmedo. Muchos años atrás, a la edad de dieciséis o diecisiete años, se había cogido una borrachera de muerte con su hermano

mayor, una noche en que el dolor en las articulaciones se le antojaba insoportable. El intento no había resultado muy concluyente, y el joven Kern se había resignado a tomarse sus pastillas de cortisona como único remedio posible, aunque de escasa eficacia, a sus dolores.

Una anciana se acercó despacio, con una bolsa de la compra en la mano, sufriendo visiblemente por el calor. Se detuvo ella también frente a la puerta contigua al café y tecleó a su vez la combinación que le daría acceso al frescor probablemente relativo de su vivienda. Su memoria y sus manos, menos ágiles que las de la joven que había entrado antes, le hicieron pulsar las teclas pesadamente, dejándole esta vez al sacerdote tiempo de sobra para memorizar el código. Kern apuró la cerveza, pagó y llegó hasta la puerta cuya clave de acceso ya conocía. Sin embargo, antes de deslizar los dedos, a ratos entumecidos, por el teclado, tuvo el cuidado de quitarse la crucecita de metal que adornaba su solapa y se la guardó en la cartera. Empujó la puerta y entró en un pasillo marrón ocupado en parte por un bloque de buzones destartados. Recorrió con los ojos las etiquetas una a una sin encontrar ninguna Nadia, bordeó el hueco de la escalera y siguió hasta una puerta que daba a un pequeño patio. A esa hora de la tarde la luz lo había abandonado casi por completo, y el lugar parecía un pozo. Dentro vio aparcados de cualquier manera unas bicicletas, un cochecito de bebé y varios patinetes. A la izquierda una puerta señalaba la entrada a un pequeño bajo, probablemente un estudio. Kern se disponía a volver sobre sus pasos cuando la puerta se abrió de par en par. Nadia apareció en el umbral, con los brazos cruzados y el hombro apoyado en el marco. Se había cambiado de ropa y lucía ahora un vestido de verano de vivos colores.

—¿Es a mí a quien busca?

—¿Perdón?

—Estaba usted antes en el cementerio. Le he visto hablar con los padres de Luna. ¿Es a mí a quien está buscando?

—Es usted Nadia, ¿verdad?

—¿Me ha seguido hasta aquí o qué?

—¿Seguido? La madre de Luna me ha dicho dónde encontrarla.

—¿Conoce a la madre de Luna?

—Claro.

—¿A qué se dedica la madre de Luna?

—Es auxiliar de enfermería. ¿Por qué me lo pregunta?

—Para comprobar.

—¿Señor! Para comprobar ¿el qué?

—¿Es uno de los enfermos de la madre de Luna, es eso?

—Exactamente... Me ayuda en mi rehabilitación... Con el tiempo hemos trabado amistad... Me hablaba a menudo de Luna. Como puede constatar, tengo problemas de salud, problemas articulares... ¿Y usted? ¿Era amiga de Luna?

—De la facultad, sí. ¿Es policía?

–¿Policía? En absoluto. ¿Le parece que tengo el tipo para ser policía?

La chica esbozó una sonrisa.

–Entonces ¿qué quiere?

–Es difícil decirlo... Me hubiera gustado hablar de Luna. No la conocía mucho, pero... Su madre me ha dicho que era usted su mejor amiga.

La joven desapareció de pronto dentro de la casa, dejándole a Kern tiempo de ver, al fondo, algunos detalles insignificantes: el suelo blanco de baldosas de un cuarto de baño, una cortina de ducha rosa con corazones malva, una bañera con una grifería antigua. Nadia volvió a aparecer tan rápido como se había ido, con la correa de un bolso Vuitton en el brazo y un móvil en la mano. Cerró la puerta con llave y se guardó el llavero en el bolso.

–Lo siento. Llego tarde a una cita urgente. Y le diré una cosa: acabamos de salir del cementerio, Luna está a dos metros bajo tierra. Así que ahora no me apetece mucho hablar de ella.

–Lo entiendo. Claro. Quizá en otra ocasión.

–Sí.

Se marchó, dejando tras de sí un aroma embriagador y dulzón que parecía provenir de su cabello o de su cuello. Solo en medio de las bicicletas y los patinetes, en el calor de ese pequeño patio, mientras la fiebre se apoderaba lentamente de su cuerpo, y las dudas sobre sus capacidades como investigador invadían su mente, el padre Kern se preguntó a cuántas mentiras había tenido que recurrir en menos de un minuto para, en definitiva, no alcanzar a ver más que un pedazo vago y fugaz de bañera rematado por una cortina de ducha.

Caminó sin rumbo, subió la calle por la que antes había bajado. Al llegar al bulevar, se detuvo delante de un escaparate y se puso a llenar su pipa. Lo hizo con suma aplicación, aislándose del ruido ambiente, concentrando toda su atención en los pellizcos de tabaco que metía uno a uno en el fondo de la cazoleta con unos dedos que temblaban ligeramente. Hasta que no le hubo dado las primeras caladas no se percató de que se había detenido ante el escaparate de uno de los numerosos *sex-shops* que ocupaban la acera. Con el busto inclinado, examinó con una curiosidad real las diferentes prendas de lencería de vinilo rojo o negro, las botas y los zapatos de tacón de aguja, los picardías de transparencias sabiamente estudiadas y los uniformes de enfermera, mientras por encima de su cabeza las volutas de humo con aroma a Virginia se teñían del malva de las tres letras de neón que formaban la palabra SEX. Se incorporó de pronto y miró a su alrededor, como impulsado por una corriente eléctrica, animado por una urgencia que parecía haberlo invadido bruscamente. Tomó otra vez la Rue Blanche, dejó atrás el portal de Nadia sin mirarlo siquiera y se metió unos metros más adelante en una tienda coronada por una @ luminosa. El padre Kern asaltó el mostrador tras el cual, sentado encorvado en un taburete, apretado entre un ventilador y una fotocopidora, había un oriental con oscuras ojeras.

–Quiero un ordenador. Necesito consultar internet.

–Aquí no se fuma, jefe.

Kern salió a la calle a vaciar su pipa y luego reiteró su petición. El dependiente lo observaba con una mirada sin interés.

–Un cuarto de hora un euro. Tres euros la hora.

Kern se sacó la cartera y dejó un billete de diez euros en el mostrador.

–Póngame dos horas como mínimo. Y quiero estar en un sitio apartado, por favor.

En realidad necesitó menos de cuarenta minutos para encontrar lo que buscaba. El padre Kern dominaba lo esencial de la red gracias a Mourad, el vigilante de la catedral, que el verano anterior había aceptado darle unas cuantas clases de informática por las noches, después de cerrar. El sacerdote había podido descubrir así innumerables páginas de coleccionismo dedicadas a los despertadores antiguos. Un tiempo había pensado incluso en comprarse un ordenador, pero nunca había reunido el valor suficiente para aventurarse en una tienda, pese a que Mourad se había ofrecido a acompañarlo.

–Necesito llamar por teléfono.

–¿Ha terminado con la máquina, jefe?

–He terminado, sí.

–Ha reservado dos horas.

–Lo sé.

–Le queda más de una hora.

–No me hace falta. Pero sí tengo que llamar por teléfono.

–¿Puedo dar su ordenador?

–Sí.

–Perderá la hora.

–No importa. Ahora me gustaría hablar por teléfono.

El hombre del taburete señaló con el brazo una hilera de puertas de madera acristaladas y marcadas con un número.

–Todas para usted, jefe. Elija la que quiera. ¿Para dónde es?

–¿Cómo que para dónde?

–¿A qué país va a llamar, jefe? ¿A Marruecos? ¿A Túnez? ¿A Argelia?

* * *

–Una Fanta de naranja. Y la cuenta.

Gombrowicz se había sentado a una mesa desde la que podía ver la parte baja de la calle. El camarero le trajo la consumición.

–¿No quiere sentarse fuera?

–Estoy bien dentro.

–¿Seguro? Porque, con este calor, en la terraza estaría usted más a gusto para ver lo que pasa fuera.

El agente de la policía judicial levantó los ojos y miró fijamente al camarero. Después, sin una palabra, volvió a concentrar la mirada en el punto que estaba mirando antes. El chico, que tenía unas gruesas patillas que le comían la cara, se alejó con un largo suspiro que le duró hasta la barra del bar.

El policía se quedó allí media hora larga, sentado solo en el interior mientras los clientes se sucedían en la terraza, en la suave corriente de aire con olor a gasoil que generaban los autobuses a su paso. Se levantó por fin, tras dejar la cuenta en el platillo de plástico abandonado junto a su vaso. Se quedó un momento en el quicio de la puerta, observando la calle en cuesta, tomándose el tiempo de encenderse un cigarro, antes de que lo apartara el camarero de las patillas, bandeja en mano, en su incesante ir y venir entre la terraza y el interior del bar. Se marchó corriendo, haciendo caso omiso del mecánico «adiós y gracias» que resonaba a su espalda, como empujado por la repentina urgencia de desentumecerse las piernas. Cruzó la calle tras dejar paso a un autocar con matrícula alemana y corrió por la acera opuesta hasta una tienda en la que entró como un vendaval.

–El tío que acaba de salir, el del traje claro, ¿a qué ha venido?

–Aquí dentro no se fuma, jefe.

Gombrowicz sacó su carné de policía de la riñonera que llevaba en bandolera.

–Te he hecho una pregunta, Bruce Lee.

–Ha comprado seis docenas de rollitos de primavera.

–Venga, no me jodas.

–Ha consultado internet, jefe. Y ¿qué?

–¿Solo eso?

–Luego ha hecho una llamada.

–¿Adónde? ¿Lo sabes?

–Ni idea.

–¿Qué ordenador ha utilizado?

–Ese del fondo.

El policía se sentó al ordenador y llevó la mano al ratón. Clicó sobre el historial de la sesión iniciada, recorriendo página tras página almacenada en la memoria del PC. Cuando las hubo comprobado todas, desde la primera hasta la última página consultada por el usuario anterior, se arrellanó en la silla, encendió un cigarro y se puso a mirar el techo.

–Por favor, jefe, aquí dentro no se fuma.

–Viejo pervertido...

–¿Qué dices, jefe?

–He dicho: cabroncete asqueroso.

Y, mientras Gombrowicz se sumergía de nuevo en la canícula de la Rue Blanche, el oriental se bajó del taburete como de mala gana y se acercó al ordenador que el policía

acababa de abandonar. Contempló la pantalla, y su mirada ausente pareció despertar de pronto ante lo que se le ofrecía sobre un fondo de colores pastel.

«Estudiante exótica de 22 años, cariñosa y sensual, recibe en el distrito 18 de París a hombres maduros y educados para pasar un rato agradable. Cabello moreno –ojos castaños– 1,63 m, 54 kg –90D sin cirugía. De 19h a 24h. Masajes relajantes. Conclusión oral o manual. Cariñosa o severa. Posibilidad de masaje a cuatro manos con amiga cómplice».

Y, bajo el número de móvil, una foto con *flash* sacada por un aficionado que mostraba a una joven morena con el rostro borroso que posaba desnuda en su bañera, sopesándose con ambas manos unos pechos grandes, con la espalda, las nalgas y el sexo ocultos tras una cortina de ducha rosa con corazones malva.

* * *

Claire Kauffmann se sometió a las preguntas de un policía del IGS y de una magistrada del IGSJ en el 36 del Quai des Orfèvres, durante la hora del almuerzo, en un cubículo que servía a veces de sala de interrogatorio para los casos de flagrancia. Le hicieron un aluvión de preguntas, volviendo sin cesar, como por oleadas, a ese instante que lo había decidido todo, a esa decisión de abrir el Velux y de quitarle las esposas al joven detenido. Y la fiscal adjunta pensó: «¿Cuántas veces me van a hacer la misma pregunta? Vuelven a eso una y otra vez. Cambian una palabra o dos en su manera de formularla, pero la pregunta sigue siendo la misma. ¿Tantas maneras distintas hay de relatar un gesto de dos o tres segundos? Y ¿tantos ángulos distintos hay desde los que verlo? ¿La verdad no es la verdad?». Y la joven fiscal reformulaba una y otra vez sus explicaciones, modificando a su vez una, dos o tres palabras en su declaración.

Se interrumpió en mitad de una frase, pensando de pronto en la conversación que había tenido esa mañana con el padre Kern, preguntándose si la orden dada a Landard de liberar a Thibault de sus trabas, esa orden que había tenido consecuencias tan graves, había correspondido, en lo más hondo de sí misma, a una decisión de orden legal o moral. Y el policía sentado frente a ella, que, desde el principio del interrogatorio, no había dejado de desplazar su vasito de café de una esquina a otra de la mesa, se abalanzó sobre el instante de vacilación de la fiscal adjunta y dijo: «O sea, que se pregunta si no se mostró demasiado humana con ese sospechoso, ¿es eso?». Y, al no contestar nada Claire Kauffmann, insistió: «¿Se pregunta si ese breve instante de debilidad o de... cómo diría yo... de compasión causó la muerte del sospechoso?».

Salió de la sesión de interrogatorio totalmente vacía, incapaz del más mísero pensamiento mínimamente construido, capaz solo de preguntarse si había hecho bien en especializarse en Derecho Penal. La habían remitido a su profesión, a su papel de Sísifo con falda recta y moño estricto. Aún no sabía si le abrirían un expediente disciplinario. Para los investigadores se trataba de determinar si el joven Thibault debería haber sido

interrogado en un centro hospitalario y no en los locales de la brigada criminal. En conclusión, que la investigación se apartaba de ella para centrarse en cuestiones técnicas, procesales, dejándola sola con sus preguntas.

Consultó su reloj y constató que no le daba tiempo a almorzar antes de su próxima audiencia, que era a las dos. Entonces subió un momento a su despacho para recoger el expediente del cristalero que había golpeado a su mujer con un martillo. De paso comprobó que el padre Kern había devuelto a su cajón el del caso de Notre-Dame. Bebió un vaso de agua y se presentó en la sala de Audiencias como en un país extranjero.

El caso se resolvió visto y no visto, en presencia de la mujer del cristalero, que acababa de salir del hospital. La fiscal solicitó una pena de prisión firme acompañada de la obligación de someterse a tratamiento psiquiátrico. Se comportó como una automática, habló con esa entonación suya, separando mucho las sílabas, que la gente del Palacio empezaba a conocer, sin levantar nunca del todo la mirada de sus papeles.

Por fin, al concluir la audiencia, fue a parar a la inmensa sala de los pasos perdidos del Palacio de Justicia, cargada con sus pesados expedientes, con náuseas y desorientada, con el estómago vacío y la cabeza que le iba a reventar de dolor. Se perdió entre el jaleo de la muchedumbre de visitantes, jueces, abogados y policías. El ruido de sus tacones sobre el mármol se le antojaba lejano, hasta ella solo llegaba el eco que retumbaba en la inmensidad del lugar y se mezclaba con los demás ruidos ambientes. De pronto era como si sus pasos ya no fueran suyos, como si de alguna manera se hubieran alejado de sí misma. Y sintió unas repentinas ganas de gritar. Y ese grito que había sentido subir desde el fondo de sus entrañas le recordó otro, el único que de verdad había proferido en toda su vida.

Había ocurrido en el comedor del instituto, durante el último curso, cuando tenía diecisiete años. Un compañero de clase se le había sentado al lado en la mesa y le había hablado demasiado alto y demasiado cerca. Sobre todo demasiado cerca. Y mientras el chico le hablaba a voces al oído para cubrir mejor el estruendo de los otros ochocientos alumnos que devoraban su filete con patatas, ella se había puesto a gritar. Un grito muy agudo que parecía no tener fin, un grito que se había elevado en el aire del comedor por encima de todos los demás, un grito que había hecho callar al instante a todo un instituto. Un vigilante se la había llevado al despacho del director, un hombrecillo con bigote que miraba el mundo y a sus alumnos ocultándose detrás de los gruesos cristales de sus gafas, frente al que había permanecido muda, incapaz de explicar ese grito de angustia que había dejado escapar. El grito no había servido de nada. Nadie lo había oído de verdad. Y ella no había vuelto a intentarlo.

Cerca de veinte años más tarde, en la inmensa sala de los Pasos Perdidos, llena de todas esas voces que se superponían unas a otras, se entremezclaban y trepaban unas encima de otras, el mismo grito, el mismo exceso se disponía a salir de ella. Lo notaba

subir en su interior. Una ola, un torrente, una marea incontenible. Un caballo al galope que pronto saldría de su boca.

Y entonces la vio, esa pequeña silueta oscura sentada en uno de los bancos de madera, no muy lejos del monumento a los Caídos dedicado a los miembros del Palacio desaparecidos en una u otra de las dos guerras. La vio, con el bolso aferrado en un brazo y el otro inmovilizado por un cabestrillo azul eléctrico cerrado en el hombro con un velcro. La mujer del cristalero. La mujer agredida a martillazos menos de cuarenta y ocho horas antes. La mujer a cuyo marido acababa de caerle un año de prisión, del cual seis meses firme, tras la inculpación de Claire Kauffmann.

Entonces soltó sus expedientes. Las hojas se esparcieron a sus pies, resbalando a su alrededor sobre el suelo de mármol liso. Un joven abogado vestido con toga negra y el cabello dominado por una gruesa capa de gomina, se precipitó enseguida, arrodillándose delante de la fiscal y recogiendo una a una las hojas abandonadas. Ella hizo caso omiso del apuesto joven y pisoteó los papelajos para llegar hasta el banco de madera junto al monumento a los caídos. La mujer del cristalero levantó hacia ella unos ojos llenos de lágrimas. Uno de ellos estaba rodeado por un hematoma oscuro. Y, mientras a unos metros de allí el abogado ordenaba las páginas de su requisitoria, Claire Kauffmann habló largo rato con la mujer del cristalero.

Se sentaron, en medio del incesante ir y venir, charlando como dos amigas marcadas por la vida, comprendiéndose con medias palabras, reconociendo la una en la otra un gesto inconsciente, una actitud de protección, una imperceptible tensión en el cuerpo que traicionaba el miedo pero que se iba atenuando al hilo de la conversación. Y, al final, se sonrieron, y la mujer del cristalero apoyó la mano que tenía libre en el brazo de la joven fiscal. Claire Kauffmann se levantó, y el abogado de toga negra, que la esperaba de pie desde hacía más de un cuarto de hora, aprovechó para devolverle su expediente. Se lo alargó diciendo: «Hay que ver cómo pesa». Se lo alargó, repitiendo: «No debería llevar cosas tan pesadas, señorita». Ella lo miró a los ojos, lo recompensó con una sonrisa encantadora aunque no del todo natural y contestó: «Tiene razón, letrado. ¿No le importa llevármelo al archivo? Hoy ya no lo voy a necesitar». Y, acto seguido, salió de la sala de los Pasos Perdidos, dejando al abogado estupefacto. Cargado con todos sus papelajos, el joven la miraba alejarse con sus andares ligeros.

* * *

En su conversación telefónica, Nadia lo había citado a las once de la noche. Al principio Kern le había dicho que no —sabía que los dolores en las articulaciones no le permitirían aguantar hasta entonces y que debía volver a su casa a toda costa—, pero ella había insistido. O a las once o nada.

Había encontrado refugio algo más lejos, en una mesa en el fondo de una cervecería situada en la esquina del bulevar con la Rue de Bruxelles. El camarero, esta vez un

hombre mayor, con delantal blanco, chaleco negro y muchos años de oficio a sus espaldas, había reparado en él y lo observaba de reojo. El padre Kern llevaba ya casi cuatro horas sentado ahí, perfectamente inmóvil y muy tieso, delante de su taza de café vacía, y no parecía dispuesto a mover un músculo por nada. En realidad, se estaba dejando invadir por el dolor, mientras observaba a la gente que pasaba por la acera como si caminara a kilómetros de allí, perdida tras una suerte de bruma mugrienta que el anochecer había vuelto algo más densa. En cuanto a la fiebre, le nublabla el pensamiento y se añadía al calor y al olor a fritanga y a ambientador de cuarto de baño que flotaba en el aire del fondo de la sala.

Por fin consultó su reloj y salió de la cervecería. El camarero, receloso, fue enseguida a contar las monedas que había dejado sobre la mesa. Una vez en la calle, el padre Kern encendió su pipa, y el sabor acre del humo en la boca le sentó bien. Echó a andar una vez más en dirección a la Rue Blanche. El ambiente del barrio había cambiado. La fauna nocturna volvía a hacerse con el lugar, expulsando a los turistas diurnos, bañada en la luz de los faros de los coches y de los llamativos neones de los *peep-shows*. En las terrazas de los bares la cerveza corría a litros.

Al llegar ante la puerta, el sacerdote marcó el código que se sabía ya de memoria y que había fingido apuntar cuatro horas antes al teléfono. Cuando se disponía a entrar se cruzó con la mirada con ojeras oscuras del camarero de las patillas que llevaba cinco jarras de cerveza en equilibrio sobre una bandeja. Eran exactamente las once de la noche.

Una vez en el pequeño patio de las bicicletas, llamó a la puerta, y el impacto de sus falanges contra la madera repercutió dolorosamente en todo su antebrazo. Pensó: «No voy a aguantar, va a ser imposible». La puerta se abrió y apareció Nadia. La muchacha cruzó los brazos, bajando los ojos para examinar al hombrecillo que tenía delante, canijo, intimidado y febril.

–Estaba segura. El tío del cementerio. Enseguida he reconocido su voz al teléfono.

–¿Puedo entrar? Me gustaría mucho poder sentarme.

–Está usted en su casa. Si lo he entendido bien, no es la primera vez que viene.

Tras un momento de vacilación algo exagerada, se apartó para dejarlo pasar. El padre Kern entró en un estudio de unos treinta metros cuadrados, sencillo, funcional, cuyo suelo de baldosas blancas estaba cubierto en parte por una alfombra oriental de colores desvaídos. Al pasar echó un vistazo al cuarto de baño, cuya puerta estaba entornada. La cortina de la ducha era la misma que la de la página web. Era Nadia la chica que había visto en la fotografía, desnuda en la bañera, ofreciéndose a las miradas.

Al fondo del apartamento, una lámpara halógena graduada al mínimo proyectaba un halo triste sobre una cama cubierta de cojines de colorines. El resto de la habitación –la mesa, el armario, el ordenador, la exigua cocina, las botellas de alcohol, los vasos, los zapatos dispuestos en fila en un rincón– estaba sumido en una penumbra que unas velas colocadas a ras de suelo apenas conseguían iluminar. Nadia entró a su vez y se apoyó en

la pared. Sus ojos brillaban a la frágil luz de las velas. Al verla así contra esa superficie blanca, Kern pensó en Luna, en su cuerpo inanimado sobre las baldosas de Notre-Dame, en su cabello negro, que la claridad de los cirios teñía de reflejos tornasolados. Nadia encendió un fino cigarrillo para darse algo de aplomo. Se observaron mutuamente en el silencio más absoluto. La joven tenía el codo apoyado en la cadera. El cigarrillo se consumía lentamente en el aire, justo debajo de su rostro, anegando en humo la parte alta de su busto.

—Era usted cliente de Luna, ¿verdad?

Las palabras llegaban al padre Kern como con unos segundos de retraso. La fiebre lo distanciaba de las cosas. El dolor en las articulaciones de sus manos se convertía despacio en quemazón, y metió los dedos en los bolsillos en un intento perdido de antemano de sofocar el incendio. La muchacha le dio una calada al cigarro. La punta incandescente iluminó su boca con una mancha anaranjada que Kern se quedó mirando, como la luz lejana de un faro en alta mar.

—¿Qué espera de mí, que tome el relevo? Recién enterrada Luna, se planta usted aquí para aprovechar la segunda hora de servicio. ¿Es esa la idea?

El sacerdote la miraba con una curiosa intensidad, como si le costara entender el significado de sus palabras. Su mirada vagaba hacia las dos ventanas entre las que estaba situada la muchacha. Al otro lado de los cristales veía las persianas bajadas. Hubiera dado cualquier cosa por que las abriera de par en par e hiciera bajar la temperatura asfixiante que reinaba en la habitación. Su mente volvía sin cesar a la pecera de cristal, en Notre-Dame, donde se confesaban los fieles. Quizá fuera por la falta de aire. O por su actitud silenciosa, a la que recurría como por un acto reflejo, la misma que adoptaba para animar a hablar a aquellos a los que les costaba sincerarse, pese a lo mucho que les hubiera aliviado hacerlo.

—Joder, no es usted muy hablador que se diga.

La muchacha aspiró el humo una última vez y se apartó de la pared en la que estaba apoyada.

—Son doscientos euros la hora, como con Luna. Con preservativo, también para la felación, y nada de sexo anal, como con Luna. No se preocupe, en la oscuridad no notará la diferencia. Todo lo que sabía, se lo enseñé yo.

Ahogó el cigarro bajo el chorro de agua del fregadero y, con la punta del zapato, apagó la lámpara. Cuando volvió frente al padre Kern se había desabrochado el vestido, y sus pechos asomaban a la luz de las tres velas que quedaban como única iluminación. Kern estaba petrificado.

La joven se le acercó un poco más. Su vestido cayó al suelo. Subida en sus tacones, le sacaba más de una cabeza al pequeño sacerdote. Le quitó las manos de los bolsillos, se las abrió delicadamente y las puso sobre sus pechos. Kern temblaba. Masculló un «no» crispado que ella ahogó enseguida con una dulce interjección que se estiró como una

caricia: «Shhhh...». Le dijo que parecía un principiante. Un joven adolescente. Le dijo que se relajara. Le dijo que le ardían las manos. Le preguntó qué le gustaba hacer.

El padre Kern no había tocado nunca el cuerpo de una mujer. Nunca de esa forma. Por culpa de su enfermedad, no de su fe. Sus años de adolescencia, antes de entrar en el seminario, habían transcurrido en el aislamiento y el dolor. Pero lo que descubría de esas curvas cuanto menos algo tarde lo asombraba sobremanera y lo sacaba de su torpor febril. Cuando Nadia le había tomado las manos y las había llevado a sus senos, había esperado la sensación de asir una brasa, de tocar algo incandescente, algo tan embriagador como un alcohol fuerte. Después de todo, su presencia en la habitación de una prostituta constituía una grave afrenta a sus votos. Sin embargo, ocurría todo lo contrario al contacto de la piel de esa joven. Sus senos le parecían suaves y frescos, e, incluso, de una pureza que superaba todo lo que había podido ver o sentir hasta entonces. Era como sumergir las manos en leche. La piel de esa muchacha lo calmaba hasta tal punto que la enfermedad con la que cargaba desde niño le pareció haberse convertido, en el tiempo de una caricia, en un mero recuerdo, que, aunque vivo en su memoria, ya no estaba en su cuerpo.

Las manos de Kern abandonaron el pecho de Nadia y se posaron en su cintura. La cabeza del cura, atraída como por un imán hacia la fragancia que perfumaba su nuca, se apoyó a su vez en los senos de la muchacha. Sentía el corazón de la joven latir en su oído, la carne tierna palpar contra su mejilla, y, de pronto, sin que en un principio se diera cuenta de ello, algo se soltó dentro de él. El padre Kern estaba llorando. Y ese torrente de lágrimas no quería parar. Nadia lo rodeó con los brazos. El sacerdote se dio cuenta entonces de que no había llorado desde la infancia y, viéndose de pronto tan viejo como el mundo, se permitió por fin, durante esos segundos que se le antojaron eternos, recuperar ese tiempo perdido.

Se incorporó por fin, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, y murmuró un «gracias» casi inaudible pero que salía de lo más profundo de su ser. Los senos de Nadia brillaban por las lágrimas del padre Kern. La muchacha recogió su vestido, que formaba una corola a sus pies, y se lo puso sin decir una palabra. La fina tela veraniega absorbió el líquido salado. Se sentó en la cama, cruzó las piernas, encendió un cigarrillo y se tomó el tiempo de darle una calada antes de hablar.

–Bueno. Vamos a dejarlo en ciento cincuenta.

–Perdón, ¿cómo dice?

–Creo que vamos a dejarlo aquí por esta noche, lo veo un poco cansado. Son ciento cincuenta euros.

–No comprendo.

–Aquí se paga por lo que se derrame, semen o lágrimas, caballero. Le he hecho sentirse bien, me ha acariciado, le he dedicado parte de mi tiempo y de mi velada, ahora toca respetar las reglas del juego.

–Yo solo había venido a hablar.

–No tiene idea de cuántos viejos vienen aquí para hablar, mirarme, meterme mano, lo que sea salvo follar de verdad. Pero hay que pagar, sea cual sea la naturaleza del servicio.

–Pero yo no llevo encima tanto dinero.

La chica se puso rígida, y su tono cambió por completo.

–¿Qué estás diciendo? ¿Qué creías que venías a hacer aquí? ¿Tomarte un café de gorra?

–Lo siento mucho. Pensaba charlar sobre Luna.

–¡Joder con Luna! Desde luego, tenía un don para atraer a los tíos más chalados.

Cogió su móvil, que había dejado a los pies de la cama. Sus dedos se movieron por la pantalla táctil con una rapidez desconcertante. Alguien contestó.

–Soy Nadia. Te necesito, Gillou. Tengo aquí a un cliente de Luna... Se niega a pagar... Un tipo de lo más raro... Ciento cincuenta...

Arrojó el teléfono sobre la almohada y miró a Kern tranquilamente, con las piernas cruzadas, acercándose y alejándose la mano de los labios al ritmo de las caladas que daba al cigarrillo. Los dolores volvían a apoderarse del cuerpo del pequeño sacerdote, esta vez a la velocidad de un maremoto. Menos de veinte segundos más tarde oyó abrirse la puerta del patio, y un hombre de tamaño impresionante entró en el estudio. Tenía en las mejillas gruesas patillas que parecían dos triángulos de moqueta. Era el camarero del bar de al lado.

–¿Cuál es el problema, Nadia?

–El señor toca pero luego no quiere pagar.

–Mire, señorita, me parece que ha habido un malentendido.

–Yo también lo creo. Y lo va a solucionar Gillou. No te pases mucho, Gillou, tiene una enfermedad de los huesos o no sé qué.

El tal Gillou cogió al cura por el cuello de la chaqueta. Sin verdadera brutalidad, un poco como inmovilizaría un ganadero a un ternero, empujó al hombrecillo contra la pared y le quitó la cartera. La arrojó sobre la cama sin echarle un vistazo siquiera.

–Cóbrate, guapa. Conozco al enano este. Se ha tomado una cerveza en la terraza esta tarde. Un careto como el suyo no se olvida. Más tarde también ha venido un poli. Lo he oído a la legua. Se ha quedado dentro mirando lo que pasaba en la calle. Toda esta historia apesta.

–No tiene que ver una cosa con la otra. No lo creo, Gillou.

–Te digo que esto apesta.

Nadia sostuvo el cigarro entre los labios y abrió la cartera. De pronto se quedó muy quieta.

–¿Esto qué es?

La cruz metálica que el padre Kern solía llevar en el ojal había remplazado al cigarro entre los dedos de la joven.

–Normalmente los viejos que vienen a verme esconden la alianza en la cartera. ¿Qué

es esta cruz? Es que eres cura ¿o qué?

El padre Kern no contestó. El dolor no le dejaba pensar, y las manos le temblaban como hojas. Se aferraba a una imagen lejana y tranquilizadora, la del despertador Bayard desmontado en la mesita de su habitación, como si la evocación del antiguo mecanismo tuviera el poder de hacerle recuperar el control de la situación tanto como de sus dolores. Nadia cerró la cartera.

–Es el cura de Luna, Gillou. El cura del que nos había hablado. Joder, es patético. Y encima el cabrón no tiene un céntimo.

Gillou volvió a agarrar a Kern del cuello, esta vez sin miramientos.

–¿Eres el cura de Luna? ¿Nos puedes explicar qué ocurrió en tu catedral de mierda? ¿Qué estaba haciendo allí Luna? ¿Lo sabes tú?

Ahora lo tenía cogido de la garganta y le cerraba tranquilamente la tráquea. Kern estaba contra la pared, sin poder moverse. Sus manos se aferraban a las muñecas del camarero, pero le parecían tan desmesuradamente gruesas que casi no eran humanas. Empezaba a faltarle el aire en los pulmones cuando Nadia se levantó de pronto de la cama.

–Déjalo, Gillou. Este tío es de cristal, como nos descuidemos, la palma aquí mismo. De todas formas, a Luna no la mató él.

–Y ¿tú qué sabes?

–Es un cura. Un viejo putero, un perverso, todo lo que quieras, pero no un asesino. No hay más que verlo para darse cuenta. Míralo. Luna le habría partido la cara en un santiamén si él hubiera querido hacerle daño.

–Yo no me creo lo de ese chalado que sacaron por la tele. Ese que se tiró por la ventana.

–Suéltalo, Gillou, suéltalo ya.

–Te digo que no me lo creo.

Nadia gritó.

–¡Que lo sueltes, joder! Este no ha hecho nada...

–¿Por qué estás tan segura, Nadia?

–Porque lo único que ha hecho conmigo es lloriquear...

–¿Qué?

–Me ha abrazado y se me ha puesto a llorar en el pecho.

El camarero aflojó la presión, y Kern cayó desplomado.

–¿Lloriquear? ¿Te ha lloriqueado en las tetas? Pero ¿quién coño es este grillado?

–Échalo a la calle...

–Y ¿la pasta? ¿Quieres que me lo lleve a un cajero?

–Que lo saques de aquí, te digo... Toma, devuélvele sus cosas, devuélvele su puñetera cruz... Por favor, Gillou, haz lo que te digo. No puedo más, estoy cansada. Luna ha muerto. La hemos enterrado hoy. Estoy hasta el gorro de hacer de puta para sacar pasta. Quiero irme a la cama. Dormir y no despertar nunca más.

Hipaba, pero las lágrimas se resistían a brotar.

El camarero agarró a Kern del cinturón. Sin entender cómo había llegado hasta allí, el cura se vio de repente sentado en la acera de la Rue Blanche. Por fin aire fresco, o algo parecido. Gillou se erguía por encima de él, con las manos en los bolsillos y un purito en la boca. Unos transeúntes se detuvieron y se ofrecieron a llamar a los bomberos. El camarero señaló su bar, a unos metros de allí.

—No se preocupen, es un cliente. Lo conocemos bien. Se ha vuelto a pasar con la bebida. Todas las noches igual. Bebe en el bar, y luego se mete una hostia en la calle. Le dejo que tome un poco el aire antes de cerrar. Dentro de un ratito se encontrará mejor y podrá volver a su casa. Al menos no habrás venido en coche, ¿eh, Lucien? No debes conducir con todo lo que te has metido en la sangre. ¿Me oyes, Lucien?

Se sacó una mano del bolsillo.

—Toma, tu cartera, te la habías dejado otra vez en la barra.

Se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Tranquilizados por ese gesto, los curiosos se alejaron, y Gillou levantó al cura del suelo agarrándolo por el cuello de la camisa.

—Ahora, largo de aquí, cura. Hazme el favor de irte a mojar a otro lado. Y como vuelvas por aquí a joder a Nadia, te clavo en una cruz como a quien ya sabes. ¿Te has enterado?

Y, sacando la crucecita metálica de la cartera, la tiró al arroyo.

* * *

Al padre Kern le llevó un buen rato encontrarla. Ya no controlaba ni las manos ni el equilibrio. Se le había nublado la vista. ¿Por qué no se había quedado en su casa? ¿Por qué había querido jugar a los detectives? Los coches le pasaban rozando peligrosamente, entre bocinazos. En la acera de enfrente, tres jóvenes subían en dirección a la Place Blanche. Uno de ellos llevaba una botella de Coca-Cola bajo el brazo y las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de chándal. Llamaron a Kern borracho y payaso, mientras este buscaba su cruz en el arroyo. En la esquina, Gillou, imperturbable, metía una a una las mesas de la terraza en el interior del bar.

El cura encontró por fin su cruz. La apretó con fuerza en la mano mientras se encaminaba a la plaza, apoyándose en las fachadas de los edificios para no desplomarse. Si volvía a caerse, sabía que ya no conseguiría levantarse. Le ardían las articulaciones, y sus piernas no respondían del todo a las órdenes de su cerebro. Tenía todo la pinta de un alcohólico, borracho perdido, pero la única embriaguez que lo corroía en ese interminable vía crucis hacia la Place Blanche era el dolor.

Cruzó el bulevar a ciegas, con los brazos extendidos hacia los coches, bajo los gritos de los neumáticos, las bocinas y los conductores, poniendo un pie detrás de otro en un equilibrio precario, impulsado más por inercia que por su propia voluntad. El mundo estaba compuesto por luces borrosas y multicolores, por voces y ruidos anárquicos que

resonaban dolorosamente en su cabeza y se derramaban dentro de él sin que fuera capaz de imponerles ningún orden. La noche se había convertido en un largo túnel cuyo final no alcanzaba a ver, y pensó: «No controlo nada, no sé nada, me limito a seguir un camino de dolor al final del cual encontraré la luz de la verdad o la oscuridad de la muerte».

Se desplomó sobre un banco vacío del paseo central. ¿Cuántas veces había pasado por ahí en las últimas horas? Ya no era capaz de contarlas. Volvía a verse a sí mismo asomado a una tumba, rodeado de jóvenes vestidos de blanco, pero ya no sabía quién ocupaba el féretro ni si ese recuerdo era de ese mismo día, del día anterior o de su juventud. Se sentía como en una trampa, encerrado en ese eterno ir y venir entre la guarida de la Rue Blanche y el cementerio de Montmartre. Se miró los puños, obstinadamente cerrados. Los neones de los *sex-shops* los teñían de púrpura. ¿O eran las marcas rojizas de la enfermedad, que se tornaban violáceas? ¿Cómo salir de ahí? ¿Cómo volver a su casa? Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta. Ahí estaba su cartera. Eso lo tranquilizó y lo sorprendió a la vez. No recordaba habérsela vuelto a guardar tras el cacheo del camarero de las patillas. Al abrirla constató que no quedaba un solo billete. ¿Cómo coger un taxi? ¿Cómo volver hasta Poissy? ¿Cómo caminar incluso hasta el metro, cuya boca veía ahí mismo, tan cerca? Se quedó donde estaba, sentado en el banco, perdido, con su minúscula cruz apretada en una mano y la cartera en la otra, mirando fijamente la torre del Moulin-Rouge que tenía delante y el movimiento hipnótico de sus aspas luminosas. Volvió a pensar en el despertador Bayard. Esta vez ya no alcanzaba a ordenar las piezas en el desbarajuste inmenso de su memoria.

Los tres jóvenes con los que se había cruzado antes, que, hasta entonces, se habían contentado con observarlo desde un banco próximo mientras bebían por turnos de la botella de Coca-Cola y se pasaban un porro de mano en mano, acabaron por acercarse. Uno de ellos se espatarró a su lado. Más tarde el padre Kern no recordaría el rostro de ninguno, solo el olor del que se sentó a su lado, un olor a whisky y a cuero que emanaba de su cazadora de motorista, una cazadora negra que el joven llevaba puesta a pesar del calor y que tenía unas letras blancas a la altura del corazón. Recordaría ese olor a whisky, distinguiéndolo claramente de ese otro olor, el del vodka, en el que flotaría un poco después, un poco más lejos en su recorrido sin fin por las callejuelas de París y de su purgatorio.

—¿Has bebido demasiado o qué, papi? ¿No te asusta estar aquí tú solo, con la pasta en la mano? ¿No te asustan los ladrones, papi?

¿Cuál de los tres había hablado? No había sido el que estaba a su lado, que seguía en silencio, vaciando, como ausente, la botella de whisky con Coca-Cola. Los otros dos, de pie delante de él, le parecieron de pronto desmesuradamente altos.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que le duele todo.

–¿Qué te duele, papi? Momo, dale una calada.

–¿Qué dices, tronco, tú estás mal o qué?

–Joder, tío, ha dicho que le duele todo. Que le des una calada, coño. Venga, papi, fuma un poco, verás qué bien te sienta.

Le pusieron el cono de papel entre los labios. Lo rechazó una vez. A la segunda, aspiró, y enseguida el olor le recordó el de las celdas del centro de detención preventiva de Poissy. Dio una calada más, y otra y otra. Empezaba a olvidarse de su cuerpo, se alejaba, flotaba en el aire tibio como los aros de humo. El cannabis abría de nuevo las puertas de su memoria, le conducía de vuelta hacia su hermano, al principio de todo, a los primeros años de su caída en picado, antes de las drogas duras, antes de los líos con la policía, antes de la cárcel.

Le quitaron el porro de la boca.

–No te pases, papi, que es de la buena.

–¿Estás mejor, papi?

–¿Necesitas algo?

–¿Quieres un poco para casa, papi? Prescripción del doctor Momo. Si quieres te hago una receta.

Los otros dos se echaron a reír. Kern los imitó sin saber muy bien por qué.

–¿Cuánto llevas encima?

–A ver la pasta. ¿Cuánto tienes, papi?

–¿Cuánto tiene?

–No tiene nada, hostia. Será hijo de puta...

No vio venir el codo enfundado en cuero. No sintió el impacto contra su rostro hasta algo más tarde, cuando ya estaba en el suelo, cuando ya llovían las patadas, y se acurrucaba como mejor podía debajo del banco para tratar de encajar los golpes. Era el de la cazadora negra el que le pegaba. Los otros dos lo miraban, con las manos en los bolsillos del chándal. Sintió un líquido caliente resbalar de su nariz e inundarle la mejilla, la oreja, la nuca y el pelo. Hacía ya unos segundos que sus labios se movían en el vacío, pero nada ni nadie parecía responder a su oración. Bien es cierto que no iba dirigida a Dios sino a su hermano. Por fin oyó gritos, y cesaron los golpes.

Sintió que lo sacaban a rastras de debajo del banco. Instintivamente se protegió la cabeza con los brazos, pero unas manos fuertes los agarraron para apartárselos. Renunció a luchar y se expuso, con los brazos en cruz sobre la acera. ¿Qué habría podido hacer él, un enano de uno cuarenta y ocho de estatura? Aceptaba su destino, aceptaba su cuerpo mártir, aceptaba los golpes, aceptaba incluso la idea de la muerte. Sus músculos se relajaron. Por un momento creyó que le había llegado la hora de reunirse con Dios. Sin embargo transcurrían los segundos, y cada uno duraba una eternidad. Cuando por fin su nariz dejó pasar un hilillo de aire, y pudo respirar de nuevo, vio que algo había cambiado, o mejor dicho lo olió. El olor del whisky había dejado paso al del vodka. Y cuando reabrió los ojos y miró al cielo, vio una cabeza de oso, grande e hirsuta,

que parecía salir directamente de una cueva prehistórica. El oso lo observaba, y el color de su pelaje variaba al ritmo de los rótulos parpadeantes y de los faros que barrían el paseo central del bulevar. Sintió de pronto que lo levantaban en el aire y lo depositaban sobre un edredón de plumas. Se aferró a él como un niño a un enorme peluche, sin embargo solo Dios sabía cuán mal olía ese oso de peluche. Su cuerpo era ingrátido. Se sentía tan ligero como el aire. Seguía sangrando por la nariz. Alzó los ojos al cielo. Por encima de él, las aspas del Moulin-Rouge insistían en su movimiento circular y perezoso, un movimiento que, esa noche, nada parecía capaz de detener.

* * *

Flotaba. Y las calles de París, inmersas en esa agitación de las noches calurosas, desfilaban ante sus párpados entornados. La gente lo miraba pasar extrañada, algunos lo señalaban con el dedo, otros se echaban a reír. Ahora ya se sabía protegido, al amparo bajo un caparazón de mugre y de hedor. Esa noche ya nadie se acercaría a él. Podía por fin descansar. Cerrar los párpados del todo y dejarse acunar. La sangre seca le había formado una fina costra en la mejilla y el cuello. La sentía resquebrajarse con cada movimiento de péndulo de su cuello, con cada cabezada, al ritmo de los pasos que lo llevaban de un distrito a otro pero que no eran los suyos.

Dejó que su alma vagabundeara. Se veía ahora vestido de blanco, solo en el borde de un foso abierto en el que acababan de dejar el cuerpo de su hermano mayor. Tenía diecisiete años, y su hermano muerto acababa de cumplir los veinte. Los enterradores cerraban la tumba del mayor, para siempre, entregándolo a la podredumbre del tiempo, a los gusanos, al polvo, mientras el menor permanecía al borde del precipicio, con una vida entera por vivir y la experiencia del dolor anclada en el fondo de la memoria.

Tres días más tarde había vuelto al cementerio a darle un último adiós a su hermano. Había envejecido treinta años. Se había resecaado. Había recorrido los senderos de grava. Veía las flores ya marchitas de la ceremonia, de la inhumación. Se había acercado más. La lápida no estaba en su sitio, la tumba estaba abierta de par en par, vacía, desierta. Había mirado a su alrededor. Había gritado su nombre. Veía a su hermano mayor alejarse entre las sepulturas. Había corrido tras él. Las tumbas desfilaban, anónimas, frías, lisas. Seguía gritando su nombre. Su hermano mayor se detenía, se volvía, su rostro era el de la adolescencia, intacto, como en tiempos de su amor, de su complicidad, antes de la droga, antes de la adicción. Su hermano mayor le hablaba. Le decía adiós. Lo abrazaba. Le decía que viviera su vida. Le decía que buscara la luz. Le decía que su cuerpecillo albergaba flaquezas pero también mucha fuerza. Se alejaba por fin. Volvía a su foso. Desaparecía para siempre bajo tierra tras una última sonrisa eternamente joven.

¿Soñaba Kern? ¿Hacia qué regiones de la memoria lo conducían el delirio y la fiebre? Ahora franqueaba una verja. Oía chirriar el suelo bajo sus pies. Estaba rodeado de espesos arbustos. Podía por fin tenderse en el suelo. Una manta, un lecho, o algo

parecido. Descansar los miembros doloridos e inertes. Extender los brazos sobre el frescor de la hierba húmeda. Sumirse en la inconsciencia. ¿Dónde estaba? Por encima de él, la silueta negra de Notre-Dame se erguía en la noche, era una gigantesca araña de pesado cuerpo sostenido por arbotantes. Veía el ábside muy cerca. Alargó la mano para intentar tocarlo. Veía una silueta despegarse de él, caminar y rodearlo. Una forma femenina, blanca, pura, de sedosa cabellera. La veía subir los peldaños, nerviosa, recelosa. La veía llamar a la puerta, esperar, impacientarse. La puerta se abría, dejándola escabullirse en el interior, dejando paso en el umbral a otra silueta, más corpulenta, más oscura también, la de un hombre cuyo rostro permanecía en la sombra y que se tomaba el tiempo, antes de cerrar la puerta y desaparecer a su vez, de lanzar una mirada inquieta al exterior.

Acabó por cerrar los ojos. Notaba que se hundía de verdad, pero no conseguía quedarse dormido del todo. La culpa era de esa luz aún lejana, en movimiento, inmaculada, que no dejaba sin embargo de acercarse a él y hacia la que se sentía irresistiblemente atraído.

* * *

Vuelven a ponerse en marcha antes del amanecer. Quieren llegar a la aldea situada en lo alto antes de los primeros rayos del sol. Tienen que rodear la zona lo más rápido posible, en silencio y en la oscuridad. Si no después ya no encontrarán nada. Después será demasiado tarde, una vez que haya amanecido. Así lo ha precisado el sargento durante la noche, y el sargento es un hombre respetado.

Antes de abandonar el arroyo a tramos seco, a la luz de las linternas, llenan las cantimploras en los hilillos turbios que fluyen aquí y allá. Ese día hará calor. Allí el mes de agosto no perdona, y nunca debe faltar el agua. Por eso hay que racionarla. Es lo que el sargento le recuerda al alférez con una frase lapidaria, mientras este merma su reserva bebiendo un trago nada más iniciar el ascenso de la cresta.

Al final del día, una vez terminada la incursión, volverán al campamento base, probablemente en helicóptero, en el peor de los casos en camión, y beberán cerveza caliente hasta saciar su sed, pensando en el día siguiente, en la próxima misión, sin hablar jamás de las misiones pasadas. Beberán hasta que ya no puedan ni levantarse para ir a mear. Así pasará el comando de caza sus horas de descanso.

A mitad de la pendiente hacen una pausa en el momento previsto para comunicar por radio. Les confirman las órdenes. Controlar una aldea en zona prohibida donde parece haberse reanudado la actividad. Controlar las identidades. Hacer limpieza. Hacer que a los lugareños se les quiten las ganas de volver a instalarse allí. Y, quién sabe, quizá recuperar ese aparato de radio que buscan desde hace días, un PRC 10 que perdieron en una escaramuza y que unos quintos les han dicho haber visto dos veces ya, con los prismáticos, a la espalda de un fellagha que huía. Para el sargento se

ha convertido en algo personal. El sargento siente un gran respeto por el material. No le gusta saberlo en manos del enemigo. El joven alférez es consciente de ello, y le encantaría recuperar el aparato y ofrecérselo al sargento como un trofeo, una primera señal de complicidad.

Desde que ha recibido el mando de ese comando de paracaidistas, el alférez se siente calibrado, juzgado, desaprobado a veces por su subalterno. Es la clásica confrontación entre un chusquero que adquirió su experiencia en Indochina y un hijo de buena familia, proveniente de un largo linaje de militares, recién salido de la Academia de Oficiales. El sargento no se ha permitido jamás una crítica. Ni una sola vez. Pero sus silencios son elocuentes. Sus silencios y los aires que adopta de tanto en tanto. Como ese de asco, muy breve y casi imperceptible, que ha puesto antes cuando el alférez le ha ofrecido su cantimplora para que bebiera. Este ya se barrunta que le llevará tiempo hacerse respetar. Tiempo, y también superar con éxito la prueba de mando en esa misión.

Por ahora avanzan todavía unos minutos en una oscuridad casi total. Ya se les han acostumbrado los ojos a la penumbra. Con la suela de las botas comprueban de vez en cuando la solidez de las piedras. Una caída no sería peligrosa, pero haría ruido. En ese paisaje, el más mínimo guijarro que cae rodando se oye a quinientos metros a la redonda. A su espalda se notan ya los primeros albores. Hay que apretar el paso. Alcanzar esa cresta desde la que dominarán parte de la zona montañosa en la que se encuentran. Una vez arriba acordonarán la posición con la ametralladora AA52 y volverán a bajar hacia la derecha, hacia las primeras chozas de adobe de la aldea y el objetivo final de su misión.

Viernes

Nunca antes había percibido hasta ese punto la aurora como un renacer. Quizá porque había dormido al raso, y ese amanecer en la isla de la Cité se le antojaba nuevo y puro. Quizá por la violencia de los acontecimientos de la noche anterior. Quizá porque había temido por su vida y por su integridad física.

Se dejaba acariciar por las sombras y la tímida luz del alba. Sonreía como un tonto, respirando por la boca, para escapar así del hedor inenarrable en el que estaba inmerso y que emanaba del saco de dormir en el que yacía. Todavía no había intentado mover los miembros. Por ahora prefería que siguieran entumecidos y anestesiados por la noche. Sabía que en el momento de levantarse y de volver hacia ese inmenso edificio de piedra que veía al otro lado de la verja verde, su cuerpo le haría pagar los excesos, las imprudencias, los golpes recibidos y quizá incluso los pecados de la noche anterior. Había acariciado los senos de una mujer. Y con los labios había rozado las tiernas extremidades de esos senos.

La plaza estaba desierta. Pronto se abrirían las verjas, y los turistas la invadirían con despreocupada lentitud. Tendría entonces que salir del saco de plumas y volver a su doble vida de sacerdote e investigador. Por ahora disfrutaba de esa curiosa mañana en la que podía remolonear un poco. Estaba ausente del mundo, ausente de sí mismo, y eso lo ayudaba a recuperar fuerzas y a poner algo de orden en sus ideas.

Oyó pasos en la grava. Las hojas del arbusto detrás del cual se ocultaba se agitaron, y la cara hirsuta de Kristof apareció entre dos ramas.

—¿Todo bien todo bien?

—Todo bien, Kristof. Quiero darte las gracias por lo que hiciste anoche.

—¿Anoche?

—Me recogiste del suelo, ¿no? Porque fuiste tú, ¿verdad?

—*Buvar Clichy*, sí, sí...

—¿Qué hacías tan lejos de tu barrio, Kristof?

—¿Barrio?

—¿Qué hacías tú allí?

—*Polska Misja Katolicka*.

—La misión católica polaca, claro. Y ¿regresabas ya a dormir?

—Notre-Dame casa, sí.

—Notre-Dame casa... Me trajiste hasta aquí, ¿verdad? Me trajiste a cuestras como san Cristóbal al Niño Jesús...

—Aquí, sí. Todo bien todo bien.

—Kristof, creo que ayer me salvaste la vida.

–Todo bien todo bien. No problema.

El polaco le alargó al padre Kern un cruasán rancio.

–*Musisz jeść.*

–¿Es para mí?

–*Musisz odzyskać siłę.*

–Gracias, Kristof. Y, tú, ¿tienes algo de comer?

Por toda respuesta, el vagabundo se sacó del bolsillo una lata de cerveza barata, la vació de unos pocos tragos, eructó sonoramente y la arrojó contra la verja que separaba la plaza Juan XXIII del jardín de Notre-Dame. Kern mordió el cruasán. Probablemente Kristof lo habría conseguido en el café de la esquina de la Rue du Cloître, de vez en cuando la dueña le daba bollos del día anterior a cambio de que, durante unas horas, el polaco no pidiera limosna a los turistas instalados en la terraza. Kern tenía hambre. Llegó incluso a comerse las migas que se le habían caído en la camisa manchada de sangre, y eso hizo reír a Kristof. Quizá fuera el mejor cruasán que el sacerdote se había comido en su vida.

–¿Tú encontrado *morderca*?

–No, Kristof, todavía no he encontrado al asesino.

El vagabundo se ensombreció y se encerró en el silencio. Después, como al término de un largo debate consigo mismo, acabó por abrirse la cremallera del chaleco y metió la manaza por la abertura. Sacó una fotografía de colores desvaídos, protegida por un adhesivo transparente que el paso del tiempo había amarilleado en varios sitios. En ella se veía a una niña de diez o doce años, con un vestido blanco de Primera Comunión; de su cuello, grácil y delgado, colgaba una cruz de madera. A su lado, rodeándole los hombros con el brazo, había un hombre rubio vestido con un traje de chaqueta marrón y una corbata de flores, con la raya del pelo cuidadosamente dibujada y una sonrisa ingenua en la cara. Kern tardó unos segundos en reconocer al vagabundo polaco en ese padre algo envarado y torpe que posaba endomingado ante la cámara y cuya sonrisa imprimía a su fisonomía un aire adolescente y –había que decirlo– profundamente feliz. ¿Qué había ocurrido desde el día en que se había tomado esa foto? ¿Qué acontecimiento había podido hacer tropezar a Kristof, precipitándolo en esa caída sin fin que lo había dejado varado detrás de un arbusto de la plaza Juan XXIII del distrito 4 de París? Demasiado bien lo sabía Kern, lo había visto numerosas veces en el transcurso de su sacerdocio. La miseria necesitaba un detonante: una separación, una enfermedad, una tragedia familiar... Un ser humano luchaba mucho tiempo antes de hundirse. Era necesario que la suerte se ensañara contigo y al final te rematara.

Con las yemas de los dedos, amarillas por el tabaco, Kristof acarició la fotografía.

–Mi hijita, Helena.

–¿Dónde está, Kristof?

El polaco observaba al cura sin parecer entender, como ausente del lugar y del tiempo, como ausente de sí mismo. Kern repitió, señalando la foto.

–¿Dónde está Helena ahora?

Kristof hizo un gesto vago en derredor.

–¿Está en París? Kristof, tu hija está en París, ¿es eso? ¿Qué edad tiene ahora? ¿De cuándo es esta foto?

–Yo buscar Helena. Ella marchar Polonia. Ella marchar Cracovia.

–¿Cuándo fue eso, Kristof? ¿Qué edad tenía cuando se marchó? ¿Viniste a buscarla hasta aquí?... ¿Cuándo se marchó de Polonia?

Como un eco a esa última pregunta, Kristof dibujó una fecha en la mezcla de tierra y de grava que le servía de lecho cada noche, una fecha que resumía ella sola la magnitud y la duración de su caída: 1996.

A Kern le costó hacerle la pregunta siguiente. Al mirar al vagabundo, con su chaleco hecho jirones, le parecía conocer ya la respuesta.

–¿Encontraste a tu hija?

Entonces el polaco agarró al cura por el cuello de la camisa manchada de sangre seca, y su respiración se hizo de pronto más afanosa. Clavó su mirada clara en la de Kern, y sus ojos se empañaron. Por fin farfulló para sí unas palabras que repitió dos o tres veces antes de volver a guardarse la fotografía en el bolsillo interior.

–Tú encontrar *morderca*... Tú encontrar *morderca*...

Abrió otra lata de cerveza y la miró con asco antes de bebérsela del tirón. A unos metros de allí, un empleado municipal acababa de abrir el candado de la verja del jardín y empezaba una vaga ronda de inspección. Kristof se ocultó algo mejor detrás de los arbustos. El cura apoyó una mano descarnada en el grueso antebrazo del polaco.

–Lo voy a encontrar, Kristof. Te lo prometo. Por mi fe en la Virgen, te lo prometo.

Era hora de irse. Kern esperó a que el empleado municipal saliera del jardín. Por fin se levantó con esfuerzo, y sus miembros le recordaron que existían. La jornada se anunciaba dolorosa. Tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para ponerse en movimiento. Su cuerpo, lo notaba, estaba extenuado. Se volvió una última vez hacia el arbusto detrás del cual se escondía Kristof, agachado y apático, arrebujado en su chaleco burdeos del que se escapaban las plumas, y esa visión le encogió el corazón.

Se enjuagó la cara en la fuente de la esquina de la explanada con la Rue Arcole. Aún tenía la cabeza impregnada de la sangre reseca de la noche anterior, así que acabó por inclinar la nuca bajo el chorro. Se sacudió como un cachorro, y el frescor del agua le sentó bien. El padre Kern se volvió hacia la fachada de Notre-Dame. Las dos torres se erguían por encima de su cabeza aún empapada, y, por primera vez en su vida, se le antojaron amenazadoras. La puerta de Santa Ana estaba cerrada, todavía no eran las ocho. Tendría que entrar por la verja reservada al personal, la que daba al Sena, bordear la pared sur de la catedral y pasar delante de la rectoría antes de llegar a la puerta de la sacristía. Con un poco de suerte, a esas horas no se cruzaría con nadie antes de haber podido cambiarse. Tenía que quitarse esa ropa manchada y desprenderse del olor a

alcohol de Kristof. Sobre todo, tenía que purificarse de ese momento de extravío en el que, con las manos sobre la piel de una mujer, había estado a punto de olvidarse de todo.

* * *

Recorrió como una sombra el pasillo de la sacristía y fue derecho a su taquilla, en la que, como todos los sacerdotes de la catedral, dejaba sus vestiduras litúrgicas y algunas mudas de ropa. A cada paso notaba cada miembro, cada músculo, cada articulación de su cuerpo. Tenía la impresión de ir dejando tras de sí un rastro grisáceo hecho de hedor y de sentimiento de culpa, que se hacía más denso conforme se iba adentrando en el edificio, y cuya suciedad reflejaba el tenor de sus actos. Y, sin embargo, la piel de esa prostituta cuyo recuerdo conservaba intacto en las palmas de las manos le había parecido tan pura, tan suave, tan blanca...

Mientras se cambiaba de ropa oyó un objeto metálico caer de su bolsillo y rebotar en el suelo. Era su cruz, que había decidido quitarse del ojal la noche anterior y que luego había escondido mucho tiempo en el puño cerrado mientras sobre su cuerpo llovían los golpes. La recogió y la prendió con cuidado de la solapa de la chaqueta limpia que acababa de ponerse. Hizo un fardo con sus ropas manchadas y lo dejó en el fondo de su taquilla para ocultar el hedor.

Se sentó en el cofre de madera, como era su costumbre y, por primera vez desde lo sucedido la víspera, se tomó el tiempo de hacer balance. ¿Qué sabía exactamente? ¿De qué se había enterado? Frente a él había una veintena de estrechas taquillas de madera colocadas en hilera en la pared, cada una a disposición de un sacerdote de la catedral. Una de ellas pertenecía a un cliente habitual de Luna Hamache, estudiante y prostituta que, cuatro días antes, el padre Kern y el sacristán habían encontrado asesinada.

Retrocedió un poco más en el tiempo, hasta el final de la celebración de la Asunción, la víspera del trágico descubrimiento. Se vio a sí mismo en ese mismo pasillo, entre el resto de sacerdotes de Notre-Dame, ocupados todos en deshacerse de sus vestiduras litúrgicas, como se quita un actor el traje de escena una vez que se ha bajado el telón, al término de la función. Esa noche, como después de toda celebración solemne, como después de toda misa que congregara a una multitud importante, la atmósfera había estado compuesta de ingredientes diversos: la tensión del acontecimiento aún reciente en la memoria de todos, el alivio y el cansancio que invadían los cuerpos a medida que los celebrantes iban guardando las estolas en las taquillas, el humor colegial que marcaba la vuelta a cierta rutina. Kern volvió a ver en su cabeza al obispo auxiliar, monseñor Rieux Le Molay, revestido todavía con la vestidura litúrgica, recorrer el pasillo y salir al aire libre por la puerta que daba al Sena, con el móvil pegado a la oreja; vio a Gérard ponerse unos guantes de látex y mojar una esponja en detergente, pues al rector se le había caído el café en una alfombra de la sacristía; se esforzó por recordar cada detalle, cada

palabra susceptible de desvelar una tensión inhabitual en alguno de los curas presentes en ese pasillo. Les pasó revista a todos en su memoria, trató de recordar en qué orden se habían ido marchando, las últimas palabras que habían dicho antes de abandonar el recinto de la catedral; trató incluso de sentir en la palma vacía la dureza o la blandura de cada apretón de manos en el momento de la despedida.

Agotado por el ejercicio, que consideraba desesperadamente estéril, Kern cerró los ojos y soltó un largo suspiro. La misión que se había asignado tenía algo terriblemente contra natura pues lo obligaba, a él, un hombre de Dios, portador de un mensaje de esperanza, a ver el mal en todas partes, incluso en el seno de su Iglesia.

—¿Se ha caído de la cama esta mañana, padre Kern?

Era precisamente Gérard, que volvía del coro tras colocar los objetos litúrgicos para la misa matutina. El sacristán interrumpió su tarea para mirar al enclenque sacerdote.

—Fuera bromas, padre, ¿se ha dado un buen trasto en la cara? Tiene el pómulo magullado.

—Un accidente sin importancia. Prefiero no tener que contarle lo que me pasó anoche, Gérard.

—Otra vez se ha metido en peleas en los bares de Pigalle, ¿eh, padre?

El sacerdote se esforzó por sonreír.

—Sí, usted búrlese.

—El humor es lo único que nos queda, padre.

—No le falta razón. El humor y un poco de fe. Bueno, al menos eso espero.

Gérard desapareció en la sacristía y enseguida volvió a asomarse al pasillo.

—Ahora en serio, padre, se ha equivocado de horario. Acabo de consultar el *planning*, esta mañana no tiene nada previsto antes de la misa de doce. Y, esta tarde, su turno en el confesionario empieza a las dos.

—Pues esperaré. Me dedicaré a rezar. O si no, a ejercitar mi sentido del humor.

—Mejor haría en ir al médico. Entretanto, ¿le apetece un café?

Kern siguió a Gérard hasta la sacristía. Mientras el líquido caía en los vasitos de plástico, oyeron un tintineo de llaves en el pasillo acompañado de unos pasos pesados que identificaron enseguida.

—¡Aquí huele a café!

—Hola, Mourad. Anda, ven a tomarte un cafetito. Está también el padre Kern.

La alta silueta del vigilante apareció en el umbral.

—¡Pero bueno, padre! ¿Es que le dio por jugar al rugby anoche, o qué?

—Buenos días, Mourad. ¿Se encarga usted hoy de la apertura?

—El chiringuito ya está abierto, padre.

Mourad fue a colgar las llaves de la catedral en el clavo de la pared y se reunió con el cura y el sacristán alrededor de la máquina de café. Bebieron un momento en silencio antes de que Kern, que no había apartado los ojos del llavero, volviera a tomar la palabra.

–Esas llaves, Gérard, ¿abren todas las puertas de la catedral?

–Y tanto que abren todas las puertas. Lo menos pesa tres kilos ese llavero.

–¿Incluidas las puertas que solo se utilizan rara vez, o incluso nunca? ¿Incluida, pongamos, la puertecita del ábside que da al jardín trasero?

–Esas llaves abren absolutamente todas las puertas de la catedral, padre, incluidas las de la cripta, el deambulatorio, los sótanos, la azotea y qué sé yo qué más.

–Y ¿el llavero se queda aquí todo el día?

–¿En la sacristía? Sí, claro. A nadie se le ocurriría pasearse con un armatoste así colgado del cinturón.

–¿Se queda aquí todos los días?

–Todos los días de Dios, padre. El vigilante de servicio lo cuelga de ese clavo tras abrir las puertas a las ocho, como acaba de hacer Mourad. Y ahí se queda hasta la hora del cierre, a las ocho de la tarde.

–Y ¿después?

–¿Después? El vigilante le entrega las llaves al conserje, que las conserva en su casa hasta la mañana siguiente. Y así todos los días del año.

–Y ¿las noches que hay proyección? ¿Qué ocurre cuando la catedral vuelve a abrir sus puertas después de las ocho?

–Yo me voy a las ocho, padre. No tengo ni pajolera idea de lo que ocurre después. A esas horas ya estoy cenando en mi casa.

Mourad, que hasta entonces se había contentado con remover el azúcar de su café, tomó el relevo.

–Las noches que hay proyección, padre, las llaves van y vienen una vez más. Se abre la catedral a las nueve y media, y se vuelve a cerrar del todo a las diez y media, cuando ya ha salido todo el mundo, al terminar la película.

–De modo que, durante toda la película, el llavero se queda colgado de su clavo, aquí en la sacristía, y cualquiera puede acceder a él.

–Cualquiera no. Durante la proyección nocturna, toda la parte trasera de la catedral está cerrada: el deambulatorio, el tesoro y la sacristía. Solo la nave queda abierta al público.

–Mourad, le voy a hacer una pregunta muy sencilla: ¿quién tenía acceso a ese llavero durante la proyección de *Alégrate, María* el domingo pasado?

Mourad se tomó el tiempo de pensar.

–¿El domingo pasado? ¿La noche del asesinato de esa chica?

Bebió otro sorbo de café.

–Solo se me ocurre una persona, padre.

–¿Quién?

–Yo.

Kern hizo un gesto de irritación al que Mourad reaccionó enseguida.

–¿Hay algún problema? ¿Es otra vez esa historia de la ronda que supuestamente se me

olvidó hacer, padre?

—No, hombre, no, Mourad.

—Ya verá como no tardan en acusarme de haber matado a la chica de la otra noche.

—Nadie lo va a acusar de nada, Mourad. La justicia ha concluido su investigación. El rector ha renunciado a someterle a una comisión disciplinaria. En cuanto a mí, sé de sobra que es usted inocente.

El vigilante seguía receloso.

—¿Está seguro, padre? ¿No va a empezar usted también a imaginarse qué sé yo qué?

—Estoy seguro, Mourad. Sé que no tiene usted nada que ver en este sórdido asesinato y sé que no ha cometido ninguna falta profesional. Lo sé por una razón muy sencilla.

—¿Y le puedo preguntar qué razón es esa, padre?

Kern vaciló un momento.

—Sé que es usted inocente, Mourad, porque no es sacerdote.

* * *

Gombrowicz se dejaba acunar por el suave murmullo de la celebración. No se había instalado en el coro, donde tenía lugar la misa de ocho, sino en la nave, frente a la Virgen del Pilar. La voz del cura le llegaba desde lejos, con un ligero eco, y los rezos monótonos del puñado de madrugadores reunidos alrededor del oficiante lo envolvían como una nube de algodón. La catedral no podía estar más en calma.

Bostezó y pensó con nostalgia en su cama, que había tenido que abandonar temprano para llegar a Notre-Dame justo a la hora en que abría sus puertas. ¿Qué hacía ahí exactamente? ¿Seguía siendo de su competencia ese caso? Después de todo, sus superiores le habían obligado a cogerse una baja después de la muerte del joven Thibault, ocurrida dos días antes. ¿Con el fin de protegerlo o de mantenerlo alejado? Lo habían interrogado, él había entregado su informe y se había vuelto a casa, impresionado todavía por la caída del ángel rubio, algo perdido, mientras los de asuntos internos retenían a Landard para preguntarle largo y tendido sobre las condiciones en que llevaba a cabo sus interrogatorios.

El día anterior no había podido evitar salir de su casa para asistir al entierro de la virgen de Notre-Dame. Asistir a la ceremonia, observar desde lejos, no mezclarse con nadie, ver quién estaba. Seguir a ese curilla al que parecían interesarle las páginas porno tanto como la Virgen María. Ahora ya no tenía elección, debía obedecer a ese instinto que le había llevado a retomar la investigación allí donde su superior jerárquico, para no mencionar su nombre, la había dejado: el suicidio de un sospechoso y el archivo del caso.

Se abstraigo en la contemplación de la estatua que tenía delante. Su manto era de una blancura dudosa, y el Niño Jesús, que la Virgen llevaba en el brazo izquierdo, mostraba un rostro demasiado adulto, demasiado serio y demasiado rollizo también, que le

resultaba perturbador. Sin embargo, el joven agente no podía evitar encontrar hermosa a María. Fundamentalmente por su rostro, en el que acabó por concentrarse: la boca muy pequeña, la nariz fina, los grandes ojos almendrados y las cejas muy altas le conferían una expresión de ausencia, de melancolía, de dolor también, como si esa Virgen hubiera aspirado a otra cosa, a estar en otro lugar. ¿Qué sería lo que había visto, para apartar así la mirada? ¿Qué era aquello que no se atrevía a confesar y que le pesaba en la conciencia? ¿Qué había hecho alguien en su casa, que no podía confiarle decentemente a un policía?

Salió de su ensimismamiento al oír un carraspeo a su lado. Una mujer de unos setenta años por lo menos se había sentado en la silla contigua a la suya. Lo espiaba a ratos, a hurtadillas, observándolo con unos ojos muy abiertos y angustiados, y luego apartaba de pronto la cabeza, como si sobre ella pesara una peligrosa amenaza que Gombrowicz no alcanzaba a identificar. Llevaba un sombrero de paja roto, en el que había prendido, con imperdibles medio oxidados, un montón de flores rojas de plástico. El policía pensó enseguida que se trataba de una loca. La jornada se anunciaba larga. Se disponía a levantarse para cambiarse de sitio cuando la mujer lo retuvo del brazo. Lo miró intensamente, y luego su rostro se iluminó con una sonrisa desdentada. Entonces, tan rápido como había surgido, la sonrisa desapareció, y la mujer se puso a hablar en un murmullo casi inaudible que duró una eternidad y que ella apenas interrumpió de vez en cuando para tragar saliva y recuperar el aliento. Era obvio que la señora Pipí tenía mucho que contar.

* * *

–Sacristán a vigilante, sacristán a vigilante... Mourad, ¿me oyes?

–Sí, Gérard, te recibo.

–¿Dónde estás?

–En la entrada.

–¿Puedes venir un momento, por favor?

–¿Para qué, Gérard?

–¿Tú sabes poner en marcha las cámaras?

–Repítame lo que has dicho. Es que aquí donde estoy hay mucho ruido.

–Que si tú sabes poner en marcha las cámaras.

–¿Las cámaras? Y ¿para qué, Gérard?

–Es que me lo ha pedido el padre Kern. Le gustaría volver a ver las imágenes de la misa del domingo por la noche. ¿Tú sabes encontrarlas en los ordenadores?

–Dile al padre Kern que voy enseguida. Voy a mandar callar a los chinos que tengo detrás y me reúno con él allí.

Se encontraron en la entrada del deambulatorio y subieron juntos el puñado de escalones que llevaban a la cabina de control. Mourad se instaló a los mandos del

dispositivo y encendió los ordenadores, las pantallas y la consola de montaje, mientras el padre Kern se sentaba a su lado. Desde ese entresuelo situado encima de la sacristía se podían controlar todas las cámaras automáticas repartidas por la nave y transmitir en directo las misas del domingo por la tarde. La de la Asunción no era una excepción, y Mourad, que manejaba el sistema con habilidad, abrió el archivo correspondiente. Maravillado como un niño, el padre Kern lo observaba, sentado en la silla con ruedas, con su silueta canija y raquítica cuyos pies apenas tocaban el suelo.

–Mourad, un día de estos va a tener que explicarme de dónde le viene este virtuosismo en todo lo que se asemeje mínimamente a un ordenador.

–Siempre me ha interesado. Es que no hay que dejarse impresionar por estos aparatos, ¿sabe, padre? Estas máquinas son como juguetes grandes, no hay que tener miedo de trastear con ellas. En el peor de los casos se apaga todo y se vuelve a empezar. A veces echo algún cable aquí y allá si hay que hacer reparaciones urgentes cuando se retransmiten las misas importantes. Las cámaras automáticas pueden bloquearse dentro de las cajas de madera. Yo las desmonto y luego las vuelvo a montar. Miro si hay algo desenchufado. Me gusta mucho todo este rollo. El otro día hasta hice de técnico para la policía. Si pillaron a ese pobre chaval fue gracias a las cámaras.

–Lo sé, Mourad.

–¿Es la misa del domingo por la tarde la que quiere usted ver, padre?

–Sí, eso es.

–Pero en esa misa estaba usted, ¿no?

–Estaba, sí. Pero ni mis ojos ni mi memoria reemplazarán nunca los objetivos de todas esas cámaras repartidas por la nave. Quizá ellas vieron algo que a mí se me pudo haber escapado.

–Dígame una cosa, padre, ¿no se estará usted metiendo a policía?

–¿A policía? Dios mío, no. Simplemente me interesa la justicia. Es como usted con los ordenadores. No hay que tener miedo de trastear un poco. Usted y yo, Mourad, somos tal para cual.

El vigilante había puesto en marcha la larga secuencia difundida en directo cinco días antes por la cadena católica KTO.

–¿Qué busca exactamente, padre?

–Se lo diré cuando lo haya encontrado. Hasta entonces, no tengo ni la menor idea.

En la pantalla, la gran procesión que abría la misa abandonaba la explanada para entrar en la catedral abarrotada de fieles. Los grandes órganos de Notre-Dame tronaban y el coro unía sus voces. En el pasillo central, un grupo de adolescentes que blandían estandartes bordados precedía a la estatua de plata de la Virgen, que llevaban en andas los caballeros del Santo Sepulcro. A continuación seguía la larga cohorte de sacerdotes de Notre-Dame. La procesión llegó al estrado, y los quince clérigos se repartieron por el crucero, al pie de los tres escalones, mientras el obispo auxiliar de París, en ausencia del cardenal-arzobispo, iniciaba ante el altar una letanía de cuatro avemarías. Monseñor

Rieux Le Molay recordó a los soberanos de Francia: «Frente a la estatua de la Pietà encargada por el rey Luis XIII, renovamos el voto que consagra a Francia a la Virgen, voto pronunciado por este mismo rey el 10 de febrero de 1638. Hemos declarado y declaramos ahora que, adoptando a la santísima y gloriosa Virgen como protectora especial de nuestro reino, le consagramos nuestra persona, nuestro estado, nuestra corona y nuestros súbditos, suplicándole que nos inspire una conducta santa y defienda con denuedo al reino del esfuerzo de sus enemigos».

El padre Kern se agitaba nervioso en su silla. A veces las cámaras se desinteresaban del altar para barrer a la multitud extremadamente poblada de fieles. Kern escrutaba la pantalla y rebuscaba de nuevo en sus recuerdos, pensando que, al ver las imágenes, resurgiría alguna sensación furtiva experimentada esa noche durante la misa y que luego se le hubiera quedado grabada en un rincón de la memoria. Pero no resurgía nada, nada que estuviera relacionado con el asesinato que, unas horas más tarde, habría de mancillar la catedral.

En el monitor, el rector monseñor de Bracy se acercó al púlpito a hacer la lectura del Apocalipsis de San Juan. Se hablaba de una mujer que tenía como manto el sol, la luna bajo los pies y, en la cabeza, una corona de doce estrellas, una mujer encinta y torturada por los dolores del parto. Un dragón rojo fuego, con siete cabezas y diez cuernos, trataba de arrebatarle el niño nada más nacer para devorarlo. Pero la mujer conseguía dar a luz por fin y traía al mundo a un varón que habría de ser el pastor de todas las naciones, a las que dirigiría con un cetro de hierro.

Se leyó una epístola de san Pablo a los Corintios, y a continuación el obispo auxiliar subió al atril para leer un fragmento del Evangelio de San Lucas que hablaba de Isabel y de María. Luego llegó la homilía. El prelado animó a sus feligreses a no flaquear en su fervor y a seguir a María en su lucha interior contra el mundo moderno.

El padre Kern estaba cada vez más nervioso. Hacia el final de la homilía, la cámara barrió la multitud, y Mourad señaló una esquina de la pantalla.

–Mire, padre, ahí está. Esa chica de blanco sentada en primera fila, en el lateral, con las piernas cruzadas. ¿La reconoce?

–Es ella, sí. Recuerdo haberme fijado en ella esa noche. Creo que todos, al subir al estrado, debimos de lanzarle una mirada. Recordábamos el incidente de la tarde, claro. Me extrañó verla ahí otra vez, pero luego volví a concentrarme en la misa.

En la pantalla, la misa progresaba despacio hacia el sacramento de la Eucaristía. Los oficiantes se habían congregado alrededor del obispo, a ambos lados del altar de bronce sobre el que habían colocado el cáliz y tantos copones como sacerdotes repartirían la comunión. Monseñor Rieux Le Molay alzó las manos y dijo: «En el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia, oremos a Dios Todopoderoso».

Mourad empezaba a impacientarse. Había asistido a cinco misas en su calidad de vigilante. Esa celebración solemne de la Asunción ya la había vivido también. De hecho, se veía a sí mismo de vez en cuando en las imágenes, de pie en el transepto sur, velando

por mantener el silencio, disuadiendo a los turistas de utilizar el *flash*, con un ojo puesto siempre en el estrado en el caso poco probable de que algún desequilibrado agrediera al prelado que presidía la misa.

Por fin se rompió el círculo de sacerdotes que rodeaba al obispo. Parte de ellos, entre los cuales estaba el padre Kern, se alejó por la nave, llevando cada uno en la mano izquierda un copón lleno de formas para repartir la comunión a los fieles que se apiñaban en el fondo de la catedral, mientras los demás sacerdotes bajaban hasta el primer peldaño del estrado y dejaban que se acercaran los asistentes de las primeras filas. Mourad se vio en la pantalla organizando a los fieles en tantas columnas como oficiantes había disponibles. Monseñor Rieux Le Molay se había colocado en el centro de la hilera, con cuatro celebrantes a la izquierda y cinco a la derecha, entre ellos el rector monseñor de Bracy. Ya habían empezado a repartir la comunión. Cada oficiante levantaba la hostia y luego se la presentaba al comulgante. El padre Kern adivinaba en los labios de sus compañeros estas palabras, que él mismo había pronunciado tantas veces en su vida: «El cuerpo de Cristo... El cuerpo de Cristo... El cuerpo de Cristo...».

Las cámaras filmaban el sacramento desde todos los planos, desde lejos y desde más cerca, de perfil y de frente. Las hileras de sillas se vaciaban progresivamente y volvían a ocuparse al ritmo del paso de los fieles ante el estrado.

–La chica no parece querer acercarse a comulgar, padre.

–En efecto, Mourad, todavía no se ha levantado.

Las columnas de fieles se dislocaban ya. En algunos planos se entreveía a los sacerdotes que habían ido al fondo de la catedral volver hacia el coro. La misa estaba a punto de concluir. Por fin la muchacha se levantó, con su atuendo blanco que parecía atraer la luz, y recorrió los pocos pasos que la separaban de los escalones. Los planos se sucedían velozmente, y Kern temió de pronto que, en el momento fatídico, se prefiriera una cámara periférica que, en el peor de los casos, enfocaría la Pietà, la vidriera norte o el gran órgano de la catedral.

–Espero que podamos verla comulgar. Según usted, Mourad, ¿qué sacerdote elegirá?

Milagrosamente, el plano de los últimos comulgantes se prolongaba. Kern se sentó en el borde de la silla. Desde donde estaba, los rostros en la pantalla parecían hechos de píxeles ocres y rosa. La muchacha vestida de blanco hizo su elección y se presentó al pie del estrado. Sus labios se movieron, y a continuación los del sacerdote que tenía ante sí. Y entonces este le puso la hostia en la punta de la lengua.

Kern volvió a arrellanarse en su silla y, por primera vez desde hacía casi una hora, apartó la mirada del monitor. Llevó la mano al brazo del vigilante y no habló hasta que hubo transcurrido un silencio bastante largo.

–Se lo agradezco mucho, Mourad. Gracias por su tiempo.

–¿No quiere ver el final, padre?

–Ya puede apagar la máquina, Mourad. He visto lo que tenía que ver.

* * *

El mulo los observa entrar en la aldea con indiferencia, como hastiado, acostumbrado a la presencia recurrente de hombres armados con uniforme de camuflaje que se comunican mediante gestos o susurros. Avanzan entre las paredes de adobe, prudentes, alerta, blandiendo sus ametralladoras. Asoman la cabeza en las chozas, inspeccionan el interior, el cañón de su arma sigue con precisión el movimiento de sus ojos, como si, más que una prolongación metálica de sus brazos, se hubiera convertido en parte integrante de su cuerpo. Por ahora solo han inspeccionado cabañas totalmente vacías, sin muebles, comida, ropa ni gente. Por ahora no han encontrado un alma en la aldea, salvo el mulo del principio.

El sargento lo ha cogido de la brida y va tirando de él. En un primer momento, el animal se negaba a avanzar al no reconocer a su dueño, oponiéndole al suboficial, que quiere llevarlo hacia la parte baja de la aldea, la testarudez y la desconfianza propias de su raza. Por eso el sargento ha tenido que acariciarle el cuello para que el animal se decidiera a seguirlo con sus andares pesados y sin ritmo. Como las armas y el material, el sargento, que proviene de una familia de ganaderos, también respeta, hasta puede que ame, a los animales.

Este marcha ahora en cabeza de sus hombres, con el mulo a su izquierda y el alférez a su derecha, cual emperador de pacotilla adentrándose en terreno conquistado en busca de un primer súbdito al que someter. Al dejar atrás la sexta choza, en un punto en el que el camino sigue una ligera hondonada, se topan con un viejo sentado en cuclillas, algo apartado, a la sombra de un muro, buscando protegerse del sol aunque el disco de luz se encuentre aún bajo en el horizonte. El sargento indica al grupo que se detenga, observa al viejo entornando los párpados y envía a cuatro soldados a inspeccionar las dos últimas chozas.

El sargento avanza hacia el anciano y, cuando este se levanta al ver acercarse al militar, le pone la brida en la mano.

—¿Es tuya esta mula?

El viejo parece no comprender. El sargento se vuelve hacia uno de los harkis, que traduce enseguida sus palabras. El viejo tarda en contestar pero al fin asiente.

—La mula es tuya.

El viejo asiente con la cabeza para confirmarlo.

—Y la chica que está ahí dentro, ¿también es tuya? ¿Quién es? ¿Tu hija? ¿Tu nieta?

El alférez sigue con la mirada el gesto que acaba de hacer el sargento para señalar la choza más próxima. Conforme transcurren los minutos, el sol se vuelve más cegador. Baña las paredes de adobe con una luz dorada, sumiendo por contraste en la penumbra el interior de las chozas. El alférez recorre la distancia que lo separa de la abertura y dirige la mirada al interior, dejando que se le acostumbren los ojos a la oscuridad. Distingue los contornos de un vestido blanco estampado, de flores quizá, dos pies

desnudos sobre el suelo de tierra, una cabellera oculta bajo un pañuelo atado en la frente que se recogen en la nuca y del que se escapan algunos mechones negros. La chica está agachada, con el rostro levantado hacia la silueta del oficial que se recorta en el umbral. Sus manos descansan sobre una fuente colocada en el suelo. Aún tiene los dedos impregnados de la pasta de sémola que acaba de amasar. La pequeña habitación sin ventanas huele a aceite de oliva y a sudor.

¿Cómo ha podido verla el sargento? Hace un momento, mientras se acercaba al viejo, apenas ha echado una ojeada a la casa, por encima del cuello de la mula.

—¿Cocina bien tu nieta? ¿Prepara bien las tortas? ¿Prepara bien el arhlum? ¿Las prepara para todos los hombres?

El viejo asiente.

—¿Sois de aquí los dos? ¿Sois de la aldea? ¿Esta es tu casa? ¿Esta es tu casa, abuelo?

El viejo asiente.

—¿Sabes que esta aldea es zona prohibida? ¿Sabes que no tienes derecho a estar aquí? Esta es zona prohibida, ¿lo sabes? Tenéis que volver al campamento de reagrupación, ¿lo entiendes?

El viejo asiente.

—Bueno, no importa. Tienes cara de buena persona, abuelo. Y tienes una buena mula. Tienes una buena mula, ¿eh, abuelo? ¿Trabaja bien tu mula?

El viejo vuelve a asentir.

—¿Carga bien?... ¿Qué ha cargado últimamente esta buena mula? Por ejemplo esta noche, sí, eso, esta noche, ¿qué ha cargado esta noche esta mula?

El viejo no dice nada.

—¿No habrá cargado sacos de comida, por casualidad? ¿Eh, abuelo? Y puede que una o dos cajas de municiones también, ¿no?

Los cuatro soldados que el sargento ha mandado antes hacia la parte baja de la aldea han vuelto ya. No han encontrado nada en esas chozas.

—Porque ya sabes, abuelo, las mulas sirven para cargar cosas. Y a mí me gustaría saber qué coño hacéis aquí tu mula, tu nieta y tú, aparte de abastecer a los fellaghas.

El viejo calla. La piel de su cara se ha tornado de un color terroso. Allí, junto a la choza, el alférez acaba de encender un cigarrillo. Le da una calada y luego deja que se consuma en el aire, con una actitud típica suya, sujetando el cilindro de tabaco entre el pulgar y el índice, con la muñeca apoyada en la culata de la pistola automática MAC50 que lleva a la cintura. Su mirada se pierde en la lejanía. Desde donde se encuentra alcanza a ver salir el sol sobre una parte de esas cimas montañosas. La luz del día reaviva los colores. También respira los primeros olores, hasta entonces neutralizados por el frío nocturno.

No ve lo que hace el sargento, no le ve cambiar de dirección el cañón de su arma. No vuelve los ojos a la aldea, al viejo y al comando de caza hasta que suena el

disparo. La detonación desgarrar de pronto el aire, y su eco resuena en las pendientes de alrededor. Lo que tarda en volver la cabeza, ya la mula se desploma en el suelo. Las patas delanteras han sido las primeras en ceder. Por espacio de un breve instante el animal parece rezar, estúpidamente, implorando de rodillas un golpe de gracia que no llega. Luego le empiezan a temblar las patas traseras y se hunden bajo su peso. Entonces, despacio, casi a cámara lenta, el gran cuerpo rueda sobre la panza y cae hacia un lado. Unos espasmos agitan sus cascotes, y por fin la mula se queda del todo inmóvil.

El viejo no se ha movido, mantiene los ojos fijos en las botas del sargento. Las observa con curiosa intensidad, como si se interrogara sobre ellas, visiblemente incapaz de apartar la mirada del cuero negro que, pese a avanzar toda la noche por terrenos escarpados, pese a caminar por los arroyos, pese al polvo acumulado, parece reluciente, como antes de la revista.

El alférez se ha apartado de la choza en la que estaba apoyado. Vuelve a bajar para acercarse al sargento, tira el cigarrillo al suelo y trata de ordenar sus ideas antes de hablar, para mostrar autoridad. Le cuesta reconocer esa voz que se escapa de su boca, curiosamente aguda, como si no fuera suya. Su cuerpo se le antoja de pronto demasiado grande, entumecido, torpe como el de un adolescente.

—Sargento, ¿de verdad era necesario?

El sargento no se molesta siquiera en volverse hacia su superior. Más bien parece buscar la mirada del viejo cabila, que insiste sin embargo en mirarle las botas.

—Es hora de pasar de la teoría a la práctica, mi alférez. Tómeselo como un cursillo de formación acelerada. Algo que seguramente no aprendió en la Academia de Oficiales. Le animo a abrir bien los ojos, a recordarlo todo bien, y sobre todo le pido que me deje actuar a mí. ¿Lo entiende, alférez? Le ofrezco una ocasión única de aprender a hacer la guerra.

Entonces, con un simple gesto de la barbilla, envía a sus diez paracaidistas al interior de la choza, allí donde aún se encuentra la nieta del anciano, agachada sobre el suelo de tierra, con su vestido blanco de flores.

* * *

Las doce. Le tocaba a él decir misa. Y apenas sabía por dónde empezar. Antes tenía que revestirse, claro, con la ayuda de Gérard. Ponerse la estola de algodón verde con bordados de oro, cerrar la puerta del armario, recorrer el pasillo de la sacristía, franquear la pesada puerta de madera del deambulatorio, abrirse paso a través de la cortina de turistas que dan vueltas sin fin sobre el suelo de baldosas blancas y negras de la catedral, como automóviles en un circuito, llegar hasta el estrado, inclinarse ante el altar, esperar a que dejara de sonar el órgano del coro, volverse hacia el grupo escaso de fieles sentados en las sillas de las primeras filas —entre semana la misa de doce nunca congregaba mucho

público—, santiguarse y decir por fin, con la cabeza llena de dudas, de miedo y de rabia: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Hizo los gestos sagrados. Leyó el Evangelio. Dio la Eucaristía. ¿Qué sentido tenía todo eso, qué era sino una gran mascarada de la que él también formaba parte, ahora que sabía, ahora que estaba enterado? Y ¿qué debía hacer? ¿Con quién podía sincerarse? Con Dios, por supuesto, cuya presencia se esforzaba por sentir en el fondo de sí mismo y en la catedral. Quizá nunca antes había sentido tanto la lucha interior entre... ¿entre qué, exactamente? ¿Se trataba del bien contra el mal? ¿La justicia contra la mentira? ¿Qué había que hacer, o decir, para servir a la verdad y para servir al Señor? Si hablaba, si le confiaba a quien fuera el secreto de contornos aún borrosos del que era ya dueño, sus palabras tendrían consecuencias imprevisibles, peligrosas, terriblemente destructoras. ¿No era mejor callar? ¿Obrar por fin al unísono de esa gigantesca iglesia que, apenas cinco días después de un sórdido asesinato perpetrado entre sus paredes, había vuelto a sumirse como si nada en la rutina de sus costumbres, el jaleo de los turistas, el olor del incienso y el murmullo de las oraciones?

La misa concluía ya. La había recorrido de principio a fin, ausente, transparente, con la cabeza en otra parte. Como cada vez, se volvió hacia el pilar que sostenía la imagen de la Virgen Blanca y entonó la *Salve Regina*, acompañado por el órgano del coro. ¿Qué ocurrió en su interior, mientras observaba el rostro admirablemente puro de esa madona de piedra? El padre Kern nunca supo decirlo del todo, ni explicárselo a sí mismo, ni esa noche ni más tarde. Comprendió simplemente, lo que duró la oración, que la lucha se había desplazado fuera de él, fuera de su cuerpo. Comprendió que, en el fondo, no cargaba él solo con ese terrible secreto, y enseguida se sintió libre de actuar.

Resonaba aún la última nota cuando abandonó el estrado, pasando por el camino más corto, el del coro, y se adentró en el pasillo de la sacristía. Al final de ese pasillo, colgado de la pared, estaba el anticuado teléfono, y cogió el auricular. Revestido aún con sus vestiduras litúrgicas, el padre Kern marcó el número que se sabía de memoria por haberlo marcado múltiples veces menos de cuarenta y ocho horas antes. Oyó el tono. Al otro lado del hilo sonaba el teléfono. Justo al lado, en la sacristía que olía a cera, Gérard vaciaba el incensario con las cenizas aún tibias de la misa. El sacristán oyó al sacerdote hablar en voz baja en el pasillo.

—Soy el padre Kern. Tenemos que vernos. Es muy urgente... No, no se lo puedo decir por teléfono, aquí no. ¿Puede venir a Notre-Dame?... ¿Cuándo?... Dese prisa, yo espero aquí.

* * *

Era como vivir en una habitación acolchada cuyo revestimiento se hubiera vuelto más grueso conforme pasaban los días, los meses, los años. Pese a los gritos habituales en los pasillos. Pese a los clamores que se elevaban desde los dos patios de paseo hasta la

ventana de barrotes de hormigón irrompible. Pese al sonido de los televisores que difundían día y noche películas porno o de acción. Pese al ruido, cada mañana entre las diez y las once, de los puñetazos en el cuero del saco colgado del techo de la sala de boxeo, un ruido sordo que, cada vez que empezaba, sentaba bien al cuerpo y a la mente. Pese a todos los ruidos incesantes de la cárcel, el silencio en la cabeza de Djibril era cada vez más ensordecedor.

La última conversación de verdad que había mantenido había sido el día anterior, con ese curilla convertido en investigador que confundía su fe con su incorregible necesidad de justicia. Se había pasado toda la noche pensando en eso, en esa chica asesinada rodeada de misterio, dando mil vueltas a todos los elementos del expediente que el padre Kern le había dejado leer. Lo que dura una noche se había evadido, escapando al ritmo inmutable de las rondas de los vigilantes que, cada hora y media, avanzaban por el pasillo y recorrían la mirilla de la puerta blindada en el marco del dispositivo antisuicidio.

En sí no era gran cosa. Un suceso con el que él nada tenía que ver. Algo en qué pensar mientras se lavaba los dientes por la noche. Sin embargo, toda esa historia había representado para él, durante unas horas, un vínculo con el exterior. El único que le quedaba. Hacía mucho tiempo que ya nadie iba a verlo al locutorio de la penitenciaría central de Poissy.

Los consejos que le había pedido el curilla habían abierto una brecha en mitad de los muros de la cárcel. El inmutable paso del tiempo había sufrido una sacudida, un accidente. Y ese accidente había suscitado –no se atrevía a confesarse a sí mismo la palabrauna esperanza. Ahora quería saber. ¿Había encontrado el curilla la clave del caso? ¿Había sacado de entre las sombras esa verdad que tan importante era para él?

Sentado en la cama, Djibril cogió el mando del televisor que alquilaba a la administración penitenciaria por veintinueve euros al mes. Zapeó de canal en canal, de un informativo a otro. No había novedades. Dos alpinistas perdidos en el Mont Blanc se habían salvado gracias a su teléfono móvil. En la sección de Deportes, el Olympique de Marsella había fichado a un nuevo jugador. El pronóstico meteorológico en las playas: sol el sábado y lluvia el domingo. Del crimen de Notre-Dame no se hablaba en ninguna parte.

Apagó el televisor y se levantó para pulsar el botón del hervidor. Una hora más tarde seguía en la cama, sujetando en la palma de su manaza el vaso lleno del líquido marrón que ya se había quedado frío. Removió la cuchara en el café. La escurrió en el borde del vaso. Se la llevó a la boca, entre la lengua y el paladar. Pensó: «Este café ha perdido fuerza, este café ya no sabe a nada». Entonces, despacio, se metió la cuchara en la garganta, introduciendo los dedos entre los dientes para empujar la barra metálica hacia abajo. Sintió la cuchara bajar por su laringe, que se contrajo por el dolor. Rodó a los pies de la cama, con el cuerpo animado por violentas sacudidas. Se agarró a la pata de la cama para no moverse y no hacer mucho ruido. Empezaba ya a faltarle el aire en los pulmones.

* * *

Mientras esperaba se refugió en la pecera, con la puerta cerrada. Pero la hilera de sillas al otro lado del confesionario de cristal no tardó en llenarse de candidatos a la absolución. Una hora. Era el tiempo que tendría que esperar antes de poder confiar su terrible duda, antes de hacer a media voz esa confidencia que, por supuesto, no lo liberaría de nada, pero Kern pensaba que contribuiría al bien. Consultó su reloj. En lugar de estar sin hacer nada, lo cual al final terminaría por llamar la atención, antes de confesarse él mismo decidió confesar a los demás. Ganas le dieron de reírse de esos pecados de pacotilla, tan irrisorios comparados con lo que él se disponía a contar. Esa falta, que no era suya pero que debía llevar en su interior, habría bastado para ennegrecer la catedral entera.

Por fin, tras dar tres veces la absolución, a través del cristal lo vio avanzar entre los turistas y pasar por delante de los fieles que esperaban su turno para descargarse de sus faltas. Caminaba con un paso algo más pesado, algo más cansado que de costumbre, pero no vaciló en el momento de abrir la puerta de cristal que lo separaba del pequeño confesor. Se sentó frente a este, sacó un paquete nuevo de cigarrillos, rasgó el celofán, encendió uno sin pronunciar palabra mientras los músculos del padre Kern se tensaban, se tomó el tiempo de fumárselo, al menos hasta la mitad, mientras contemplaba las vidrieras hacia las cuales se elevaba el humo, y luego lo apagó aplastándolo sobre la mesa de madera en la que había, como cada vez que el padre Kern estaba de turno en el confesionario, una biblia y dos diccionarios.

—Ha estado usted investigando por su cuenta, ¿verdad, François?

—Así es, monseñor. ¿Quién se lo ha dicho?

El rector bajó los ojos y se miró el dorso de las manos. Luego se sacó de debajo de la chaqueta una radio de un modelo similar a la que llevaban a la cintura Gérard, Mourad y todos los demás vigilantes, y la dejó sobre la mesa.

—La catedral tiene ojos, François; ve a través de su red de cámaras automáticas que filman los oficios. Pero también tiene oídos. Tengo desde siempre en la rectoría un walkie-talkie de estos. La gente no lo sabe. Oigo las conversaciones y sé todo lo que ocurre aquí. En general son comunicaciones de dudoso interés. Un vigilante llama a otro para avisarle de que va a pasar una chica bonita. Un sacristán advierte de una máquina estropeada, del cartel de un concierto cuya fecha ya ha pasado. Todo ello es de una tristeza y de una monotonía que dan ganas de llorar. Pero hace un momento he oído por este aparato una petición cuando menos inhabitual, una petición de la que informaba el sacristán de servicio: un sacerdote pedía a un vigilante que le mostrara el funcionamiento de las cámaras... Entonces lo he entendido. He entendido que quería usted rebuscar en la grabación de la misa, la del domingo de la Asunción. Y he sabido que usted, François, vería lo que nadie entre los miles de fieles presentes esa noche vio.

La radio crepitó. Se oyó la voz de Gérard, precisamente, que llamaba a Mourad por

un problema con una máquina expendedora de medallas que se había bloqueado. El rector frunció el ceño.

–Va a haber que decidirse a arreglar esas máquinas. ¿Quién sabe cuánto nos costará? Esas malditas máquinas están en las últimas ya.

Monseñor de Bracy giró el botón del walkie-talkie. Las voces disminuyeron de volumen hasta que cesaron por completo.

–Creo que ahora ya podemos apagarlo. No lo necesitaremos durante un rato.

El anciano se quedó callado, a semejanza de la radio que acababa de apagar.

–¿Escuchará mi confesión, François? De un viejo sacerdote a otro. Y también, espero, de un amigo a otro. ¿Cuántos años hace ya que nos vemos cada verano? ¿Escuchará lo que tengo que decirle?

El padre Kern asintió con un gesto de cabeza. Monseñor soltó un largo suspiro, como si le agotara de antemano la confesión que se disponía a hacer.

–Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante vosotros, hermanos, que he pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión...

Pareció a punto de continuar, pero en el último momento vaciló.

–¿Qué sabe exactamente, François? ¿Qué ha descubierto usted exactamente?

Kern puso la mano en la biblia y se tomó el tiempo de acariciar el lomo con el pulgar. Se lo había imaginado al verlo entrar en el confesionario, las confidencias del rector solo serían espontáneas en apariencia. El prelado, que se encontraba en una situación desesperada, estaba ahí para sondear al pequeño sacerdote y descubrir lo que sabía. Por su lado, el padre Kern era consciente de que al puzzle que se esforzaba por recomponer le faltaban aún muchas piezas. Empezaba así un duelo entre los dos religiosos. A ver quién se confesaba primero.

–Sé, monseñor, que habló usted con Luna Hamache el domingo pasado durante la misa. Le dijo algo al pie del estrado, con el copón en la mano, y también sé que esas palabras que salieron de su boca no eran «el cuerpo de Cristo». Ella le contestó antes de tomar la hostia entre los labios, y tampoco fue para decir «amén».

–¿Ha visto eso en el vídeo de la KTO?

–Así es, monseñor.

–Cambiamos unas palabras, no me importa reconocerlo. ¿Acaso no tenía derecho a preguntar por su salud? Esa chica había sido agredida por un iluminado dos horas antes. ¿No era acaso mi deber...?

–No es cierto, monseñor. Le habló usted para citarse con ella en algún lugar.

Los ojos del rector se agitaron, como si buscara en el fondo de sí mismo una escapatoria.

–¿Cómo? Y ¿usted qué sabe?

Kern vaciló brevemente al pensar en la noche anterior, en el pecado carnal que había cometido, el alto precio que había tenido que pagar para obtener esos retazos de información con los que no sabía qué hacer exactamente. Pensó en la piel de Nadia, en

su perfume, en las lágrimas que había derramado sobre su cuerpo. ¿Quién era él para juzgar a ese otro sacerdote que tenía delante? ¿Quién era él frente a ese anciano que había ofrecido su vida entera a Dios y a la Iglesia? ¿No había cedido él también, en cierta forma, a la tentación de un cuerpo de mujer? Entonces pensó en Luna. Volvió a ver su cadáver tendido en el suelo de la catedral. Pensó en el entierro de la joven, en su ataúd depositado en el fondo de la sepultura, en la mirada perdida de su padre, y enseguida volvió a sumir los ojos en los del rector.

—Luna Hamache no era solo una simple estudiante. Era también una prostituta ocasional que recibía a sus clientes de edad madura en un apartamento de la Rue Blanche, un estudio que le prestaba una compañera de universidad, ella también prostituta ocasional. Usted era uno de sus clientes habituales, monseñor.

Bracy se había quedado petrificado en su silla.

—¿Yo? Es absurdo. ¿Quién le ha dicho eso?...

—Nadia, su amiga, su cómplice, me lo contó todo anoche. Lo repetiré a quien se lo pregunte, incluso en los tribunales.

Siguió un largo silencio, y Kern sintió de pronto que tenía delante un despertador oxidado que ya no funcionaba. No había más que desmontarlo del todo, y, para conseguirlo, estaba dispuesto a mentir de nuevo si era necesario.

—¿No es hora ya de que se sincere con Dios, monseñor? ¿De que le confiese sus faltas, sus dudas, sus temores?

Ahora el rector parecía terriblemente viejo. Era como si las arrugas que tenía alrededor de los ojos se hubieran convertido en profundos surcos, y le temblaban ligeramente los labios. Hasta su cuerpo, de porte muy digno, muy erguido, casi militar, parecía desmoronarse a medida que pasaba el tiempo.

—He pecado gravemente, François, lo reconozco. He cedido a mis pulsiones al ir a ver a esa muchacha, es cierto. Da la casualidad que Luna correspondía a mis fantasías más profundas, más ocultas, más reprimidas también. Con la edad he sentido que perdía el combate interior contra los vicios de la carne y contra la lujuria, el combate de toda una vida.

—¿Qué hacía Luna Hamache en la catedral el domingo?

—Chantaje, François, chantaje. No hay otra palabra. Hace diez días, cometí la estupidez de conceder una entrevista. Fue el día de ese escandaloso ataque de los extremistas homosexuales contra las palabras del Santo Padre. ¿Se acuerda, François? Habían intentado colgar una pancarta en plena misa. ¿Lo recuerda ahora? Naturalmente, tenían la complicidad de las cámaras de televisión, su objetivo era hacerse publicidad. En resumen, que tuve que intervenir, tuve que aparecer en los medios de comunicación para dar testimonio y ofrecer nuestra versión de los hechos. En qué mala hora. El reportaje salió en el informativo de la noche. Se me vio menos de diez segundos en antena, con mi nombre y mi cargo escritos abajo en la pantalla, pero fue suficiente. El mal estaba hecho.

—¿Qué mal, monseñor?

–La muchacha, François, la muchacha me vio en televisión. Por supuesto yo no le había dicho nada de mi identidad. De hecho, ella nunca me había preguntado nada. Para ella yo era algo así como un abuelo, un jubilado más, como seguramente habría otros entre sus clientes. Al día siguiente de salir en el informativo, la vi en la catedral, temprano por la mañana, sentada delante de la Virgen del Pilar. Me esperaba para exigirme una gran suma. Necesitaba dinero. Quería dejar la prostitución. Me amenazaba con revelarlo todo, con contárselo todo a la prensa. ¿Se imagina el escándalo para la catedral?

–¿Qué le dijo usted?

–Estaba muy asustado. La mandé a su casa diciéndole que no volviera a importunarme. Le dije que no tenía ninguna prueba. La amenacé con avisar a la policía.

–Y ¿qué contestó ella?

–Nada. Me miró y se marchó. Estuve atento por si regresaba al día siguiente, y al otro, pero no volvió más.

–Hasta el domingo pasado.

–Había acabado por convencerme de que la muchacha había renunciado a su chantaje. Cuando la vi ese día caminar a un lado de la procesión, vestida de manera tan llamativa, tan provocadora, comprendí que estaba dispuesta a todo. Que, más tarde o más temprano, cumpliría sus amenazas. Estaba usted presente, usted también la vio.

–Todo el mundo la vio, monseñor.

–Estamos de acuerdo. No había venido para honrar a la Virgen. Estaba ahí por mí. Para chantajearme. Para perjudicarme y, a través de mí, para perjudicar a la catedral. Le pedí a Mourad que la apartara del cortejo, pero no le dio tiempo.

–En cierto modo, el joven Thibault se encargó por usted, ¿verdad?

–Vi en ello como una señal. Parecía un ángel, ¿lo entiende?, tan puro, tan pálido, tan rubio. Le oí hablar con esa muchacha, decirle que siguiera el ejemplo de la Virgen y recuperara su virginidad. Le vi agarrarla del pelo, abofetearla, y pensé: gracias, María, no me has abandonado.

–Sin embargo Luna volvió a la misa de la tarde.

–Y estaba ahí en primera fila, sí. Con las piernas cruzadas tan alto, de manera tan provocadora. No me diga que no se fijó en ella usted también. Todos los sacerdotes que estaban en el estrado la miraron y la remiraron. Lo hicieron todos en un momento u otro de la misa. Ella no apartó los ojos de mí en toda la celebración. Llevó su perversidad hasta acercarse a comulgar, ella, la ramera. Ella, ante mí y ante el Señor. Y, al ver mi turbación, no pudo evitar sonreír. Entonces lo supe. Comprendí que tenía que actuar.

–¿Actuar, monseñor?

–Es cierto, François, tiene razón en lo que dice. Fue entonces cuando me cité con ella, en el momento de la comunión. Le dije que tenía su dinero, que quería entregárselo con total discreción, más tarde ese mismo día. Le dije la combinación que abre la verja de la Rue du Cloître. Y entonces...

–¿Entonces?...

—Y entonces le di la Eucaristía. Le puse la hostia en la boca. Le rocé los labios con los dedos. Sentí su perfume. Le miré el cuello. Y ya está, François, no hay más.

Monseñor de Bracy bajó la cabeza y calló.

—Sí, monseñor, sí que hay más. También tiene que confesar lo que pasó después, lo que ocurrió dos horas más tarde.

El anciano parecía rebuscar en su memoria, como si no comprendiera exactamente a qué se refería el padre Kern.

—Esperó al final de la misa, monseñor, al cierre de la catedral, a que se marchara el obispo auxiliar, a que se marcharan los demás sacerdotes y el sacristán. Después la catedral volvió a abrir sus puertas, y empezó la proyección de la película. Pero todo el fondo de la catedral permanecía cerrado al público. Tenía usted libertad de acción. Cogió el llavero de la sacristía y fue hasta la puertecita que da al jardín, detrás del ábside. Luna se presentó allí a la hora convenida, ¿verdad?

—Hacia las diez, sí. La conduje a la sala del tesoro. Tras la misa, habían devuelto la imagen de plata de María a su lugar. Habían cerrado con llave las puertas, y yo sabía que el vigilante no pasaría por allí durante su ronda nocturna. Nadie nos molestaría.

—Y ¿entonces? ¿Qué ocurrió?

—Un drama. Un siniestro accidente.

—Explíquese.

—Le dije que no tenía el dinero. Que tendría que esperar dos o tres días más. Improvisaba sobre la marcha, como se puede imaginar. No sabía adónde iba. Ella empezó a amenazarme, intentó golpearme y se puso a gritar. Señor, François, le suplico que me crea, simplemente intenté acallarla. Al otro lado de la pantalla, en la nave de la catedral, había miles de espectadores. Le tapé la boca con las manos, pero ella se debatía como una loca, tenía el diablo en el cuerpo. Entonces apreté un poco más fuerte para hacerla callar, y un poco más fuerte aún, hasta que cayó a mis pies, inanimada. Creí morir. Ya no podía respirar. La había matado, ¿entiende?, pero ¿quién creería que había sido un accidente?

—En efecto, ¿quién lo creería?

—Hui. Era presa del pánico. La dejé ahí, en la sala del tesoro, al pie de la imagen de plata de la Virgen María. Volví a mis apartamentos, en la rectoría. Lloré. Largo rato. Recé al Señor. Largo rato también. Hasta muy avanzada la noche. Traté de poner orden en mis ideas. ¿Debía denunciarme? ¿Confesar el terrible accidente del que esa muchacha, después de todo, era en parte responsable? Qué escándalo para la catedral... Imagínese, François, habría supuesto la victoria de los enemigos de la fe. Un golpe terrible para Notre-Dame. ¿Lo entiende, François?

—Lo entiendo perfectamente, monseñor.

—No estoy muy orgulloso de lo que hice después. Volví a pensar en el incidente de la tarde. Volví a pensar en el ángel rubio, en lo que le había gritado a la muchacha a la cara sobre la Virgen y la virginidad. Entonces, en mitad de la noche, volví a bajar. Pasé sin

hacer ruido por el chiscón del conserje. Le oí roncar. Cogí el llavero. Abandoné la rectoría y volví a la sala del tesoro. La muchacha seguía allí, no se había movido. Evidentemente, no había manera de deshacerse del cadáver fuera de la catedral. En pleno verano, en las orillas del Sena, en la explanada y por todas partes alrededor de la catedral siempre hay jóvenes que se pasan la noche charlando, escuchando esa maldita música y tocando la guitarra hasta el amanecer. No hay manera de pegar ojo, nunca. Mi única posibilidad era sacrificar al joven rubio. Cargarle a él con la responsabilidad de esa muerte. Entonces cogí en brazos a la muchacha inerte y transporté su cuerpo hasta la capilla de la Virgen de los Siete Dolores, y una vez allí cogí un cirio encendido. Le levanté la falda e hice lo que tenía que hacer. Le devolví la virginidad con unas gotas de cera. Por último la senté en un banco, de cara al este, y la dejé ahí hasta que la catedral abriera sus puertas.

—Y ¿pensaba usted salirse con la suya, monseñor?

El rector pareció sorprendido.

—Pero si es lo que ha ocurrido, François. La policía no se dio cuenta de nada. En cuanto a la justicia, bastó una llamada al ministro para que lo entendiera.

—Para que entendiera ¿qué exactamente? ¿Qué le dijo usted para que enterrara el asunto tan rápidamente?

—Poca cosa, a decir verdad. Le llamé en cuanto descubrieron el cadáver. Nos entendimos con medias palabras. Le hice comprender que la prioridad era que nuestra catedral recuperara la calma. Que se encontrara cuanto antes a un culpable. Evitar el escándalo. Que cesara la agitación mediática que sin duda todo esto suscitaría. Los periodistas se cernían ya como buitres sobre las torres de Notre-Dame.

—¿No le dijo nada de su propia implicación?

—¿Para qué? Naturalmente que no.

—¿Fue él quien ordenó que se ocupara del caso Claire Kauffmann?

—Una joven fiscal sin experiencia, conocida además por sus dificultades para relacionarse con los hombres. La señorita Kauffmann se tomó el caso como una cruzada personal. Añada a eso un golpe de suerte: el comandante Landard estaba de servicio ese día; el peor policía de París... En menos de veinticuatro horas ya tenían a su sospechoso. Al día siguiente, estaba muerto. Todavía no habían enterrado a la putita, y ya estaba cerrado el caso.

—Y el ministro contribuyó a provocar un error judicial.

—Pero él lo hizo de buena fe, François. Usted y yo somos los únicos que conocemos la verdad. El ministro es ante todo un siervo de Dios. Servir al Estado debe ser una tarea secundaria.

—Le ha salido bien la jugada, monseñor. Puede estar satisfecho.

—No se lo tome así. He obrado en interés de la catedral ante todo. El error de partida es mío, lo reconozco. Pero ¿quién hubiera podido prever ese odioso intento de chantaje?

—En resumidas cuentas, se considera usted una víctima.

—Tampoco es eso. Digamos que se ha preservado lo esencial: la reputación de nuestra iglesia. Por una vez, la decisión de la justicia nos ha favorecido. En cuanto a los medios de comunicación, ya se están calmando. Ahora solo queda usted, François, y sé que puedo contar con su discreción.

—¿Monseñor? ¿Cómo dice?

—Me ha entendido perfectamente. Usted también es un soldado de Dios, usted y yo luchamos en el mismo bando. Ahora deme la absolución, y no hablemos más de este sórdido asunto.

—¿Cómo quiere obligarme al silencio después de lo que acabamos de decirnos?

—Olvida usted el lugar en el que estamos, François. Lo que acabo de contarle lo he hecho en el marco de la confesión. Si me he sincerado con usted ha sido para someterme al juicio de Dios y solicitar Su perdón. Usted no es ni juez ni policía. Es sacerdote, ¿tengo acaso que recordárselo? Traicionar lo que es ya nuestro secreto sería traicionar sus votos. Vamos, padre, deme la absolución.

Era ahí, pues, adónde quería llegar el rector. Todo el tiempo que había durado esa confesión el padre Kern había creído ingenuamente llevar las riendas de la situación. En realidad, no había sido así en absoluto. Desde el principio hasta el final, el prelado había dirigido la conversación, empujando a su confesor hacia una disyuntiva imposible.

—No le daré la absolución, monseñor, por la sencilla razón de que ha mentado. Su confesión no ha sido en absoluto sincera, y no he visto en usted contrición alguna.

—¿Sincera? ¿De qué me está usted hablando? Le he contado la verdad exacta. Quizá la encuentre sucia e inmoral, pero no deja de ser la verdad. ¿Qué cree usted? ¿Que la verdad se presenta siempre pura e inmaculada, rodeada de un halo de blancura? Vamos, François, no se las dé de santo. Ha frecuentado las cárceles lo suficiente para saberlo: la verdad no es siempre limpia, y las celdas de Francia están llenas de errores judiciales.

El padre Kern no se daba por vencido.

—No le concederé la absolución, monseñor, porque la muerte de Luna no fue en absoluto un accidente. Al contrario, su crimen fue premeditado.

El rostro del prelado se endureció. Y, por primera vez desde que estaba en la pecera frente al rector, Kern tuvo la impresión de haber abierto una brecha en la coraza de su adversario. No le dejó el tiempo de recuperarse.

—Esa noche, monseñor, en la sala del tesoro, no se abalanzó sobre su víctima para acallarla únicamente. ¿Acaso tuvo Luna tiempo de pronunciar palabra? Usted no obró presa del pánico en absoluto. Antes al contrario. Reflexionó largo y tendido durante toda la tarde sobre lo que haría después.

—Lo que dice es grotesco.

—Al coger el llavero de la sacristía, antes de ir a buscar a Luna a la puerta del ábside, tuvo la precaución de guardarse una cosa en el bolsillo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me guardé en el bolsillo, François? Dígamelo exactamente, ya que es usted tan listo.

—Un par de guantes de látex, monseñor. De los que utiliza el sacristán para limpiar la plata. Por desgracia para usted, Gérard es un quejica impenitente. Le cuenta sus penas a la catedral entera. El lunes por la mañana se pasó una hora entera refunfuñando, antes de la misa y del macabro hallazgo, porque no encontraba por ninguna parte su caja de guantes, mire usted. Esos mismos guantes, monseñor, que utilizó usted para no dejar ningún rastro en el cuello de Luna.

—Eso es absurdo. Me está usted acusando lisa y llanamente de asesinato.

—Exacto, monseñor. Y será llevado ante la justicia. Hace cosa de una hora he mantenido una conversación telefónica con la fiscal adjunta, la señorita Kauffmann. Le he dicho que quería hablar con ella. Llegará dentro de unos minutos, y nada me impedirá contárselo todo.

—¿Cree usted eso, François? ¿De verdad cree que le dejaría destruir en un instante la obra de toda una vida?

Se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó un arma, una pistola automática de aspecto antiguo y deslucido, y apuntó con ella al padre Kern.

—Levántese, François. Pase delante, yo iré detrás de usted. Muy cerca. No lo olvide.

Se guardó el revólver en el bolsillo y le abrió la puerta de cristal al pequeño sacerdote. Era grotesco. Irreal. Truculento. Ese venerable anciano, ese hombre que había entregado lo esencial de su vida a Dios y subido uno a uno los peldaños de la jerarquía católica, terminaba su recorrido empuñando un arma. Y lo peor de todo era que lo hacía supuestamente en nombre de su fe. Y Kern pensaba: «He ganado la partida, la verdad ha salido a la luz, y, sin embargo, el que triunfa es él, el asesino, porque la fuerza está de su lado, porque tiene esa pistola en la mano. Y este asesino lleva alzacuellos».

Se había desplazado la frontera entre el bien y el mal. Era un movimiento imperceptible que solo Kern conocía, provocado por un hombre, uno solo entre tantos otros que habían ofrecido su vida a Dios, un hombre que había elegido pasar al otro lado de la barrera, al lado de las fuerzas oscuras. Sin embargo esa minúscula modificación de la frontera era para Kern un verdadero terremoto. Recordó entonces la conversación mantenida hacía apenas veinticuatro horas en el despacho de Claire Kauffmann, y lo que le había dicho la joven fiscal volvió a su memoria, palabra por palabra. *No nos preguntamos si una decisión es moral sino si es legal.* El rector de Bracy acababa de reconciliar justicia y religión, lo había hecho sumiéndolas a ambas en la abyección.

—Siga avanzando, François. Y, sobre todo, no haga ninguna tontería.

Kern se sumergió dentro de sí en busca de Dios, dirigiéndose a Él, tratando de establecer una comunicación, de provocar un eco para comprender, comprender de verdad. Esta vez, sin embargo, la respuesta a sus preguntas era evidente, se resumía en una frase muy sencilla: iba a morir. Para el pequeño sacerdote había llegado la hora, como aconsejan los asesinos al final de las historias policíacas, de encomendar su alma a Dios.

Se abrieron paso a través de la multitud, muy densa a esa hora del día. El rector

saludó con la barbilla a algunas beatonas arrodilladas en la nave. Una de ellas se levantó y corrió a besarle la mano, inclinándose ceremoniosamente. El rector le alargó la que tenía libre. Con la otra aferraba la pistola automática, en el fondo del bolsillo, con la que apuntaba al padre Kern. Recorrieron el pasillo sur, cruzaron el transepto, pasaron delante de la Virgen del Pilar y luego entraron en el deambulatorio. Unos metros antes de la puerta de la sacristía, a la altura de la placa que recordaba el inicio de las obras de la catedral, el año de gracia de 1163, Bracy le puso la mano a Kern en el hombro.

–La puerta de la derecha. Ábrala, François.

–Estará cerrada con llave.

–Está abierta. Me he asegurado de que lo estuviera antes de ir a verlo.

–Ha pensado usted en todo, monseñor.

La puerta daba a una escalera de caracol que subía a la tribuna interior. Una vez allí se detuvieron, y el rector, al que le faltaba el resuello, tuvo que apoyarse en la pared.

–Señor, no debería haberme fumado ese cigarrillo hace un rato. Después de tantos años de abstinencia... Decididamente, ya no tengo edad.

Se sacó el arma del bolsillo y, con un movimiento del cañón, le indicó a Kern que siguiera subiendo. La escalera parecía girar sobre sí misma sin fin hacia las alturas de Notre-Dame. A su espalda, el padre Kern oía la respiración del rector, un poco más ronca y trabajosa a cada peldaño. Por fin salieron al exterior, a la altura de una estrecha galería que rodeaba el tejado. A escasos metros se erguía la aguja de Viollet-le-Duc. El lugar era un auténtico horno. Las tejas de plomo habían acumulado el calor del sol desde primeras horas de la mañana. Abajo Kern divisaba los arbotantes tentaculares que se extendían alrededor del ábside y, más abajo todavía, en los jardines y los muelles del Sena, las minúsculas siluetas de los turistas, muchos de los cuales levantaban la mirada para contemplar la catedral en toda su inmensidad. Los dos hombres se encontraban a más de cuarenta metros de altura.

–Es inútil que mire a todos lados, François. Nadie puede vernos. El tejado nos oculta de las miradas de los visitantes que hayan subido a las torres. Para los de abajo, somos dos puntitos perdidos entre las gárgolas y las piedras. Como mucho le verán ejecutar su salto del ángel, pero ya será demasiado tarde.

–¿Mi salto? ¿Ese es, pues, el final que ha previsto para mí, monseñor?

–Suicidio, sí. Una vez más, me he inspirado en el angelito rubio. Un auténtico regalo del cielo, ese muchacho.

–Y ¿cuál sería la razón de este suicidio? ¿La muerte de Luna? ¿Las dudas suscitadas por la investigación policial? ¿La pérdida de la fe? Pero ¿quién creará eso?

–Vamos, François, todo el mundo sabe lo de sus dolores. Todo el mundo sabe que le son ya insoportables. Añada a eso lo de su hermano. Su suicidio en la cárcel. Y su propia impotencia para salvarlo de la muerte. Sí, François, estoy enterado, aunque usted siempre se haya mostrado discreto sobre el tema. Otra ventaja más de tener amistades en el ministerio. ¿Cuánto hace ya de eso? ¿Veinte años? ¿Treinta? Pero esas cosas no se

olvidan, ¿verdad, François? Con algunos recuerdos, la memoria se niega obstinadamente a traicionarnos, ¿no es cierto? Al contrario, se hace cada año más precisa, un poco más exacta, hasta traspasar el umbral de la tortura. Dios, sé de lo que hablo. No se imagina hasta qué punto me compadezco de usted, François.

—La memoria, sí. Cuando se citaba con jóvenes de origen magrebí, nunca era por casualidad, ¿verdad, monseñor?

—Cada uno asume como puede el peso de sus pecados. Por mi parte, hace mucho tiempo que cargo con el peso de una falta fundamental, original, la de una nación entera. Un pecado que he intentado enterrar bajo una vida de respetabilidad y de oración. Pero no hay redención posible. Le diré una cosa: lo que no se borra es la memoria del cuerpo. El cuerpo. El cuerpo jamás olvida.

Apuntó de nuevo al padre Kern con el arma.

—No pienso saltar, monseñor. Tendrá que dispararme. Y todo París oír la detonación.

Bracy le dedicó una sonrisa irónica. Sacó el cargador de la empuñadura de la pistola antes de devolverlo a su lugar con un golpe seco en la culata.

—Ni siquiera está cargada. Hace más de cincuenta años que esta arma no se ha utilizado.

La dejó sobre la balaustrada de piedra.

—La tenía olvidada en un cajón. Pensé en utilizarla para intimidarlo. El miedo, François. El miedo universal a la visión de un arma. El que determina en un instante quién es el esclavo, y quién el amo. Es el miedo lo que le ha hecho subir hasta la cima de esta catedral sin decir una palabra, sin pedir auxilio a la multitud que nos rodeaba. Yo estaba solo, y eran miles contra mí. El miedo, le digo. El miedo le hará obedecerme y saltar. El miedo a morir, François.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta para sacar otro medio más de persuasión. Despacio, con el cuidado metódico que muestran a veces los viejos, se puso unos guantes de látex, quizá los mismos que había utilizado para acallar a Luna para siempre.

—No se resista, François. No serviría de nada. Peso el doble que usted. Piense más bien que, mediante su sacrificio, salva de la deshonra a la catedral de Notre-Dame.

Y, con unos brazos aún poderosos a pesar de la edad, aprisionó al padre Kern. El pequeño sacerdote sintió que lo levantaba del suelo. En efecto, era inútil resistirse. Entre las manos de Bracy no era más que un pelele desarticulado. El rector se acercaba a la balaustrada. Su respiración se había vuelto a acelerar. Pronto arrojaría al vacío a su adversario. El padre Kern cerró los ojos y pensó en su hermano.

—¡Quieto, abuelo! Ahora suelta al curita y deja que se vaya.

Una voz a su espalda. Kern sintió que el rector se detenía. Volvió a abrir los ojos y vio al teniente Gombrowicz en la galería. Los apuntaba con su revólver, empuñándolo con ambas manos. Sintió aflojarse la tenaza sobre su pecho, como si el cuerpo entero del rector, que hasta entonces le había parecido duro como una piedra, se licuara de pronto.

Kern resbaló hasta el suelo. Para su sorpresa, las piernas accedieron a sujetarlo y pudo recorrer los pocos pasos que lo alejaban del vacío y lo ponían a salvo.

–Muy bien, abuelo. Ahora levanta las manos y déjame acercarme.

Con la mano izquierda Gombrowicz exhibió unas esposas. Los labios de monseñor de Bracy temblaban. Se puso a murmurar:

–El cuerpo... El cuerpo...

Y, con la torpeza de un viejo sin fuerzas, cogió su vieja semiautomática de la balastrada y apuntó con ella al policía. Los dos disparos resonaron instantáneamente, provocando que cientos de palomas levantaran el vuelo. Monseñor de Bracy no retrocedió hasta la segunda detonación, como si su sólida constitución hubiera sido capaz de encajar el primer proyectil de plomo pero no el segundo. Retrocedió un paso más, se apoyó un breve instante en el parapeto y le dirigió una mirada vacía al padre Kern. Después se inclinó hacia atrás y desapareció en el vacío.

* * *

Suspendido ahora en el aire, ve desfilar los paisajes atormentados de Cabilia. El Sikorsky ha venido a buscarlos para devolverlos al campamento base. Deja tras de sí una aldea en llamas y un anciano que llora. La puerta corredera del helicóptero ha quedado abierta. El ruido de las hélices y del motor no deja hablar a los hombres. Las turbulencias provocadas por el rotor precipitan grandes ráfagas de aire en el interior. Abre la mano derecha en el vacío, como si quisiera agarrar el viento. En vano. No consigue disipar la quemazón que le ha dejado la pistola en la palma. El tacto rugoso de la culata, la raja blanquecina que el gatillo le ha abierto entre las dos falanges del índice, la sensación del impacto del disparo recorriéndole todo el brazo, todo ello se le ha incrustado en la carne en el momento de la detonación. La muchacha está muerta. Le ha metido una bala en la cabeza. Le ha disparado porque ya no soportaba, no sus gritos, sino su silencio. Ya no soportaba verla ahí, con los dedos hundidos en la tierra de su choza, como una muñeca de trapo, con los ojos inmóviles, como muertos, levantados hacia arriba, mientras los soldados disponían de su cuerpo. La ha matado para acallar el grito mudo que salía de su boca abierta de par en par. En comparación, el estruendo regular del helicóptero le resulta agradable y reconfortante.

Desde el fondo del aparato sabe que el sargento lo observa. Siente la mirada del subalterno sobre su nuca y su espalda. Cuando lleguen tendrán que ponerse de acuerdo sobre el contenido del informe. Este se limitará a tres palabras: Nada que señalar. Al pie de la hoja añadirá su firma, su grado y su nombre: alférez Hugues de Bracy.

El sargento y él se reunirán con los hombres. Beberán cerveza. Hablarán de su próximo permiso. Hablarán de Francia. Hablarán de sus padres o de sus hermanas. Hablarán, aquellos que no sean solteros, de las novias, las esposas que los esperan allá en la metrópoli. Hablarán de cualquier cosa menos de lo ocurrido esa misma

mañana. Después, más tarde, cuando haya anochecido, cuando el alcohol ya se haya mezclado bien con su sangre, irán un rato a la trasera del camión que les sirve de burdel militar de campaña, para asegurarse de que siguen siendo soldados de verdad, de que siguen siendo valientes guerreros, de que siguen siendo hombres. Esta vez es hasta posible que el joven alférez se una al resto de la tropa. Una vez nada más, ayudado por el alcohol, para acallar esa angustia que le taladra la tripa y le oprime el recto. Una vez nada más. Servirse del cuerpo extenuado de una pobre mujer de la aldea más próxima para calmar esa angustia que le aplasta el sexo. Una vez nada más. Luego llegará la noche, el sueño, el olvido, el nuevo amanecer. Un día llegará el final de la acción. De una manera o de otra, el conflicto llegará a su fin, y él podrá por fin volver a Francia. Abandonar el uniforme. Disgustar, quizá, seguramente, a ese padre coronel del ejército del aire. Guardar silencio para siempre sobre ese pasado, sobre esa juventud mancillada de militar. Elegir una vida que pueda limpiar los horrores de la guerra.

Por ahora, el helicóptero prosigue su camino hacia el interior. El alférez ha metido el brazo, guareciéndolo de las turbulencias y del viento. Se observa un momento la palma inerte, que descansa sobre su pierna, y, como haría un niño en su primera comunión o un monaguillo, junta las dos manos en un gesto de oración.

* * *

Por segunda vez esa misma semana, hicieron salir a todos los visitantes de la catedral para llenarla de policías. Esta vez los había también fuera, precisamente al pie de la fachada sur, donde se disponían ya a evacuar el cuerpo sin vida del rector.

En el interior, sentado solo, perdido en la inmensidad de la nave, en medio de varios centenares de sillas vacías, había un pequeño sacerdote con sus vestiduras litúrgicas. A alguien, el padre Kern ya no recordaba quién exactamente, se le había ocurrido la descabellada idea de cubrirlo, en pleno mes de agosto, con una manta de supervivencia. No había tenido fuerzas para rechazarla. Desde ese momento, brillaba con reflejos plateados en la oscuridad creciente del crepúsculo. Una joven fue a sentarse en la silla contigua a la suya.

—¿No tiene calor con eso encima?

—Muchísimo, señorita Kauffmann.

La joven le quitó la hoja de aluminio con la delicadeza de una madre. Kern apenas se movía, absorto en sus pensamientos.

—¿Cree usted en Dios?

—No, padre. Lo siento.

—No se disculpe. La verdadera frontera, sabe usted, no está entre creyentes y no creyentes, ni entre cristianos, judíos o musulmanes. La verdadera línea es la que separa a las palomas de los halcones.

–A los que buscan la paz...

–De los que quieren la guerra, sí.

–¿No me diga que esta historia ha hecho tambalear su fe?

–¿Y a usted, Claire?

–¿A mí?

–¿Le ha hecho perder su fe en la justicia?

La joven se tomó un momento para pensar.

–No lo sé. Mi punto de vista ha cambiado. En cierto modo he dado un paso hacia usted, padre.

–¿Hacia mí?

–Al brindarle el acceso al expediente del caso Notre-Dame he transgredido las normas de mi profesión. Lo que he hecho es totalmente ilegal. Ilegal, pero quizá no inmoral.

El padre Kern no pudo contener una sonrisa.

–¿Por qué sonrío?

–Pienso que nuestros caminos se han cruzado. Por un segundo, figúrese, estuve a punto de renunciar a mis votos. Era, supongo, el precio que debía pagar para descubrir el nombre del asesino. He mentido más de una vez también. Todo eso no ha sido muy moral. En resumidas cuentas, me he manchado un poco la sotana. Pero eso hoy ha sido bueno para la justicia.

Claire Kauffmann sonrió a su vez.

–Pues yo creo que hemos consolidado nuestras fes respectivas, padre, pese a estas licencias. O quizá gracias a ellas.

–¿Qué va a hacer ahora?

–Tomarme unas vacaciones. Ocuparme un poco de mí misma. Me parece que me hace falta. Me voy unos días a Italia, a casa de una amiga, cerca de Ancona.

–¿Ancona? Pero eso está a orillas del Adriático, ¿no?

–En efecto. Mi cuerpo ha tenido ganas de pronto de un baño de mar. He decidido concedérselo.

Se quedaron un momento sin decir nada, saboreando el silencio, los segundos que transcurrían en paz, disfrutando cada uno de la presencia tranquilizadora del otro.

Kern fue el primero en salir de ese dulce letargo.

–Y ¿el teniente Gombrowicz? ¿Sigue aquí?

–En la sacristía, sí. Está tomando un café, creo. Nos espera para que podamos hablar los tres.

–¿Le ha visto? ¿Cómo está?

–Le tiemblan las manos. No consigue controlarlas. Acaba de matar a un hombre.

–Me ha salvado la vida, ¿sabe? Sin él, estaba perdido.

–Me lo ha contado, sí.

–Me gustaría verlo, hablar con él, preguntarle qué hacía en la catedral, qué le empujó a seguirnos, al rector y a mí, hasta el tejado.

—Él mismo se lo explicará. Creo que el teniente acaba de entender que es un buen policía. Si ya se encuentra mejor, quizá podríamos reunirnos con él. Usted también tiene muchas cosas que contarnos.

—Me ha salvado la vida, ¿sabe?

—Lo sé, padre, me lo acaba de decir.

Se levantaron y se dirigieron al pasillo central de la gran nave. El padre Kern se detuvo enseguida, con una expresión de sorpresa en el rostro. Movi6 los dedos, movió las articulaciones de las muñecas. Claire Kauffmann lo observaba. El hombrecillo parecía estar redescubriendo su propio cuerpo, como un bebé en su cuna.

—¿Va todo bien, padre?

—¿Tiene hora, señorita?

—Son casi las seis. ¿Por qué?

—Las seis. Las seis de la tarde y ni el más mínimo dolor... Es del todo extraordinario... Como si me hubiera librado de...

Se interrumpió, con una expresión infantil que la fiscal nunca le había visto. El sacerdote echó a andar de nuevo con un paso más ligero. Caminaba ahora por delante de la joven. Detrás de una columna vio a una anciana, sentada sola, que parecía esperar a que empezara la misa. Tenía las dos manos apoyadas en el respaldo de la silla de delante, y, en la cabeza, un sombrero de flores. Al padre Kern se le escapó un suspiro.

—Señorita Kauffmann, ¿quiere decirle a esa señora que la catedral ha sido evacuada? Si no, mucho me temo que acabe pasando aquí la noche.

—Le he pedido yo que se quedara.

—¿Usted?

—Si todavía está vivo es gracias a esa señora.

—¿A la señora P...?

—Gracias a ella, sí. En cierto modo, lo sabía todo desde el principio.

—¿Desde el principio?

—Hace diez días vio a Luna Hamache hablar con Bracy para exigirle dinero. Vio que el rector se zafaba de ella sin miramientos. Estaba sentada en el mismo sitio de siempre, el que ocupa desde hace diez años. Ya nadie repara en ella. Ya nadie le presta atención. Todo el mundo la considera una vieja loca. Por así decirlo, forma parte del decorado, del mobiliario de la catedral. Y, sin embargo... Tras el hallazgo del cuerpo de Luna, solo ella sospechó que su superior tenía algo que ver en esta historia.

—Señor... Pero ¿por qué no dijo nada antes?

Claire Kauffmann no pudo reprimir una mueca irónica.

—Padre, creo que aquí no ha encontrado nunca a nadie con quien hablar. Solo el teniente Gombrowicz se ha mostrado dispuesto a escucharla.

Kern se llevó ambas manos a la cabeza. Ahora lo recordaba. Los intentos de abordarlo de la dama de las amapolas, y sus propios esfuerzos por evitarla. Si lo hubiera sabido... Si hubiera sabido escuchar mejor...

La anciana lo observaba desde detrás de la columna, sentada en la silla, con su mirada eternamente inquieta. Kern le hizo un gesto amistoso, y enseguida vio florecer una amplia sonrisa en el rostro de la anciana solitaria.

—Por favor, padre. Podrá hablar con ella más tarde. Ahora quisiera que nos reuniéramos con el teniente.

Kern asintió. Echaron a andar hacia la sacristía. De camino pasaron por delante de la Virgen del Pilar, y Kern le pidió a la joven fiscal que lo dejara a solas un minuto. Se arrodilló en los escalones del estrado, cerró los ojos y juntó las manos en señal de oración. Sus labios murmuraron unas palabras que Claire Kauffmann no alcanzó a oír desde donde se encontraba. El padre Kern levantó la mirada hacia la Virgen de piedra. Su rostro diáfano parecía haber recobrado su legendaria quietud, y, en la luz crepuscular que bañaba la catedral, al sacerdote se le antojó más blanca todavía.

Título original: *La Madone de Notre-Dame*

Edición en formato digital: abril de 2014

En cubierta: fotografía de Dutourdumonde Photography/Shutterstock

© Viviane Hamy, 2014

© De la traducción, Isabel González-Gallarza, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-69-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
La madona de Notre-Dame	4
Lunes	7
Martes	29
Miércoles	48
Jueves	67
Viernes	98
Créditos	129